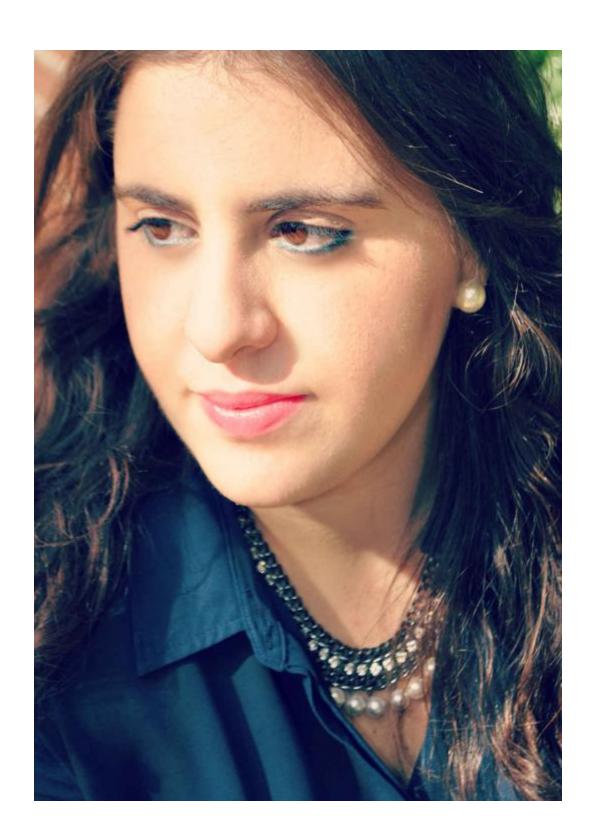
# Bajo tu misma

Najara Dominguez



Bajo tu misma luna

Naiara Domínguez



### Copyright © 2021 Naiara Domínguez

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su importación a un sistema informático, ni su transmisión mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos sin el permiso previo por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Kindle Direct Publishing Fotografía de la cubierta cedida bajo suscripción Canva ISBN: 9798582494560

Por los amores imposibles y los platónicos. Porque vivan siempre en nuestros corazones.

# Bajo tu misma luna

Recojo el sobre que dejé en mi mesita de noche tratando de encontrar el nombre que entre sus palabras no hallé. Leo una y otra vez la carta en busca de algo que pueda decirme quién es ella; pero nada. ¿Quién será?

"Mi corazón como una sierpe, se ha desprendido de su piel y aquí la tengo entre mis dedos, llena de heridas y de miel."

Perdóname, pero no sabía cómo empezar este seguido de letras que me he decidido a escribirte. Por un momento pensé que tal vez a alguien tan especial como tú le gustaría leer algunas líneas de un grande como lo era Lorca, y he elegido mi poema favorito.

La poesía me calma y me evade del mundo loco en el que vivimos. Cuando era pequeña me dormía en los brazos de mi padre escuchado rimas asonantes y consonantes de alguno de los tantísimos libros que guarda. Él me enseñó a apreciar la literatura y ahora no sé vivir sin un poquito de su magia.

Magia como la tuya, la que sale de tus letras. Por mucho que lea una y otra vez versos plasmados en los libros que más adoro, jamás me había sentido tan conectada a alguien como me ocurre contigo y con tus novelas. Esas historias me hacen viajar a rincones nuevos, a lugares infinitos en los que me gustaría perderme de por vida cuando la cruda realidad llama a mi puerta y quiero escapar de todo. Me gusta dejar volar mi imaginación y sentir que estoy en Cerdeña con Adam, o en Hammersmith con Liam y Bianca. Subirme a ese Airbus 380 como Alessandra y conocer Andrews de la mano de Bruno y de Giulia.

Siento cada uno de tus personajes tan cercanos que me duele terminar las historias porque eso significa dejarles ir y no saber más de ellos. Una vez leí, en una de tus entrevistas, que te cuesta soltar a tus personajes y, aunque te parezca increíble, a mí me pasa lo mismo.

Hace mucho tiempo que quiero contarte lo importante que eres para mí. Que tus novelas me dan vida y me hacen soñar. Quiero devolverte un poco de esa felicidad que siento leyéndote y solo se me ha ocurrido escribirte para contártelo y para darte las gracias por compartir tu pasión y tu talento con el mundo. No dejes nunca de escribir porque siempre tendrás a una fiel lectora que comprará con ilusión tus libros.

Allá donde estés, siempre bajo tu misma luna.

- —¿Qué es? —Como un acto reflejo arrugo el papel en el interior de mi mano y me la llevo a la espalda.
- —Nada. —Esboza una sonrisa socarrona y suelta una carcajada. Muy típico de mi hermano.
- —¿Una admiradora secreta o alguna amiguita que tienes por ahí escondida? —Cierro la puerta de golpe dejándole fuera.
- —Sieso. Solo vengo para avisarte de que tu *Steward* acaba de llegar me grita, y en ese preciso instante escucho un claxon en la calle. Avanzo hasta la ventana y compruebo que es el coche de Dani.
- —Mamá, me voy ya. Te llamo cuando llegue a Madrid. No te preocupes, todo irá bien —le digo aceleradamente bajando al salón. Me mira con los ojos tristes al pie de las escaleras y me acerco a darle un beso —. Esta vez voy a volver pronto. Te lo prometo. —Me quedo un poco más tranquilo cuando cambia el gesto y me abraza. Mi hermana se acerca con la pequeña en brazos. Tiene las mejillas hinchadas y con los ojos vidriosos. Me parece un angelito con esos tirabuzones que se le forman en las puntas de su pelo rubio, y los colores que le salen de corretear todo el día por casa. Sé que cree que haciendo pucheros me ablandará y me quedaré en casa. Me acerco a dale un beso en la frente y le rozo la nariz con el dedo—. Pórtate bien y haz caso de mamá y de la abuela. Te prometo que a la vuelta te llevo al parque de atracciones. —Lucía sonríe y me rompe. Definitivamente mis sobrinas son mi debilidad. Cada vez se me hace más cuesta arriba viajar porque las echo de menos y enfrentarse a las despedidas no ha sido nada fácil. —Te quiero, rubia —le digo finalmente desde la puerta.

Ha llegado el día de regresar a Madrid tras unas cortas vacaciones en casa. Toca empezar a preparar mi próximo libro y, aunque el manuscrito está terminado, llega el momento más complicado. Es hora de corregir, de sentarnos y ponernos todos de acuerdo en cada una de las palabras que saldrán a la luz en unos meses. Hace unos años tuve la suerte de entrar a formar parte de la lista de escritores de una de las grandes editoriales del país: Luna.

Nunca llegué a imaginar que podría vivir de escribir. Estudié filología porque pensaba que era lo que más me podía acercar al mundo editorial y aunque corregir y editar manuscritos no era exactamente lo que quería hacer el resto de mi vida, tener un pie dentro de la industria me parecía importante.

Y la oportunidad llegó enseguida. Me sentía perdido, sin tiempo para sentarme a escribir y frustrado porque cuando lo intentaba, no llegaban las musas. Estaba terminando mis prácticas en una pequeña editorial cuando conocí a Cristina, la editora jefe. Nos dedicábamos exclusivamente a publicar cuentos y libros infantiles con más imágenes que letra, pero desde el primer momento conectamos. Teníamos opiniones similares, y trabajar a su lado era fácil y enriquecedor. Su confianza me animó a mostrarle algunos borradores que tenía guardados en un cajón, y sus consejos me han llevado a ser el escritor que soy hoy. Cristina dice que los libros son parte de nosotros, y que el autor debe entregar su alma en cada libro. «Lo que hace una historia única es que tú la estés escribiendo y que tus sentimientos sean tan reales como tú. Eso es lo que realmente traspasa el papel y conecta» me recordaba siempre. Y decidí regodearme en mis frustraciones. Plasmar mis sentimientos en unas cuantas hojas de papel me cambió la vida.

Cristina dejó la editorial y se centró en mí. Nos pasamos noches en vela debatiendo y corrigiendo el manuscrito. Se convirtió en mi agente literaria, en mi amiga, y en un gran apoyo. Ella creyó en mí desde el primer minuto, y nunca podré agradecerle todo lo que hace por mí.

# —¿Preparado?

—Nervioso. —Dani me mira sonriente y sin decirme nada más arranca el coche y partimos hacia Maria Zambrano para coger el tren.

Daniel o Dani, como yo lo llamo, es uno de mis mejores amigos. Nos conocimos de pequeños, en el colegio y siempre hemos mantenido la relación. Él estudió administración y dirección de empresas, y desde que Luna me ofreció el primer contrato por uno de mis libros, que se ha convertido en mi representante legal. Él se encarga de todos los temas administrativos y económicos mientras yo me dedico escribir. Es la persona que vive el día a día de este trabajo conmigo. Él me lleva y me trae, me acompaña a las giras de firmas, a Madrid, a las entrevistas... Hoy me recoge en casa, y como siempre viajamos juntos a Madrid donde nos espera el resto del equipo para ponernos a trabajar de inmediato.

Al salir del coche veo caer algo al suelo. Me agacho y veo una bola de papel arrugado y recuerdo que me guardé la carta de esa chica en el bolsillo trasero cuando llegó mi hermano. Vuelven de nuevo a mi cabeza las incógnitas. No logro entender cómo ha llegado esa carta a mi buzón sin remitente, y lo único que se me ocurre es que ella misma la dejara allí. Pero

¿quién será? Después de varios años de profesión es la primera vez que me encuentro con algo así. La gente me escribe en redes sociales comentarios acerca de los libros, o me cuentan que se han sentido reflejados en ellos, o que se sienten parte de mis historias, pero no como ella.

- —¿Y eso, Alejandro? —Dani me mira intermitentemente mientras coloca las maletas en el compartimento superior de nuestros asientos.
  - —Una carta.
  - —¿Del banco?
  - —No. No sé, de una chica parece. Una de mis lectoras.
  - —¿De una fan? —Sonríe burlón. Me encojo de hombros y le miro serio.
- —Algo así. —Hace una mueca algo extraña y se ríe. Su risa es algo peculiar y resuena en todo el vagón. Se sienta frente a mí y se encoge de hombros.

Suspiro y trato de devolver la hoja a su estado original. Carraspeo y empiezo a leerla. Él me mira atento y cuando termino me mira confundido.

- —¿Me entiendes ahora?
- —Es muy bonita, y si, es una fan, pero es...
- —Especial —murmuro.
- —No era la palabra que tenía en mente, pero podría servir. Y ¿Cómo se llama?
  - —No lo pone. Ni nombres, ni un contacto, ni remite...nada.
  - -Estupendo ironiza. ¿Y te la dio ella? ¿Sabes cómo es? ¿La viste?
- —No, la tenía en el buzón. La debe haber dejado ella misma allí, porque tampoco hay sello de Correos.
- —Pues ahora me dejas con la curiosidad —me dice rascándose la cabeza.
- —Dímelo a mí. Llevo releyendo la carta desde que la recibí. No es algo que me pase todos los días.

No tocamos más el tema, aunque a mí me sigue rondando en la cabeza durante prácticamente todo el trayecto. Llegamos a Madrid sobre las cuatro de la tarde y en un una hora me esperan en Luna para preparar el plan de trabajo de las próximas semanas.

Vuelvo a la vida de Álex Montaner. Cristina me aconsejó usar ese nombre para desvincular de alguna forma mi vida privada de la profesional, y porque creía que sonaba mejor. Alejandro López es un nombre más común, así que decidimos usar el apellido de mi madre. Un mes de vacaciones se me ha hecho corto después del año que hemos tenido. Tres libros con sus presentaciones, giras de firmas, entrevistas, sesiones de fotos y una larga lista de tareas que me han mantenido ocupado. Han sido meses intensos de trabajo en los que apenas he podido ver a mi familia y a mis amigos. Madrid y el Hotel de las Letras eran mi hogar. Yo, que en mis veintiséis años apenas había salido de Málaga. Pero no puedo quejarme. Me siento muy a gusto aquí. La ciudad es preciosa, y perderse entre sus calles es uno de mis pasatiempos favoritos. Y aunque es cierto que, a veces, la soledad del hotel pesa, reconozco que tengo un equipo de trabajo increíble que se preocupa por mí y me dan ese calor de hogar que me falta.

Y la que encabeza ese equipo de Luna es Natalia, mi editora. Ella trabaja con Cristina para que todo esté perfecto y a mi gusto. Luego está Angélica, que se encarga de gestionar la publicidad y las campañas de marketing de mis libros; Sofía, la jefa de prensa de la editorial y Camilo, el director de Luna.

Llego a la planta de ficción y me recibe Natalia. El resto del equipo está en la sala de juntas preparados para la reunión. En la mesa hay varios ejemplares encuadernados del manuscrito.

y el de Natalia está lleno de post-it de colores y de clips.

- —¡Alejandro! Bienvenido de nuevo a tu casa. Espero que te hayan sentado bien las vacaciones. Ahora empieza el trabajo duro —me dice Camilo acercándose para estrecharme la mano. Camilo no suele acudir a nuestras reuniones, pero agradezco que haya venido. Me imagino que eso quiere decir que las cosas van por buen camino y que está contento con los resultados.
- —Gracias Sr. Milani. Estoy de vuelta con más ganas que nunca. He aprovechado para inspirarme estos días. Tengo mil ideas nuevas en la cabeza y hasta me he animado con una nueva historia.
- —Así me gusta, muchacho. ¡Vamos a sacarle jugo a esas ideas entonces! Te dejo en las mejores manos, solo pasaba a saludarte y a agradecerte que sigas confiando en nosotros. Nos sentimos muy orgullosos de trabajar contigo y de tenerte en la casa. —Milani sale del despacho y empezamos con la reunión. Están entusiasmados con el nuevo manuscrito y ya le han puesto hasta fecha de publicación.
  - —Hemos previsto lanzarlo el 6 de diciembre —me informa Natalia.
  - —Tendremos que ponernos a trabajar ya —murmuro.

- —Estamos en mayo, Alejandro —murmura Cristina.
- —Pero todavía es un borrador. No hemos tocado temas argumentales, ni hemos revisado las tramas, ni personajes. Tiene que pasar por revisiones, hay que crear la portada, el eslogan, preparar la campaña...
  - —Natalia, apunta, que ya te está dando la hoja de ruta—se ríe Cristina.
- —Después de las mil revisiones que le has pasado tú mismo, no creo que le hagan falta muchas más. Está perfecto. No hay incoherencias, ni tema argumental tan complejo que cambiar. Este manuscrito podría salir mañana mismo a la calle y se vendería como churros. Sin campaña, sin revisiones y sin eslogan —sentencia Natalia. Sonrío porque me hace sentir tranquilo la seguridad con la que se expresa—. Mañana nos reunimos los dos y vemos de qué podemos tirar para acabar de perfeccionar las tramas y los personajes. Vuelves a Málaga y lo trabajas con calma. Mientras Sofía, Angélica y yo nos centraremos en la campaña. Cuando tengas los cambios se los haces llegar a Cristina. Faltará que escribas la dedicatoria, los agradecimientos y que busquemos una buena sinopsis. Y todo listo. El niño saldrá en diciembre bien abrigadito.
  - —Eres la mejor.
- —Lo sé, pero ayuda bastante el equipo que te rodea y que el escritor sea como tú.
- —De todas formas, creo tener la portada ideal —se adelanta Angélica acercándome el iPad—. Creo que le da un aire perfecto para lo que estás intentando transmitir—.

Observo detenidamente la imagen y la edición que ha hecho de la fotografía. Un bosque oscuro en el que se divisa al final un pequeño lago y un cielo cubierto de nubes.

Asiento y sonrío.

—Es perfecta.

Al salir de la reunión, las chicas me proponen salir a cenar. Dani se une poco después y decidimos reservar mesa en restaurante japonés del centro.

Cristina, que me conoce como la palma de su mano, se acerca a mí y me rodea con su brazo.

- —Pasará enseguida. No te darás cuenta y estarás presentando el libro en Callao.
  - —¿En callao? ¡Qué guasa tienes, Cristina!

- —Te veo raro. —Tuerce el gesto y me mira expectante. Me conoce a la perfección y sabe cómo me siento con solo mirarme.
  - —Sabes como soy. No quiero que, por salir rápido, esté mal.
- —Somos un gran equipo. Te han demostrado muchas veces que, si no apruebas hasta la última coma, el libro no sale.
  - —Lo sé, pero creo que todo se reduce al miedo.
  - —¿Miedo de qué?
- —De que todo se haya esfumado —suspiro. Ella rueda los ojos y se lleva la mano a la frente.
- —¡Pero qué tontería, Alejandro! Lo que tiene que esfumarse es esa idea de tu cabeza. No tengo que decirte que todo sigue igual. De hecho, parece que las cosas van a mejor y que cada vez tienes más lectores, más seguidores en redes y generas más interés en los medios. —Sonrío, no sé si para tranquilizarla o porque me ha convencido.

# Siempre nos quedará París

—Un café, s'il vous plaît. —Un café, por favor —Un perfecto francés. El de mi madre, el de mis veranos en Toulouse con mi abuela y el de mis últimos siete años en París.

He bajado a la gran cafetería que hay debajo de casa y observo como los pequeños que tengo al lado disfrutan de un croissant, y de un batido de chocolate.

- —¿Disfrutando del último café en París? —Es Carolina.
- —Pensaba que dormirías toda la mañana. Ayer te oí llegar muy tarde.
- —Sí, se complicó el turno con un paciente y me quedé hasta que le dejé estable.
  - —Último día movido.
  - —Sí. Se acabó. Vuelta a casa —suspira.

Me parece mentira que toque volver. Después de siete años regresamos a casa con una carrera bajo el brazo. Recuerdo como si fuera ayer cuando Esther, Carolina y yo decidimos dejar atrás nuestra querida Málaga para venir a estudiar a París.

Nos prometimos volver a la ciudad de la luz después del viaje de final de curso en el instituto. Fue tan fácil enamorarse de cada calle y de cada rincón que visitamos...

Al terminar la selectividad lo teníamos claro. Queríamos salir de casa y soñábamos con una vida glamurosa en la capital francesa. Pero nada más lejos de la realidad. Nos topamos con un estudio de ochenta metros en el sur y una montaña de libros y manuales de medicina que estudiar. Pero, que durante el camino a la facultad me encontrara con Notre-Dame, con los Jardines de Luxemburgo o con el Panteón lo recompensaba todo.

—¿Y Esther? —Carolina me hace una mueca graciosa y se ríe—. Ya, durmiendo —le digo riendo.

Carolina y Esther son como mis hermanas. Llevamos toda la vida juntas. Nos conocimos en el en el Liceo Francés de Marbella, y hasta hoy nadie nos ha separado. Además, estos últimos años viviendo juntas ha sido una experiencia inolvidable.

Esther nació en Alicante, pero a los dos años se trasladó a vivir a Marbella por el trabajo de sus padres. Carolina es marbellí y, ¿por qué no decirlo?, es la más sensata de las tres.

Lo mío es algo más largo de contar. Tengo sangre andaluza y francesa a partes iguales. Alberto Torres, mi padre, es Malagueño, como yo. Nació en un pequeño apartamento junto a las preciosas playas del Rincón de la Victoria. De familia humilde, y trabajadora, luchó para convertirse en el gran hombre de negocios que es, reconocido como uno de los empresarios más influyentes del país.

Mamá nació y creció en Toulouse, donde vive mi familia materna. Mi abuela se quedó sola pocos meses antes de dar a luz, pero la muerte de su marido no hizo más que convertirla en la mujer más valiente y fuerte que conozco. Y así se lo inculcó a mamá; Margaret Martín. Ella es independiente, segura de sí misma, trabajadora y audaz. Conoció a papá durante unas semanas de vacaciones en Málaga a finales de los ochenta. Se enamoró de él y de Marbella, y lo dejó todo para empezar una vida juntos.

- —¿Ya lo tienes todo? —me pregunta Carolina, ya en casa. El salón está repleto de cajas y maletas. Hacer una mudanza después de tanto tiempo no es sencillo, así que hemos contratado un servicio especializado para que el traslado fuera algo más sencillo.
- —Buenos días —musita Esther saliendo de la habitación. Se frota los ojos y avanza hasta dejarse caer en el sofá.
- —¿Cansada de dormir? —se mofa Carolina. Esther le saca la lengua y se tapa la cara con las manos, acurrucándose sobre una manta.
- —Pues sí, lista. Estoy cansada. Ayer me quedé hasta tarde recogiéndolo todo.
  - —Ya, y recogiendo a Hugo también —le digo riendo.
- —Solo subió un ratito —murmura avergonzada. Se levanta, se acerca a nosotras y se queda apoyada en nuestros hombros—. No quiero irme.
  - —Yo tampoco —responde Carolina en un suspiro.
- —Ojalá pudiéramos volver el tiempo atrás y empezar de nuevo esta aventura. Si regresara al día que llegamos, haría tantas cosas...

- —¡Qué va! ¡Yo no vuelvo a estudiarme todos esos tochos en la vida! ¡Qué pereza! —rebufa Esther.
  - —Eres un caso, chica —se ríe Carolina.
- —Vamos a seguir recogiendo que al final no acabamos y se queda medio piso aquí. Además, quedamos que este verano teníamos que volver para visitar a los que se quedan.

A mí tampoco me apetece dejar París, pero también echo de menos Málaga, mi casa y a mi familia. Toca cerrar una etapa y empezar la especialización en pediatría que tanta ilusión me hace.

El timbre de la puerta interrumpe el traqueteo de cajas. Parece que los de la mudanza ya han acabado de subir al camión las primeras cosas.

- —Señorita, hemos terminado con el salón. ¿Alguna preferencia? —me dice un hombre alto y rudo. Asiento y le pido que me siga hasta mi cuarto.
- —El caballete y el maletín puede llevárselo ya. Los cuadros son delicados. Están bien envueltos, pero tengan cuidado, por favor.

Yo y mi amor por el arte.

Me enamora, me relaja, me lleva a otro mundo. Me gusta todo lo relacionado con él, pero la pintura es mi debilidad. Llevo rodeada de óleo, pinceles, lienzos y aguarrás desde que tengo uso de razón gracias a mi madre, que regenta una de las galerías de arte más importantes de Málaga. Yo me sentaba frente a cualquiera de las obras expuestas y trataba de imitarla con mis lápices de colores en cualquier trozo de papel que tuviera a mano. Con el tiempo papá me compró mi primer caballete, pinceles y todo lo que necesitara para poder desarrollar mis propias obras. Hasta me adueñé del ático de casa y lo convertí en un pequeño estudio en el que poder refugiarme y evadirme del mundo. Ese rincón se ha convertido en una pequeña galería en la que guardo algunas réplicas de mis obras favoritas y mis esos cuadros que pinté que sueño ver algún día expuestos en una galería.

Aquí en París, cuna del arte por excelencia, he tenido que conformarme con un caballete pequeño junto a la cama en un cuarto estrecho y oscuro.

—Alma, ¿Estás lista? Nos esperan para cenar —me dice Esther asomando la cabeza por mi cuarto. Se ha arreglado y está guapísima. Lleva un vestido blanco holgado y de sus hombros cae su larga melena ondulada de un tono rubio ceniza. Cierro los ojos y arrugo la nariz. Había olvidado la cena de esta noche.

—Deja que me cambie. En diez minutos estoy lista. —Camino hasta la cama y abro una de las maletas en busca de algo decente que ponerme. La mitad de mis cosas están de camino a Málaga, así que no sé qué encontraré revuelto por aquí.

Nos espera el grupo de amigos que hemos hecho aquí. Algunos son españoles y otros parisinos; la mayor parte compañeros en la facultad

- —Si que os habéis arreglado —murmuro al ver el vestido negro de Carolina. —Yo solo he encontrado esta blusa, y los vaqueros—les digo mirándome al espejo del recibidor.
- —Tus zapatos ya visten, bonita —murmura Carolina, enamorada de mis Jimmy Choo.

Y es que otra de mis pasiones, también heredada de mi madre, es mi amor por los zapatos. Entrar en una zapatería y salir sin nada es misión imposible, así que la mayoría de las veces opto por no entrar para que mi cartera no eche humo. En Málaga tengo un armario lleno, y claro, viviendo en París hubiera sido un crimen marcharme sin comprarme algún que otro par.

—Hugo está abajo. ¿Vamos? —Carolina y yo nos miramos resignadas. Esther y sus múltiples y fornidos amantes...

## Sin remite

Primera semana de trabajo con Natalia y cada día tengo más ganas de que todo esté acabado. Vuelvo al hotel. Es tarde y casi ha oscurecido. La melodía de mi móvil me aleja de mis pensamientos.

- —Buenas noches, papá.
- —¡Alejandro! ¿Cómo van las cosas por Madrid?
- —Bien, viento en popa. Parece que *Cuéntale a las nubes* saldrá antes de lo que esperaba. ¿Cómo va todo en casa?
- —Bien, me alegro, hijo. Por aquí todo tranquilo. Mamá a sus cosas, tu hermana loca las pequeñas, y yo acabo de llegar de trabajar. Como siempre.
- —Yo también salgo ahora. Voy de camino al hotel. Justo acabamos de terminar de encajar la primera parte de la trama.
  - —¿Y no bajarás a Málaga en todo el verano?
- —Si, en cuanto acabemos de ajustar el argumento vuelvo a casa. Tengo que reescribir y arreglar algunas cosas. Quieren publicar el 6 de diciembre y no quiero despistarme demasiado.
- —Bien, aquí te esperamos. Tu hermana está pensando en llevarse a las niñas unos días a casa de sus primas. Cambiar de aires les irá bien, y tu madre podrá estar un poco más tranquila.
- —Sí, les vendrá bien a todas. Mamá también necesita unas vacaciones. Y antes que me olvide de preguntarte, ¿sabes si ha llegado algún sobre para mí?
  - —¿Una carta?
  - —Sí, alguna carta que ponga mi nombre.
  - —Pues no tengo constancia de ello. ¿Es importante?
  - —Sí.
  - —Estaré pendiente. Te aviso si llega algo, no te preocupes, hijo.

La curiosidad me come, y quiero saber más de esa chica. No tengo claro si todo se quedará en esa carta, y reconozco que espero ansioso la llegada

de más. Sus palabras y su forma de expresarse me han llegado y saber que mis libros suponen todo ese mar de sentimientos y de cosas bonitas en ella, me emociona.

Salgo a la terraza para tomar un poco de aire fresco porque llevo todo el día encerrado en uno de los despachos de Luna releyendo el borrador del libro con el aire acondicionado en modo iglú. La Gran Vía tiene una actividad frenética a estas horas de la tarde. Los eventos culturales dan vida a la noche madrileña. La gente abarrota las calles del centro y se agolpa en los bares para esa copa de después del trabajo que se ha convertido casi en un hábito. Los teatros encienden sus luces al caer el sol, y convierten la avenida en un espectáculo a la altura de Broadway.

Un estruendo me sobresalta. El ruido proviene de la puerta, y me acerco.

- —¿Alejandro? ¿Estás ahí? ¡Soy Cristina! —Avanzo algo más tranquilo hasta la puerta y ella entra al interior de la habitación haciendo gala de su gran sonrisa.
- —¿Qué hacías? Llevo llamando diez minutos. Pensé que te había pasado algo.
- —Perdona. Estaba en el balcón, despistado. No he oído el timbre. ¿Va todo bien?
- —Cristina sonríe y mete la mano en su bolso rebuscando algo en su interior. Sorprendido por su visita me siento en la cama y la observo curioso.
- —Voila —exclama mostrándome la carátula de una de mis películas favoritas.
  - —Chocolat.
- —Ahora te toca a ti pedir algo al servicio de habitaciones y ya tenemos la noche del viernes hecha —me dice trasteando a la televisión—. Abel tenía cena de antiguos alumnos y no me apetecía quedarme sola en casa.

Cuando estoy con Cristina olvido que existe el resto del mundo. Puede sonar raro, pero su teoría es que al nacer nos separaron y el destino ha querido que volvamos a encontrarnos, y la verdad es que, si lo pienso, creo que no es una idea tan descabellada. Hablan de almas gemelas, y nosotros lo somos. No en el sentido romántico de la expresión, pero sí en términos de amistad. Nos gustan las mismas cosas, y nos entendemos a la perfección.

Además, su chico es uno de los hombres más nobles que he conocido y a veces se une a nuestras locuras.

- —Las palomitas ya están aquí. Y he pedido chocolate también —le digo enseñándole el bol. El meñique me sirve para degustarlo y cierro los ojos. El chocolate es mi perdición.
- —No sé si voy a ser capaz de comer algo más después de las hamburguesas tan enormes que han traído.
- —Cris, antes de que pongas la película quiero contarte algo—le digo acercándome a la mesilla de noche para enseñarle la carta.
  - —¿Ha pasado algo?
- —No es nada, pero me hace gracia enseñártelo. Me llegó el otro día—le digo entregándole el sobre. —Y esto? —le hago un gesto para que la abra, y empieza a leerla.
  - —¿Quién es?
- —No lo sé. —Le cuento dónde la encontré y las teorías que he estado barajando estos días.
- —Quién sea se ha tomado muchas molestias para darte las gracias. Ha tenido que ir hasta tu casa para dejarla en el buzón así que me imagino que será importante para ella.
  - —Me gustaría saber quién es.
  - —Podrías subirla a Instagram, pero no creo que fuera muy prudente.
- —Lo pensé, pero lo que me cuenta es personal, y es para mí, no creo que viera con buenos ojos que la compartiera con mis seguidores.
  - —Tal vez vuelva para entregarte más.
  - —Eso espero, a ver si consigo verla.

# La realidad llama a tu puerta

- - —La miro de reojo visiblemente molesta por su comentario.
  - —Cállate, Esther.

Vuelvo la vista a la ventanilla del avión contemplando como poco a poco la ciudad de la luz se hace pequeña a nuestros pies. Ha llegado el momento de volver a la realidad.

- —¿Qué vas a hacer? —insiste Carolina—. ¿Le vas a decir que has estado con otro? —resoplo y me las quedo mirando.
- —¡Pero vamos a ver! Yo no tengo que darle ningún tipo de explicación a nadie. A Rodrigo lo eligió mi santa madre, y no yo. No somos pareja. Ni siquiera somos amigos, así que yo con mi vida hago lo que me da la gana —farfullo malhumorada—. Además, aquí la única que debería estar preocupada pensando en las explicaciones que le va a dar a su querido novio eres tú —añado mirando a Esther.
- —¿Es que siempre tengo que estar en todas las conversaciones? Yo no he liado nada. —Carolina suelta una de sus carcajadas a lo Cruella de Vil y se gana una mirada asesina de su compañera de asiento.
- —Deja que piense —murmura. —Fabien, Eric, Gérard, Pierre. ¡Ah, y Hugo! ¡Cómo no! Hugo es el que ha pasado más tiempo entre... contigo.
  - —No sé de quienes hablas —murmura.
- —¡Pero tendrás morro! —me río negando con la cabeza. Esther y la fidelidad no se llevan demasiado bien. Ahora es Esther quien suelta una carcajada.

Rodrigo es el novio perfecto; para mi madre, claro. Quiero decir, desde que cumplí los quince años que Margaret no hace más que insistir en que Rodrigo es un buen partido, guapo, con estudios, y que su familia es inmejorable. Por supuesto que es inmejorable, como que su madre es la mejor amiga de la mía.

No digo que Rodrigo sea mal chico, pero no es para mí. Sí, es alto, moreno y con un físico bien cuidado. Es inteligente, tiene dos años más que yo y es médico en el hospital en el que siempre he querido trabajar. Pero nunca he sentido nada especial por él. Mi madre se ha encargado de metérmelo hasta en la sopa, pero por mucho que se fuercen las cosas, si no surge, no surge. No sé muy bien cómo explicarlo. Yo no necesito tanta grandeza. Soy de gustos más sencillos. No creo que el amor sea un contrato fijado por conveniencia, y dudo que algún día llegue a enamorarme de ese hombre. Su familia es algo repipi y eso no va conmigo, aunque lo cierto es que tampoco estoy en posición de tocar esos temas.

Estos últimos años mi madre no hace más que decirme lo guapo que se ha puesto Rodrigo, lo buen médico que es, y que se ha comprado un coche espectacular. Mi madre y su dichosa manía de controlar mi vida.

Hoy por hoy creo que el amor verdadero no ha tocado todavía mi puerta. En París conocí a un chico. Nada serio, o, mejor dicho, nada como para dejarlo todo y quedarme allí por él. Oliver es un gran *che f* francés con una sonrisa capaz de hacerte olvidar hasta de tu nombre. Le conocí en el restaurante en el que trabaja durante una cena con compañeros de la facultad. Lo hemos pasado bien, pero creo que ambos sabíamos que cuando regresara a casa todo acabaría.

Después está el hombre de mis sueños. Esa persona especial que siempre tengo presente y que, a pesar de los años y de la distancia, no ha salido de mi cabeza. Él es mi gran amor platónico, ese a quien amas en silencio porque te parece inalcanzable.

«Señores pasajeros, les habla el capitán. En breves momentos tomaremos tierra en el aeropuerto de Madrid Barajas. La temperatura exterior es de 24 grados. Durante el aterrizaje no se levanten, abróchense el cinturón y no desplieguen sus mesillas. No desabrochen sus cinturones hasta que el avión no se detenga por completo. Deseamos que hayan tenido un buen vuelo, Gracias por volar con nosotros.»

- —Llegamos —murmura Esther con el semblante triste.
- —Podríamos quedarnos en Madrid un par de días. ¡Celebremos que pronto vamos a ser las mejores médicas de Málaga! —propone Carolina.
- —Mi madre me mata, y la vuestra también —les digo abrochándome el cinturón.

El avión aterriza pocos minutos después, y bajamos por la escalerita de éste para pisar tierra firme. Nos toca correr porque tenemos el vuelo a Málaga en pocos minutos, pero gracias al microbús, podemos llegar a tiempo. El viaje a casa se hace corto, y antes de lo que pensamos, estamos ya en la zona de recogida de equipajes.

Casi media hora después la cinta empieza a correr con las maletas. Cuando logro distinguir la mía avanzo rápido para cogerla antes de que la cinta se la lleve y me haga correr detrás, o esperar a que pase de nuevo. En el frustrado intento de llegar a ella, mi cuerpo colisiona con alguien, provocando que caiga al suelo.

Maldigo el encontronazo y veo como me ofrecen una mano para levantarme, pero molesta, decido hacerlo por mis propios medios.

—Podrías tener un poco más de.... —Me bloqueo en cuanto veo quién está justo delante de mí.

### Reencuentros

Le reconozco enseguida, y aunque han pasado los años, luce como siempre. Veo como sonríe al ver mi estado de shock. Recoge mi bolso del suelo y me lo tiende.

- —Alejandro —consigo articular.
- —Hola. —La ilusión de verle se me cae por los suelos al ver que ni siquiera se acuerda de mí. Pero ¿qué esperaba?, siempre fui una sombra para él.
  - —Perdona por el golpe, iba sin mirar porque he visto mi maleta y...
  - —Tranquilo —le interrumpo—. Yo tampoco miré por donde iba.

Bajo la mirada sin remediarlo. No puedo aguantar sus ojos clavados en los míos. Hacía mucho tiempo que no sentía esa sensación de flaqueza en mis piernas. Igual que en el instituto...

- —¡Alma! ¡Ya tenemos las maletas! —grita Carolina acercándose a mí. Reacciono enseguida y la miro.
- —Tengo que marcharme o volveré a perder mi maleta. Disculpa de nuevo por el golpe. —Me quedo mirando como una tonta como desaparece por la puerta de la zona de equipajes. Todavía no puedo creer que el mismo día que vuelvo a casa me tope con él. Alejandro López Montaner. Recuerdo las decenas de libretas repletas de garabatos con su nombre.
- —¿Ese no era...? —rumia Esther. —Alejandro, el del instituto —le aclara Carolina.
- —Pues está como un queso—murmura Esther antes de morderse el labio.
- —Creo que es escritor. Ha pasado de darle al balón a darle a la pluma. ¡Cómo cambia la gente!
- —Sí, es escritor y sus libros son increíbles. Tiene mucho talento, como antes. Por mucho que jugara a fútbol, siempre se le ha dado bien escribir. En los certámenes literarios ganaba todos los años alguno de los premios.

—Ahora me acuerdo... ¡Ese era por el que estabas tú tan coladita! ¡Joder! ¡Cómo ha cambiado! —grita Esther.

Caminamos en dirección a la salida y cuando se abren las puertas, lo único que falta en la bienvenida es la pancarta. Ha venido toda mi familia, la de Carolina, la de Esther, y nuestros amigos. Ah, y Rodrigo, por supuesto.

- —¡Cariño! ¡Por fin en casa! —me dice mi madre abrazándome—. ¡*Bienvenue!* Ha venido Rodrigo a verte —me susurra al oído. Me separo de ella y me refugio en los brazos de mi padre. Rodrigo se acerca a mí con cara de eterna disculpa.
  - —Lo siento, tu madre... —le abrazo y sonrío.
  - —Lo sé, no te preocupes. Gracias por venir.
  - —Bienvenida a casa...

Vuelvo a sentir ese olor a mar que tanto he añorado...París; la ciudad de la luz, del amor, cuna del arte... me pasaría horas y horas hablando de sus tantísimos rincones maravillosos que enamoran a todo el que pasea por sus calles. Cierro los ojos y mi mente me traslada allí al instante. Los paseos por la orilla del Sena o por los Campos Elíseos, las tardes de lectura a los pies de la Torre Eiffel, las visitas al museo del Louvre o al museo Picasso... hay tantas cosas que me fascinan de allí.

Pero todo se desvanece cuando llego aquí y veo el mar. El agua sosegada de mi Málaga querida. Y es que adoro sentarme en cualquier terraza del paseo y contemplar como las olas rompen en las rocas, como bailan con la arena y vuelven a perderse mar adentro.

- —¿Y cuándo llegarán tus cosas? —Es mamá. Las dos vamos sentadas en los asientos traseros del coche, y papá conduce delante. Solo.
- —Me dijeron que, entre cuarenta y ocho y setenta y dos horas, y ya han pasado veinticuatro, así que supongo que entre mañana y pasado tendrían que estar aquí —le digo observándola. Hace más de un año que no vuelvo a casa. El último curso, sus pertinentes exámenes, el trabajo de final de carrera y el MIR me han tenido absorta. Juraría que ha vuelto a hacerse algún retoque en la nariz, pero no oso preguntar. Con el carácter que tiene...
  - —¿Has visto lo guapo que está Rodrigo? —Otra vez con el temita.
  - —Sí, mamá.
- —Ya te lo decía yo. No te preocupes que esta misma noche he organizado una pequeña fiesta de bienvenida, y le he invitado. —Resoplo.

Mamá y sus pequeñas fiestas. Papá sigue callado, pero me mira por el retrovisor compasivo.

- —¿Pero no puedes dejar la fiesta para mañana? Me apetece descansar un poco, han sido unos días intensos.
  - —Está todo organizado —sentencia. Qué remedio me toca.

Por fin entramos en Marbella. El coche traza las últimas calles de la urbanización, y entramos al garaje. Un fuerte estruendo me sobresalta. Es mi pequeñín, el labrador que me regaló mi abuela pocos días antes de morir. Abro la puerta y se abalanza sobre mí llenándome de lametones.

- —¡Para Bruce! ¡Quieto! —grito tratando de zafarme de él. Salgo del coche y acompaño a mi padre al maletero para coger mis cosas.
  - —¿Cómo estás, nena? —me dice rodeándome con su brazo.
- —Bien, papá. Cansada de la despedida, de la mudanza, del viaje. Ya sabes. —Me acurruca entre sus brazos. He echado tanto de menos esos abrazos... Mi padre es el único que logra hacerme sentir bien siempre.

Papá, Alberto Torres, es el director de uno de los mejores hoteles de Marbella, el Marbella Club Hotel. De pequeña me llevaba allí para pasar algo de tiempo juntos montando a caballo, uno de los pocos momentos que podía disfrutar junto a él porque siempre salía de casa antes de que me despertara, y volvía cuando ya estaba dormida.

Me ayuda a subir la maleta y aspiro el aroma de casa; una dulce fragancia de flores frescas que me devuelve a mi niñez. Mi habitación está como siempre, con mis ositos de peluche en la cama, el escritorio lleno de libros y mis zapatillas justo debajo del radiador. Adoraba sentir el calor en mis pies al levantarme en invierno. Me acerco al escritorio y revuelvo los libros. La mayoría son del primer año de carrera. Anatomía humana, bioestadística y biología celular. ¡Qué recuerdos!

Hoy estoy algo más cerca de alcanzar mi sueño; ser pediatra. Tras cuatro años de carrera y el MIR, por fin voy a empezar la especialización de pediatría. Me esperan cuatro años de residente en el hospital que me han asignado, el Hospital Internacional de Benalmádena. Desde que tengo uso de razón mi gran vocación ha sido curar a los demás. Pasaba horas y horas sanando a mis muñecas, a mis perros o a mí misma. Recuerdo que tenía un cofre de juguete con un estetoscopio y utensilios varios que me ayudaban a ponerme en la piel de un médico. Mi móvil me devuelve a la realidad.

<sup>—¿</sup>Ya te has repuesto del encontronazo? —Es Carolina.

<sup>—¿</sup>Qué dices?

- —Tía, el choque con Alejandro. No me digas que ya no te acuerdas.
- —¡Ah! Pensaba que hablabas de Rodrigo.
- —¿Cómo ha ido? ¿Tu madre sigue insistiendo? La cosa es que el chico no está nada mal, ¿eh?
  - —Pues mira, todo tuyo. Esta noche tienes la oportunidad.
- —Lo sé, me lo ha dicho mi madre al llegar. Por eso te llamo. ¿Tengo que venir muy elegante a la fiesta?
- —Pues hombre, teniendo en cuenta que la ha organizado mi madre... puedes ir preparando el vestido largo.
- —Joder. Ya podría haber preparado una fiesta en la piscina. Vaya ganas de arreglarse ahora. Con lo cansada que estoy del viaje.
  - —Dímelo a mí, pero no queda más remedio.
  - —Y mañana hay que levantarse pronto para ir a la charla del hospital...
- —Sí, pero ya sabes cómo es mi madre. Si no organiza algo, no se queda tranquila. En fin, te dejo que voy a ver qué me pongo esta noche.
  - —Vale, te veo luego.

Cuelgo y camino hasta la puerta de mi armario-vestidor. Enciendo la luz y veo la ropa que llevo años sin ponerme. No tengo ganas de deshacer las maletas, así que algo me servirá. Adoro la moda, concretamente los zapatos. Mi madre, ocupada siempre con sus reuniones del club de campo y sus tonterías, no hacía más que comprarme ropa y zapatos para tenerme contenta, así que poco a poco fue interesándome ese mundo.

Mamá, Margaret Martin, y digo mamá porque así lo dicen los papeles, y porque en definitiva estuve nueve meses en su vientre, es una de las presidentas del club de campo de Marbella. Lugar por el que nunca me veréis aparecer, más que nada porque el estatus social de la gente que acude no me interesa lo más mínimo. Por mucho que creciera en esta burbuja social, las nanas fueron las que me criaron. En ellas buscaba siempre el abrigo de una madre que tanto me faltaba. Y ellas me asentaron los pies en el suelo.

Me pruebo un vestido largo de color blanco. Creo que no me lo había puesto nunca. Me lo quito, lo dejo sobre la cama, y me tumbo a su lado tratando de descansar un poco; estoy agotada.

- —¿Pero todavía no te has arreglado? ¡Queda media hora para que empiecen a llegar los invitados! —Los gritos de mi madre me despiertan.
  - —¿Qué? ¿Qué hora es mamá? —le digo adormilada.

- —Son las nueve. Llevas horas durmiendo.
- —Estaba cansada. Ahora voy —murmuro levantándome de la cama.
- —A ver qué te pones. No vayas a bajar de cualquier forma.
- —Que no mamá. No te preocupes —resoplo entrando en el baño.
- —Voy a llamar a tu padre, a ver si llegan los invitados, y él todavía no está aquí —refunfuña.

Giro la manecilla de la ducha para que el agua fría me despierte. Me paso un buen rato para desperezarme, y salgo envuelta en una toalla. Vuelvo a la habitación y acabo de arreglarme. Me miro al espejo intentando encajar la cerradura del collar.

- —¿Puedo? —Es papá, que asoma por la puerta.
- —Claro —le digo sonriente. Se acerca a mí y me coge el collar para ponérmelo.
- —Estás preciosa. Echaba de menos tenerte por aquí en las fiestas que organiza tu madre.
- —Se me había olvidado ya. En París no pasaba de algunas reuniones en casa con cerveza y panchitos. —Acaba de abrocharme el collar y me giro para mirarle.
- —Ven, anda. Llevas la corbata mal puesta —le aviso arreglándole el nudo.
- —¡Como te he echado de menos, pequeña! —Me abraza, pero el timbre nos sobresalta. Me separo de él y le miro.
- —Será mejor que bajemos, o a mamá le va a dar algo. —Asiente y sonríe.
  - —Vamos.

Camino observando a los invitados que hablan en pequeños grupos, a lo largo del salón. Algunos me paran para saldar el pretexto de la noche; mi bienvenida a casa. A la mayoría no los conozco. Supongo que serán compañeros del club de campo de mamá.

Me siento en uno de los sofás, evitando las estiradas conversaciones de golf, pádel y cenas benéficas.

- —La fiesta divina —ironiza Carolina.
- —¡Por fin habéis llegado! Media hora más aquí ambiente y me convierto en uno de ellos.
- —No me acordaba ya de las fiestecitas de tu madre —murmura Esther divisando el perímetro—. ¿Y de dónde han salido estos camareros? ¿Ha hecho una audición? ¡Vaya armarios!

- —Tus hormonas y tú —balbuceo levantándome.
- —¿Vamos? —dice Carolina señalando el jardín.
- —Voy a por algo para soportar todo esto. ¿Queréis algo?
- —Cerveza —responden al unísono.

Camino esquivando a la gente en dirección a la cocina, pero la oscuridad del pasillo ocasiona un choque que adivino poco casual.

- —Buenas noches, Alma. Mucho tardaba en aparecer.
- -Rodrigo.
- —Llevo toda la noche buscándote, pensé que te habías ido.
- —De momento vivo aquí y cualquiera se va de la fiesta de mamá. —Se ríe cómplice.
- —Imagino. Me llamó esta tarde para asegurarse de que venía. No sé dónde ha conseguido mi móvil —me dice tímido.
- —Mi madre y sus contactos. ¡Lo que no pueda conseguir ella! —Vuelve a sonreír, y no puedo evitar sentirme incómoda—. ¿Quieres venir fuera? Han venido mis amigas. Seguro que te lo pasas mejor que con la gente de allí dentro —asiente y me acompaña.

En la nevera, por suerte, quedan algunas cervezas. Rodrigo me ayuda y nos dirigimos al jardín, donde ya nos esperan.

- —Chicas, os presento a Rodrigo, un amigo de la familia.
- —¡Hombre! ¡Por fin nos conocemos! Así que tú eres el guapo de Rodrigo del que siempre habla Alma. —La voy a matar. Carraspeo y quiero que la tierra me trague. Por suerte, Carolina reacciona.
- —¡Encantada de conocerte Rodrigo! Me han dicho que eres médico. El pobre sigue la conversación avergonzado.
- —Sí, el año pasado terminé especialización y ya estoy trabajando en el hospital.
- —¿De verdad? ¡Qué suerte! Nosotras empezamos este año la residencia —comenta Carolina.

Parece que poco a poco va cogiendo confianza y la conversación se torna tranquila y amena. Rodrigo es pediatra, y nos cuenta anécdotas de sus años de residente.

- —¿Y ahora en qué hospital estás? —pregunta Esther.
- —En el Internacional de Benalmádena. —Mierda.
- —¿En serio? —murmuro.
- —Sí. Estuve los dos últimos años de residente, y ahora me he quedado como médico del equipo de pediatría.

- —¿Ese no es el hospital que te han dado a ti, Alma? —Esther siempre hablando de más. Asiento resignada.
- —¿De verdad? No había mirado las listas de residentes. Pues podría presentarme como tu tutor, si te parece —me dice amablemente. Lo único que me faltaba es tener a Rodrigo todo el día detrás. La ilusión de mi madre.
  - —No hace falta que te molestes...
- —¡Para nada! En cuanto vengas a inscribirte, hablo con mis compañeros para llevar tu residencia.

La suerte me acompaña. La fiesta se alarga hasta altas horas de la noche. Rodrigo se marcha con sus padres, prometiéndole a mamá que moverá todos los hilos necesarios para poder llevarme la especialidad, y las chicas se marchan también.

Subo a mi habitación cansada. Mañana a primera hora tengo que pasarme por el hospital y seguramente tendré a Rodrigo esperándome. Me refugio en uno de mis libros para relajarme un poco. Sé que después de dormir cinco horas por la tarde, por muy derrotada que esté, me costará dormirme.

Y él es el que siempre me devuelve a la calma que necesito. Álex Montaner. Alejandro, como siempre le conocí yo. Abro uno de sus libros; *La sombra de nuestra esperanza*, mi favorito.

### Susto tras susto

- ¿Te sigue gustando la vecina? Pensé que se te había pasado ya me sobresalta mi hermana. Dejo que la cortina vuelva a su sitio, me giro y la veo en el umbral de la puerta.
- —La vecina tiene unos cuantos añitos más que yo. ¿Cómo me va a gustar?
- —Pues no pensabas lo mismo hace unos años. Además, el amor no tiene edad.
  - —Paula; era un crío.
  - —Hombre tan pequeño no eras. Ya tenías tus granos y...
- —Pues eso. Un adolescente. Ella tenía sus veinticinco muy bien puestos —se ríe y se acerca hasta la ventana.
  - —¿Entonces?, ¿Qué mirabas?
  - —Nada en especial. Miraba por la ventana.
- —Ya, por la ventana. En fin... me han dicho las niñas que quieren que las lleves al cine. Acaban de estrenar una película de la que llevan hablando semanas.
- —¿Ahora? —resoplo. Mi intención era quedarme vigilando por si alguien se acercaba al buzón mientras hacía ver que releía el manuscrito.
- —Sí. No las lleves a la sesión de las ocho que se va a hacer muy tarde. Así que date prisa que a las seis tendríais que estar allí para ver la de y media —me dice saliendo por la puerta.
- —Voy, voy —grito acercándome al armario para cambiarme y bajo al salón a por mis sobrinas. Elena es la mayor. Tiene ya diez años, y empieza a parecer una señorita. Le encanta subir conmigo al desván, donde tengo un improvisado despacho en el que me encierro cuando necesito silencio para escribir. A Elena le encanta sentarse en un pequeño sillón viejo que mamá desterró, y escucharme durante horas. Luego está Lucía, el trasto de la casa. Apenas tiene cinco años, pero nunca para quieta. Siempre se queda dormida

cuando le leo. Dice que mis libros son demasiado aburridos. A ella le gustaría que escribiera los cuentos que a veces me invento para que se duerma.

Las dos son lo más bonito que tengo, y cuando me marcho a Madrid las extraño, así que cuando vuelvo a casa trato de estar todo el tiempo que puedo con ellas.

- —Yo voy delante, que soy la mayor —grita Elena abriendo la puerta del copiloto.
- —Ven, princesita —murmuro cogiendo a Lucía para sentarla en la sillita de detrás.
  - —¿Por qué tengo que ir aquí? Me aburro —se queja pataleando.
- —Porque las niñas bonitas tienen que ir sentadas en las sillitas. —Se deja hacer sonriente mientras le pongo el cinturón. Ya la he convencido.
- —Eso quiere decir que Elena es la fea —grita sacando la lengua. La mayor la mira un instante y vuelve la vista al frente.
  - —Y tú la tonta.

Antes de que empiecen una guerra de gritos y pataletas les advierto que, si no paran, nos quedaremos en casa. Con la pequeña haciendo pucheros cierro la puerta y vuelvo al asiento del conductor. Nos ponemos en marcha y enciendo la radio para entretenerlas. Después de comprar las entradas paramos en la tienda de dulces a cargar con bolsas de todo tipo de gominolas que, si viera mi hermana me echaría por la cabeza.

Un par de horas después, mientras las niñas debaten sobre lo divertida que ha sido la película, trato de entender lo que me dice mi hermana, al otro lado del teléfono.

- —Acabamos de salir. Ahora venimos.
- —No les habrás comprado guarrerías, ¿no?, que luego les duele la tripa y no quieren cenar.
- —Que no Paula, que no. No han comido guarrerías —murmuro guiñándoles el ojo.
  - —Está bien, está bien. Voy a ir preparando la cena.

Caminamos por el aparcamiento cogidos de la mano, hasta que Elena decide soltarse y correr hasta el coche, que ha visto al fondo. Y cuando miro de tomar en brazos a Lucía para evitar que imite a su hermana, me doy cuenta de que es demasiado tarde, y que ésta ya corre como si le fuera la vida en ello.

- —¡Elena! Quieres parar y darle la mano a tu hermana que vamos a tener un disgusto como pase un coche —grito tratando de alcanzarlas. Pero Lucía resbala con cualquier cosa que hubiera en el suelo y oigo un fuerte estruendo. Lucía llora desesperadamente desde el suelo y salgo corriendo hasta ella.
  - —¿Dónde te has dado, mi vida? —le digo agachándome a su lado.
  - —Pupa —solloza tocándose la pierna.
- —Vale, tranquila, tranquila. No llores. Vamos a ver qué te has hecho. Le remango el pantalón y apenas encuentro un pequeño arañazo. Lucía sigue quejándose y Elena se ha puesto a llorar del susto.
- —Me duele el pie, Ale —me dice haciendo puchero, mientras la siento en el coche. Por suerte, Elena se ha tranquilizado y está intentando calmar a su hermana.
  - —¿El pie? —asiente y me agacho para mirárselo.

Ante las continuas quejas de la pequeña, decido llevarla al hospital del pueblo para que le echen un vistazo. No me quedo tranquilo. Llegamos a urgencias y le explico a la recepcionista lo que ha pasado. Me mira risueña. Me toma los datos de la niña y me tiende un trozo de papel para que se lo firme. Me siento junto a las pequeñas mientras espero a que nos llamen. Trato de entretener todo lo que puedo a Lucía, que sigue quejándose. Mi hermana me llama y decido hacerme el sordo. No tengo ganas de que me monte el escándalo del siglo. Bastante nervioso estoy. Distraigo a Lucía contándole cómo será el nuevo libro. Me acerco de nuevo al mostrador para ver si van a tardar mucho, y enseguida oigo como la llaman.

—Ven, bonita. Vamos a ver qué ha pasado en ese pie —le explica un hombre con bata blanca.

El médico nos deja en una habitación y se lleva a Lucía para hacerle una radiografía de la pierna. Mi móvil vuelve a sonar, y decido no preocupar más a mi hermana.

- —¿Pero se puede saber dónde os habéis metido? —me dice visiblemente enfadada.
- —Lo siento, Paula. Es que Lucía se ha caído y he venido a ver qué tiene.
- —¿Que se ha caído? ¿Qué le ha pasado? ¿Pero dónde estáis? pregunta nerviosa.
- —Tranquila. Está bien. Solo le duele el pie, y he venido al hospital para ver si tiene algo.

- —¿Al hospital? ¡Dios mío!
- —Paula tranquilízate. La niña está perfectamente. Ahora se la han llevado a hacerle unas radiografías y ahora la traen.
  - —Voy para allí ahora mismo.
  - —Pero si no...
  - —Cuando llegue, te llamo —me dice interrumpiéndome.

Estupendo. Me va a caer la bronca del siglo. Con el genio que gasta mi hermana...

- —Te van a matar —canturrea Elena.
- —Gracias por los ánimos.
- —Si es que no se puede ser tan despistado, Alejandro—murmura imitando a su madre.
  - —Muy graciosa.

La enfermera vuelve con Lucía, y nos avisa de que pronto vendrá el médico con los resultados. Y no tarda en llegar. Minutos más tarde entra otro hombre, de unos treinta años junto a una chica, a la que reconozco enseguida.

- —Buenas noches, soy el Dr. Márquez. Les dejo con la residente Torres. —Me acerco para saludarles, presentándome como el tío de la niña y vuelvo al lado de Elena. La chica me mira tímidamente, como el otro día en el aeropuerto.
- —Bueno guapa, pues parece que te has hecho un pequeño esguince. Se acerca a mí y me tiende un sobre—. Vamos a poner un yeso unos días para inmovilizarle el pie. No sería necesario en caso de un adulto, porque es un esguince leve, pero los niños se mueven mucho, y podría complicarse. —Habla nerviosa sin mirarme a los ojos, acariciando el pie de Lucía. Asiento y observo atento como el hombre le explica algo y sale de la habitación.
- —Volvemos a encontrarnos —le digo acercándome—. Así que me topé con una pediatra.
  - —Es mi primer día.
- —Enhorabuena. —Elena carraspea y recuerdo que tengo a mis sobrinas allí. Ella se ríe y vuelve a centrar su atención en la niña.
  - —Hola preciosa. ¿Cómo se llama esta niña tan guapa?
  - —Me llamo Lucía y tengo cinco años.
  - —Vaya, ¡qué grande!
  - —Y tú, ¿cómo te llamas?

- —Yo me llamo Alma.
- —¡Qué bonito! —Ella sonríe. —¿Y tú conoces a mi tío? Es un escritor famoso.
- —¿Ah sí? Ven, déjame ver ese pie y te cuento algo —le dice palpándole el tobillo. —Pues tu tío Alejandro y yo íbamos al mismo colegio.

Sus palabras me pillan desprevenido. Le miro asombrado y entiendo que me llamara por mi nombre el otro día. Lo cierto es que logro recordarla.

- —Me duele —se queja la pequeña.
- —Tranquila, verás como en un rato se te pasa. Te voy a poner un ungüento mágico que lo cura todo.
- —¡Ala, un ungüento de magos! ¡Ale, tu amiga me va a curar el pie! grita eufórica. Todos nos reímos al escucharla y Alma se levanta y alcanza un bote de crema que hay sobre la mesa. Se sienta junto a Lucía y le aplica la crema.
- —Ahora le dices a tío Alejandro que te lea uno de sus libros y verás que se te pasa enseguida —le dice mirándome. Sonrío y asiento. —Tendréis que venir en un par de días para ver cómo va todo. Cuando Pilar acabe de ponerle el yeso y salgáis, pedís hora con pediatría y si veis que le duele mucho, volvéis antes.

La enfermera entra y Alma sale del box. Mientras le venda el pie, llega mi hermana, echando fuego por la boca.

- —¡Cariño! ¿Estás bien? ¡Dios mío, pero qué te han puesto!
- —Es un pequeño esguince. Le ponen el yeso para que no pueda mover el pie y se le cure bien.
  - —Si es que cuántas veces te tengo que decir que no las dejes correr.
  - —Pero si...
  - —¡Mami, me han puesto un ungüento mágico!
  - -¿Sí? ¡Qué bien!

La enfermera acaba con el vendaje y nos acompaña hasta la puerta. Paula coge en brazos a Lucía, y como puede, toma de la mano a Elena. Camino cabizbajo detrás de ellas.

—Nos vemos en casa —me dice mi hermana subiendo a su coche.

Conduzco pensativo hasta casa. ¿Esa chica iría a mi clase? No recuerdo a ninguna Alma entre mis compañeros, aunque con la memoria de pez que gasto, no me extraña nada.

Bajo del coche, y caigo en la cuenta de que ya ha anochecido. Parece que mi hermana y las niñas ya han llegado. Abro la puerta de casa, y vuelvo sobre mis pasos. El buzón. Lo abro y la veo. Otra carta.

## **Cambios**

Bajo a la cocina y veo los restos del desayuno de papá en la mesa. Cojo una de las tostadas que se ha dejado y la engullo todo lo rápido que puedo. Un vaso de leche me ayuda a tragar.

- —Una señorita no come así —murmura mi madre entrando a la cocina.
- —Tengo prisa mamá. Llego tarde al hospital.
- —Ah, me olvidé de decirte que tienes que ponerle gasolina a tu coche. Lo he estado usando yo y no me acordé de pasar por la gasolinera. Estupendo.
  - —Me voy o llegaré tarde. ¿Las llaves?
- —En la entrada. Dale un beso a Rodrigo de mi parte. —Me doy la vuelta para mirarla y para asegurarme de que ha dicho eso, y resoplo resignada.
  - —Claro mamá.

Me siento como si hubiera vuelto al instituto y mi madre siguiera mangoneándome a su antojo. Enciendo el motor de mi pequeñín que hele como si alguien lo hubiera bañado en perfume. Tres cuartos de hora más tarde aparco por fin en el hospital. Salgo todo lo rápido que puedo porque voy justa, y pregunto en la recepción hacia dónde debo dirigirme. Una muchacha pizpireta me indica con amabilidad. En la sala de espera me encuentro a un par de chicas más.

Me dispongo a coger mi móvil cuando oigo mi nombre.

- —¿Alma Torres?
- —Sí, soy yo. —Es una chica joven. Me pongo en pie y la acompaño.
- —El Dr. Márquez la está esperando para cumplimentar la ficha asiento extrañada. No tenía ni idea que la inscripción se hacía así. La chica se para delante de la puerta y toca un par de veces. Al momento se oye como alguien dentro le da permiso para entrar.

- —Puede pasar —me dice. Avanzo observando el despacho. La silla está girada de espaldas a mí, pero enseguida se da la vuelta.
- —Bienvenida a pediatría, residente Torres. —Rodrigo me recibe sonriente y se levanta para tenderme la mano.
  - —Gracias, supongo —murmuro descolocada.
- —Al final he logrado ponerte en mi tutoría. No me han puesto inconveniente. —¡Maldita sea!—. Llenamos la ficha, firmas y ya no hay vuelta atrás. —Cierro los ojos y suspiro. No puedo oponerme a que Rodrigo sea mi tutor. No creo que empezar la residencia poniendo problemas sea la mejor idea.
  - —Listo —le digo entregándole los papeles.

El primer día ha resultado de lo más intenso. Apenas queda una hora para acabar el turno, y siento que no aguantaré si no repongo fuerzas. Me acerco a las máquinas de *vending* y le veo. Vuelve a ser él. Acaba de entrar por la puerta de urgencias. Pilar, una de las enfermeras, llama mi atención para que recoja mi bebida de la máquina. Con la *Coca-cola* en mano, camino hasta la entrada, pero ya no está. Busco intrigada en las salas de urgencias, sin suerte, hasta que me topo con Rodrigo, que lleva todo el día pegado a mí.

- —¡Por fin te encuentro! Tenemos paciente. Acompáñame.
- —Disculpa, tenía sed —murmuro caminando a su lado.

Y resulta que la paciente es la sobrina de Alejandro. La atiendo algo nerviosa cuando Rodrigo me deja sola ante el peligro. Trato de ser amable, pero enseguida llega la enfermera y me indica que me llaman al despacho.

- —¿Has visto quién era? —Rodrigo me mira con gesto interrogativo—. Alejandro López Montaner.
  - —El escritor.
  - —Sí, los acabo de dejar con Pilar.

Todavía estoy nerviosa. Se ve tan dulce y cariñoso como siempre me ha parecido.

Nunca habíamos tenido el trato que a mí me habría gustado. De hecho, entiendo que él no se acuerde de mí. Apenas nos cruzábamos entre clase y clase, y yo suspiraba por él en cada esquina. Me sentaba durante horas en la biblioteca haciendo ver que estudiaba solo para verle y poder pasar algo de tiempo cerca. Guardaba en mi memoria cada una de las palabras que

cruzábamos, aunque si soy sincera, no fueron más que un par. Para mí lo era todo.

Ahora, tantos años después, me parece un regalo que el destino lo haya cruzado de nuevo en mi camino. Y verlo junto a sus sobrinas me enternece.

- —¿Y bien?, ¿Cómo ha ido el primer día? —me pregunta Rodrigo devolviéndome a la realidad.
- —Bien —murmuro. Estar en su punto de mira no me deja estar tranquila. Me sonríe, se levanta y avanza hasta mí.
- —¿Vamos a celebrar tu primer día? Te invito a cenar. —Tuerzo el gesto y trato de buscar una excusa rápida.

Y no sé exactamente cómo se lo traga, pero me invento que hoy llega el camión de las mudanzas y que quiero estar pendiente de que vengan todas las cosas.

La verdad es que las chicas hablaron de vernos hoy después del trabajo, aunque no acabamos de concretar.

- —Oh, pues nos vemos mañana entonces. Diviértete.
- —Gracias Rodrigo, hasta mañana.

Celebro que se haya tomado bien mi rechazo.

Llego a casa tarde. Las retenciones en la autovía han hecho que el trayecto habitual dure un poco más. Al final he quedado con las chicas para ir a cenar a Málaga. Carolina tiene allí el destino de su residencia, y como sale algo más tarde, nos acercamos nosotras para que pueda venir.

- —¿Cómo está Rodrigo? —me pregunta mi madre cuando llego.
- —Me ha ido muy bien el primer día, gracias.
- —Me alegro, cariño. ¿Y Rodrigo?
- —Como siempre, mamá. Ni que llevaras meses sin verle.

Me mira seria. Había olvidado lo que es convivir con mi madre.

- —Voy a salir. He quedado para cenar con las chicas. Voy a cambiarme.
- —En lugar de tanta fiesta con tus amigas, deberías afianzar tu relación con Rodrigo. Al final se va a cansar de esperarte, se irá con otra y a ti se te va a pasar el arroz.

Me paro en mitad de las escaleras y retrocedo. ¿Se puede saber qué le pasa a esta mujer? ¿Qué se me va a pasar el arroz? ¡Si estoy a punto de cumplir veinticuatro!

—Pues si quieres puedes decirle a Rodrigo que vaya pasando. No tengo intención alguna de salir con él. Bastante tengo con las horas de hospital —

le digo volviendo arriba. —Ah, y en cuanto al arroz... a mí me gusta pasado, no te preocupes.

—¡No tienes solución, hija!

- —¿Y no le has dicho nada? No sé, yo hubiera buscado una cita o quién sabe, una noche loca —fantasea Esther.
  - —Es que tú eres... ya sabemos cómo eres —murmuro.
  - —¿Qué has querido decir con eso? —pregunta haciéndose la ofendida.
- —Bueno, ¿y tú qué? —me dirijo a Carolina tratando de cambiar de tema.
- —Pues a mí me ha tocado un sargento de tutora. Esta mañana la he acompañado a visitar a un paciente, pero después me ha tenido todo el día pasando visitas sola. La he tenido que llamar veinte veces, vaya.
- —¿Y no te puedes quejar? Digo, no es normal que te haga eso. A ver cómo me va a mí mañana en el de Marbella.
  - —Me podría quejar, pero creo que solo serviría para empeorar las cosas.

Hemos decidido cenar en un restaurante mexicano del centro porque Esther y yo adoramos ese tipo de comida. A Carolina no le gusta el picante, pero siempre la convencemos para que pida algo suave.

- —Chicas; tengo que contaros algo —dice Esther limpiándose la comisura de los labios. —La miramos extrañadas—. Lo he dejado con Álvaro.
- —¿En serio? —le digo sorprendida. Llevaba muchos años con él. Y a pesar de sus aventuras en París, no me los imagino el uno sin el otro.
- —No he tenido fuerzas para contarle lo que ha pasado todo este tiempo, pero le he dicho que lo mejor es que cada uno siga su camino, que aunque ha venido muchas veces a verme, siento que ya no le conozco. Los dos hemos cambiado mucho y no podíamos alargar más esto.
  - —Será lo mejor. Es un paso adelante importante —la anima Carolina.
  - —Si tú vas a estar bien...
- —Voy a estar bien. O eso creo —murmura—. Además, será mejor que me centre en la especialización.
  - —Y así puedes seguir aumentando tu lista.
  - —¿Qué lista?
  - —La de hombres —sentencia Carolina mofándose.

Las dos nos echamos a reír mientras Esther farfulla cosas que no logro oír.

—Pues yo también tengo algo que contaros. Bueno, más bien algo que proponeros.

# Fuera de lugar

Tenía ganas de escribirte. Las cosas por el paraíso se complican e intento refugiarme en ti y en tus libros.¿No tienes la sensación, a veces, de que te tocó vivir en el lugar equivocado? La gente que te rodea, las situaciones que llegan, los círculos en los que te mueves...A veces todo me abruma y creo que tal vez no soy la persona adecuada que debería estar aquí. No sé, tal vez tú estás más que acostumbrado a tu nueva vida, pero yo... yo apenas acabo de retomar la mía. Después de unos años tratando de sobrevivir en un mundo paralelo que yo misma provoqué, al final la realidad llama a tu puerta y toca reencontrarte con tu vida. Y no sé cuál de las dos me permite ser yo de verdad. Ni siquiera sé si lo que estoy haciendo me convence. Tengo la impresión de que año tras año he estado haciendo lo que me tocaba hacer. Primero el colegio, el instituto, la universidad...

¿Qué nos queda? ¿Dónde decidimos coger el rumbo de nuestro futuro?

Tal vez es solo una de esas crisis de identidad que me provoca ese miedo a la nada que todos llegamos a tener algún día. Los sueños, como te conté en la carta anterior, juegan un papel determinante en la felicidad, o eso dicen. No sé si es que tengo sueños platónicos e inalcanzables, o si simplemente soy yo la que no ha decidido luchar por ellos. Tal vez en ese confort en el que vivimos a veces, estamos mucho más tranquilos. Aparentemente.

Vaya cuento te acabo de soltar, ¿eh? Espero no aburrirte con mis cartas. Me gusta contarte cosas que no me atrevo a contar a nadie. Tal vez porque sé que quizás la dejas en un rincón, y que no tienes tiempo ni de leerla. En fin, Alejandro. Te dejo ya porque se me ha hecho muy tarde.

Gracias por todo.

Siempre, bajo tu misma luna.

Dejo el trozo de papel sobre la mesita. Después de un día intenso me relaja refugiarme en sus cartas. Creo que es la primera vez que se abre a contarme cosas de su vida con algo más de profundidad.

Me hace pensar lo que me dice. Tiene razón. A veces yo también me he sentido fuera de lugar, y obligado a hacer lo que me tocaba hacer. Pero estoy aquí, cumpliendo mi sueño, y creo que todo el mundo tiene derecho a realizarlos por mucho que éstos sean aparentemente inalcanzables.

Deben haber dejado la carta esta misma tarde, mientras estaba en el cine. Si hubiera estado aquí... El tono de llamada de mi móvil me sobresalta. Es Cristina.

—¿Cómo van esas correcciones?

- —Van... con algún percance que otro, pero más tranquilo que en Madrid.
  - —Lo de siempre —se ríe.
- —Esta vez ha sido peor. He llevado a las niñas al cine, Lucía se ha caído y se ha hecho un esguince.
  - —¡Vaya! ¿Pero está bien?
- —Sí, la he llevado a urgencias y le han puesto una férula y ya estamos en casa.
- —Bueno... pues entonces en unos días estará como nueva. No te preocupes.
- —Si yo eso ya me lo imagino, pero mi hermana se ha enfadado conmigo.
  - —Bah, ya se le pasará. Es normal, Alejandro. Es su hija.
- —Lo sé, lo sé. Entre eso y el carácter de mi hermana... —se ríe al escucharme.
- —Bueno Alejandro. Perdona que te moleste tan tarde, pero te llamo porque me ha dicho Natalia que deberíamos entregarle la sinopsis cuanto antes para poder tener lista la portada y la contraportada. De ese modo Angélica y su equipo podrán empezar a perfilar la promoción.
  - —Sin problema, Cristina. La reviso esta noche y te la mando.

Me despido, cuelgo y subo al desván. La casa está a oscuras. Todos deben estar durmiendo. Camino tratando de hacer el mínimo ruido posible. Abro la mochila en la que siempre transporto lo que me puede hacer falta, y donde siempre tengo mi libreta en la que escribo todo lo que se me pasa por la cabeza, y que a veces termina en la idea de un libro.

Me siento en el despacho y trato de hacer lo que me parece más complicado de todo el proceso de escribir un libro. Sintetizarlo en menos de diez líneas. Reviso también mi biografía actualizada que me ha pasado Cristina. Y entre papeles me quedo dormido sobre la mesa del escritorio. Me levanto con las caricias de mi madre, que me alerta de que son más de las doce de la mañana.

- —Daniel está aquí. Quería marcharse para no despertarte, pero creo que ya es hora de levantarse —me dice risueña.
- —Sí. Ayer me quedé hasta tarde trabajando, y no sé ni a qué hora me dormí.
- —Tanto trabajo, Alejandro. A ver si vas a enfermar —me dice acariciándome las mejillas.

—No te preocupes mamá. Me cuidan bien.

Me lavo la cara para despejarme, me tomo de un trago el café que me ha subido mi madre y bajo para ver a Dani.

- —Dormilón. Buenas tardes casi.
- —Buenas tardes —bromeo empujándole cariñosamente. —Es que ayer me llamó Cristina y me dijo que tengo que arreglar unas cosas cuanto antes.
- —Lo sé. Esta mañana me han llamado a mí para decirme que el miércoles volvemos.
  - —¿En serio?, ¿Ya? —Se encoje de hombros y suspiro.

Me acompaña a la habitación para hablar mientras me ducho y me arreglo para salir a comer.

- —¿Te ha vuelto a mandar otra carta? —oigo que me dice.
- —Dani, deja eso ahí.
- —¿Sigue sin poner remite?
- —En el sobre no pone nada.

Salgo de la ducha y le encuentro sentado en mi cama, leyendo la carta. Avanzo hasta él y le miro.

- —¿No te he dicho que la dejes donde estaba?
- —Así que está triste.
- —Ahí no dice exactamente eso. Y déjala ahí, Dani.
- —Vaya, vaya... pues tengo curiosidad hasta yo por saber quién es. ¡Qué misterio!
  - —Si...—murmuro sentándome a su lado.
  - —Además es que no te da ni una pista de nada, ¿eh?
- —Vaya ánimos me estás dando. Encima, pasado mañana nos vamos a Madrid, así que no creo que pueda cazarla dejando la carta en el buzón.

Ahora que... se me está ocurriendo algo.

## Una extraña en casa

- —¿Tú una propuesta? ¿Qué te pasa? ¿Te ha subido la fiebre? murmura Esther.
- —Habló doña iniciativa andante. Será que tú propones muchas cosas fuera de los términos noche, fiesta y hombres.
- —Chicas, no volváis con las peleas. ¿Cómo suena esa propuesta? interviene Carol. Tomo aire y lanzo al vuelo algo que no me convence ni a mí misma.
- —He pensado que sería buena idea buscar un piso o apartamento para las tres. Como hemos estado tanto tiempo viviendo juntas, no creo que lleváramos mal la convivencia aquí.
  - —¿Ya te has peleado con tu madre? —se ríe Esther.
- —No sé tú, pero a mí me está costando volver al control de casa. Y tampoco es que me agobien. Lo cierto es que casi nunca hay nadie, pero vaya, no me acabo de acostumbrar.
- —Yo llevo días pensando lo mismo. Ya me vino la idea a la cabeza antes de volver, pero también quería ver cómo se me hacía la vuelta. Se hace extraño entrar en casa y no veros. Me siento una intrusa en mi propia casa —comenta Carolina.

Aunque las tres somos bastante diferentes, los años viviendo juntas resultaron mejor de lo que me esperaba en un principio. Esther tiene sus cosas. Le chiflan los hombres, y no se esconde en traerlos a casa. Era un poco brusco escuchar sus gritos y los del susodicho mientras cenábamos o veíamos una película, pero bueno, con el tiempo te vas acostumbrando. De Carolina la verdad es que no tengo queja, es una buena chica y a veces pienso que tiene un comportamiento demasiado medido para su edad. Tal vez a veces eso me ha llegado a molestar, y no es que yo sea la reina del desmadre, pero de vez en cuando, el cuerpo te pide salir de la rutina. Además, aunque siempre hemos estado juntas, y podría decir que las

conozco como la palma de mi mano, Carolina siempre ha sido algo reservada; incluso con nosotras. En definitiva, todas tenemos nuestras cosas, pero si en estos siete años no nos hemos tirado los platos a la cabeza, a estas alturas no creo que pasara.

- —Tampoco es que tengamos que hacer ya las maletas, pero podemos empezar a buscar cosas con calma, y quedar para ver pisos. Cuando encontremos uno que se ajuste a lo que queremos, tomamos la decisión. Vemos qué necesitamos, qué puede aportar cada una, y hacemos números —les propongo.
- —Alma la previsora —se ríe Esther—. Pero sí, lo veo buena idea. Además, con vosotras estoy tranquila, si me ocupara yo de la economía, en dos días estábamos bajo el puente de Ronda.

Las tres nos reímos. Parece que les ha gustado la idea. Carolina propone dejar Marbella, por aquello de no estar tan cerca de nuestras familias. Lo mejor será buscar algo que a las tres nos sea cómodo, dado que cada una trabaja en una zona diferente.

- —Tachamos Marbella de la lista. Las otras dos opciones son Málaga y Benalmádena, que es donde estáis vosotras —dice Esther hincándole el diente al trozo de tarta que se ha pedido. Hemos cambiado de escenario, hemos decidido tomar el postre en una de nuestras cafeterías favoritas, en Larios.
- —Hombre, a mí Málaga me encanta, sería buena opción. Y me iría de lujo estar cerca del hospital.
  - —Yo no le veo problema a Málaga. Estoy conforme—les hago saber.
- —Claro que para mí es una putada. Me queda casi a una hora en coche. Benalmádena está casi a mitad de camino. En media hora estoy allí reflexiona la rubia.
- —Podemos buscar más opciones. Tenemos Torremolinos, Fuengirola o Mijas —comento.
  - —Será cosa de ir buscando—concluye Carolina.

Conduzco tranquila hasta casa con Esther. Trastea la radio del coche sin dejar una sola canción entera ni por equivocación. La quiero, pero aguantarla lleva su aquél. Oigo la melodía de una de mis canciones favoritas y me mira.

- —Anda, mira, es Pablo López.
- —Como me cambies la emisora te corto la mano —bromeo.

- —Bueno, y háblame de Alejandro. ¿Sabes si vas a volver a verle pronto? Por lo de su sobrina, digo.
- —Pues ya me gustaría a mí, pero a saber si Rodrigo me deja atenderlos...
- —La verdad es que es muy mono. No es que sea yo mucho de lecturas, pero alguna vez le he escuchado hablar y se ve un gran chico. Y lo bueno que está, para qué negarlo —me río y niego con la cabeza—. ¿Qué? ¡Es verdad! Además, tú me lo vas a negar. ¡Pero si llevas enamorada de él desde el colegio, Alma! Y te pega. Es muy tú.
- —¿Muy yo? —le digo desviando ligeramente la mirada de la carretera para mirarla. Se encoge de hombros y me mira seria.
- —Sí, no sé, es así calladito, va bien arregladito, se ve serio, responsable, inteligente. No sé cómo decirte. —Sonrío y arrugo la nariz.
  - —Si tú lo dices.
- —Aunque en realidad el que te pega más es Rodrigo —me dice soltando una carcajada que retumba en todo el coche—. ¿Cómo va todo por el hospital? ¿Te controla mucho? ¿Has aprovechado ya para arrastrarlo hasta una habitación y jugar a los médicos?
  - —¡Pero mira que eres degenerada!
  - —Perdón, olvidé que hablaba con Sor Alma.
- —Si tú tuvieras a Rodrigo todo el día encima, te aseguro que no hablarías igual. Esther, ese hombre es lo que mi madre quiere para mí, no lo que yo quiero, ¿entiendes?
  - —Es decir, que lo rechazas para joder a tu madre.
- —No, Esther. Sabes que no es por eso. Ese tipo de hombres no van conmigo.
- —¿El tipo de hombres guapos, ricos y con un puesto increíble de trabajo?
- —El tipo de hombres pijos, que se pasan el domingo en el club de campo jugando al golf y al pádel. ¿Qué vida me espera con ese chico? ¿Ir al gimnasio del club después del turno y pasar los fines de semana entre esnobs en las reuniones del club? Sabes que esas cosas no son para mí. Yo no quiero convertirme en la sombra de mi madre.
  - —Pues ya puedes empezar a explicárselo a ella.
- —Se lo he dicho una y mil veces. Supongo que el día que aparezca por casa con otro hombre, se dará cuenta.

—Daría todo el dinero que me queda en el banco por estar presente e	ese
día. Tu madre va a salir en ambulancia del encuentro.	
—Muy graciosa	

# La curiosidad mató al gato

- Pero te has vuelto loco! Alejandro, en serio, baja de ahí —me grita Dani sujetándome la escalera para que no me vaya al suelo. Estoy tratando de girar una de las cámaras de seguridad del porche de casa, para que enfoque a la entrada principal del exterior.
  - —Es la única forma de saber quién es, Dani.
- —Pero las cámaras de seguridad están para vigilar si entra alguien, no para ver quién deja el correo.
- —¿Verdad que enfoca la puerta? Pues se va a ver igual si alguien entra. Además, serán unos días, hasta que vuelva. No seas pesado y ayúdame a bajar.
  - —Eres un caso.
- —Yo me voy más tranquilo, y no estoy haciendo nada malo. En definitiva, las cámaras son mías, para eso las pago.
  - —No sé qué tranquilidad puede darte saber quién es la chica.
- —Pues la misma que te daría a ti. Anda, vamos que al final perderemos el avión.

Me despido de mi familia y subo al coche con Dani. Vuelta a la capital en pleno verano. Ya estoy haciéndome a la idea del calor que voy a pasar, pero es lo que toca.

Hoy es día de trabajo en la editorial. Estamos acabando de revisar el manuscrito y los cambios que he estado haciendo.

—¿Ya estamos? —le pregunto a Natalia entrando en su despacho. Me seria y me ofrece la silla que tiene delante de su mesa. Cuando tomo asiento, gira la pantalla de su ordenador y puedo ver al fin la portada y la contra del libro terminada. Es uno de mis momentos favoritos. Me da la sensación de que en poco tiempo podré tener uno de los ejemplares en mis manos.

- —A Angélica no acababa de convencerle lo del bosque y se ha pasado horas en el archivo buscando una imagen que encajara a la perfección. Tiene un aire navideño, no sé si te convencerá, pero creo que le pega mucho. Además, teniendo en cuenta que el libro sale el 6 de diciembre, vamos a centrar la promoción en ese tema. Da mucho juego y a la gente le gusta sentir ese espíritu. Buscaremos que las presentaciones den sensación de hogar. Angélica está haciendo un trabajo increíble.
- —Estoy encantado. Sabes que adoro esa época del año y las fiestas, así que me moveré como pez en el agua.
- —He pensado que podríamos hacer una merienda solidaria con la fundación. Té, galletas, chocolate caliente y recogida de juguetes. Tú presentas el libro y lees algunos fragmentos. Creo que puede ser un gran evento, y podemos invitar a algunos medios para que tenga repercusión.
- —Me parece una gran idea, Natalia —le digo fascinado. —Creo que nunca me había hecho tanta ilusión presentar un libro.
- —Voy a hacer que esta sea La novela. Es una gran historia, Alejandro. Has vuelto a hacerlo. Milani te adorará.

Al terminar la reunión con Angélica para hablar de la promoción, me marcho al hotel. Ha sido un día largo y me apetece descansar un poco y acabar de leer algunas cosas que hemos cambiado esta mañana. Me siento frente al ordenador y antes de abrir el manuscrito, accedo a la página que nos dio la compañía de seguridad para revisar que todo estuviera bien en casa. Introduzco la clave de seguridad, y por fin se abre en la pantalla un cuadro con diferentes imágenes de la casa. Es tarde, y me imagino que ya todos estarán durmiendo. Amplio la visión de la cámara que manipulé el otro día y retrocedo el vídeo para revisar la grabación de todo el día.

Al final, entre una cosa y otra, me fui a dormir tarde y hoy Cristina ha venido a las siete de la mañana porque se ha empeñado en que hay que hacer una sesión de fotos nuevas para actualizar las redes sociales y la biografía del libro. Por si no hiciera suficiente calor en Madrid, el estudio en el que hemos hecho las fotos es un auténtico cocedero. Luces, flashes, telas oscuras, cambios de ropa, gente y más gente... vaya, que poco más y acabamos todos con un golpe de calor, pero por suerte acabamos pronto, y puedo regresar al hotel. Agradezco el aire acondicionado porque por lo menos puedo descansar de tanto calor. Pido algo de cena y aunque me

gustaría cenar rodeado de los míos, y poder disfrutar de la conversación de mis padres, de mi hermana y de mis sobrinas, me estoy acostumbrando a esta soledad. Aprovecho que estoy solo para sentarme en el pequeño escritorio que hay en la habitación y volver al portátil con la esperanza de ver si hoy las cámaras me muestran lo que tanto espero ver. Ayer no pasé de varios vecinos, de mi hermana y las niñas y del camión de la basura.

Veo a mi padre y a mi cuñado salir de casa temprano, nada fuera de lo normal. Mi madre sobre las ocho para llevar a las niñas al casal, y mi hermana saca el coche pocos minutos después para llegar a tiempo al trabajo. Los vecinos transitan por la calle siguiendo su rutina. Mi casa queda sola unos minutos hasta que regresa mi madre. Es entonces cuando empieza el trajín. Marcela y Salomé, dos de sus amigas llegan a casa, y poco después se une a la fiesta una de mis tías. A todo esto, solo he visto pasar a la cartera, y a un par de agentes que se aseguran de que los coches tienen su pertinente ticket de residente para la zona verde. La reunión de mamá parece acabarse poco antes de la hora de comer, cuando llega mi hermana a casa con las niñas. Y el resto de la tarde transcurre tranquila, vecinos con el perro, niños con la pelota, el cartero, y el regreso a casa tras el trabajo. Rebufo cerrando la pantalla del ordenador. Maldita sea. Sigo sin una sola pista de quién puede ser la chica que me manda las cartas. Me levanto de la silla directo al baño. Si no me voy a dormir cuanto antes, mañana no habrá quién me levante, así que camino decidido hasta la cama.

Acomodo los cojines y dejo caer mi cuerpo sobre el colchón, pero antes de que Morfeo me recoja en sus brazos, caigo en la cuenta de algo. ¿La cartera no había pasado por la mañana? ¿Por qué pasaría otro trabajador de Correos también por la tarde? No tiene sentido. Me levanto de un bote y vuelvo al ordenador. No puede ser. Debe tener una explicación lógica. Retrocedo la grabación hasta primera hora de la mañana, de nuevo, y voy pasando poco a poco las imágenes hasta que encuentro lo que estaba buscando. Y efectivamente. Una mujer de unos cincuenta años, uniformada con el habitual suéter amarillo, el chaleco azul con el logo de correos en la espalda y la gorra amarilla a juego. La mujer lleva con ella un carro del que saca un paquete lleno de sobres, y selecciona de entre ellos tres que introduce en el buzón de mi casa. Hasta aquí todo normal. Avanzo el vídeo hasta primera hora de la tarde, y le devuelvo la velocidad normal cuando veo que un hombre, vestido con un suéter amarillo. Al acercar la imagen compruebo que se trata de un chico de debe oscilar los treinta años. Lleva

una bandolera cruzada al hombro de la que saca un sobre y lo introduce en el buzón. No hay rastro de carro ni del logo de correos por ningún lado. ¿Será él la persona que me escribe las cartas?

#### Es ella

El sol se abre paso entre las negras nubes con las que amanecimos esta mañana, pero mi humor sigue tan oscuro como ellas. En mi casa todo sigue empeorando. Papá apenas la pisa, y yo trato de hacer lo mismo con tal de no encontrarme con mi madre y su círculo de amistades, entre las que se incluye Mercedes, la madre de Rodrigo.

Carolina lleva unos días bastante estresada con el trabajo, así que Esther y yo hemos empezado con la búsqueda de nuestra nueva casa. Nos hemos repartido las zonas para agilizar el trabajo, y de momento hemos contactado con un par de propietarios de Torremolinos. La idea de vivir en el interior no nos atrae a ninguna de las tres, así que los pueblos costeros son en los que nos estamos centrando.

—Buenos días —me dice un Rodrigo sonriente. Le devuelvo el saludo evitando su mirada. Hace dos semanas que empecé en el hospital y sigo sin acostumbrarme a su presencia—. En un par de horas tengo que salir para Málaga a un congreso de medicina interna, así que pasarás todas mis visitas de hoy. Si te parece repasamos los casos para que tengas una idea previa de cada uno de ellos. —Asiento y me siento a su lado para empezar y que se marche cuanto antes.

Al salir tengo varios mensajes de las chicas. Como las dos tenían turno de tarde en el hospital, han ido a visitar los dos pisos que vi en Torremolinos. Me cuentan que son pequeños y que la finca es demasiado antigua, por lo que podemos tener problemas de reformas y probablemente tengamos que invertir más de lo que tenemos previsto. Justo cuando voy a dejar el móvil en la taquilla, noto que vibra en mi mano. Es mi tío Bruno. Debe estar esperándome fuera, como me ha prometido.

- —Cuando tu madre me dijo que te ibas de casa no lo podía creer.
- —Todavía no tenemos piso, pero la discusión del otro día me hizo hablar de más, y se lo solté. Si es que con lo tranquila que estaba yo en

París...

Hace un par de noches, cuando llegué del hospital, Mamá había invitado a cenar a Rodrigo a casa, y yo estaba tan cansada que lo único que me apetecía era cenar algo rápido y meterme en la cama. Pues nada, me tuve que poner algo bonito y bajar a comer con mi vigilante y mis padres. ¡Qué bonita estampa!

—Pero ¿qué pasó? —me dice mi tío apoyado en el capó de mi coche. Tengo apenas veinte minutos libres en el hospital, y le he llamado para verle. Mi tío es como el hermano que nunca he tenido, pero es hermano de mi madre, y cualquiera lo diría. Son polos totalmente opuestos. Bruno es un muchacho tranquilo, y digo muchacho porque solo tiene treinta años. Por edad podría ser perfectamente hijo de mi madre, pero llegó inesperadamente cuando mi abuela conoció a otro hombre tras perder a su marido, así que técnicamente son medio-hermanos.

Él lleva una vida sencilla, mochileando de aquí para allá, intentando conocer mundo. Vive de sus obras, porque si alguien tiene un don para pintar es él. Su sensibilidad hace que mi madre no dudara en exponer sus cuadros en la galería. Bueno, eso y el enorme beneficio económico que le supone.

- —Ya sabes lo obsesionada que está con Rodrigo, y créeme, bastante tengo con tener que aguantarle todo el día en el hospital como para que encima, mamá lo invite a casa —farfullo malhumorada. Bruno se ríe cómplice y apoya la mano en mi hombro.
  - —Entiendo que las cosas por aquí también son complicadas.
- —Si por complicado entiendes tener todo el día detrás a tu supuesto jefe, si, son complicadas.
- —Pues creo que lo más sensato es que hables claro con ese tipo. Los gestos de tu madre pueden hacer que se ilusione y se imagine cosas que no son, y es mejor que lo frenes a tiempo.
- —Sí, sé que es lo más sensato, pero la verdad es que no sé ni cómo afrontar la conversación, ni qué decirle. Creo que sabe perfectamente que la única interesada en él es mi madre, no yo. Si eso no le hace echarse atrás... Realmente no sé si es tonto o se hace el tonto.
- —Corazón, ya sabes que, si quieres salir de casa puedes venir a la mía hasta que encuentres piso con tus amigas. —Sonrío y me acerco a abrazarlo.

- —Aunque la batalla sea dura, hay que aguantar el tirón, pero te lo agradezco. Sé que siempre estarás aquí, y eso ayuda, créeme. —Asiente y me da un beso en la frente. Por qué mi madre no salió a él, ¿eh? ¿Por qué?
  - —Bueno, pero supongo que me has llamado por lo de siempre, ¿no?
- —Sí—murmuro tímidamente. Me da vergüenza el motivo de nuestras conversaciones, pero es la única persona que sé que me ayuda sin peros y que jamás traicionaría mi secreto.
- —Toma —le digo sacando la carta de mi bolso. Voy a hablar, pero se adelanta.
- —Sí, sí. La cuidaré y tendré cuidado para que nadie me vea meterla en el buzón. —Pobrecillo, lo tengo aleccionado.
- —¿Sabes? El otro día le vi en el aeropuerto y después vino al hospital —le cuento.
  - —¿Alejandro?
  - —Si, con sus sobrinas. La pequeña se hizo un esguince y él la trajo.
  - —¿Y te conoció?
- —¡Qué va! Le conté a sus sobrinas que íbamos al mismo colegio y le vi la cara de sorprendido.
  - —Pues mira, le podías haber dado la carta y así no tendría que ir yo.
  - —Muy gracioso —murmuro.

¿Leerá las cartas? Cada vez que le entrego una a mi primo para que la lleve a su buzón, me asalta la misma duda. Supongo que estará acostumbrado a recibir cartas de fans. Me gusta escribirle y poder desahogarme con él, a pesar de que no sepa quién soy y de que sea mediante un trozo de papel. Puedo decir que, aparte de ser mi amor platónico, es alguien al que admiro muchísimo, así que tengo ese punto de fan, y el de excompañera enamorada. Cuando Bruno me contó que eran casi vecinos, no dudé en pedirle el favor. Bueno, vale, también porque yo jamás me atrevería a acercarme hasta su casa para dejar la carta.

Vuelvo al despacho de Rodrigo, esta vez vacío. Me siento en la silla y reviso la lista de pacientes para llamarles. Alguno que otro se toma mal que el Dr. Márquez no esté, pero ninguno se ha negado a que le atienda, así que intento hacerlo lo mejor que puedo. El tiempo se me pasa volando entre visita y visita, voy con retraso de más de una hora, así que cuando intento

avisar a las chicas de que llegaré tarde a nuestra cena, caigo en la cuenta de que dejé mi móvil en la taquilla. Mierda. Me van a matar.

Son las nueve de la noche y me dispongo a pasar mi última visita. Salgo del despacho para llamar a la próxima paciente, pero la sala de espera está completamente vacía. Suspiro algo más aliviada. Por lo menos llegaré antes a la cena. Vuelvo al escritorio y recojo los papeles que tengo sobre la mesa. Cuando me dispongo a apagar el ordenador, llaman a la puerta. Me acerco y cuando la abro me encuentro una grata sorpresa. Recuerdo a esas dos niñas perfectamente; son las sobrinas de Alejandro, pero esta vez vienen acompañadas de una mujer.

- —Disculpe, teníamos hora con el Dr. Márquez hace diez minutos, pero no hemos podido llegar antes. ¿Podría atendernos o es tarde?
- —Ella es la doctora que nos atendió, mamá —le hace saber la mayor. Me sonríe y la pequeña se acerca a mí risueña.
- —Hola preciosa. ¿Qué tal ese piececito? —le digo acariciándole el pelo. Solo sonríe y vuelve con la mujer. Las tres toman asiento, la pequeña sobre su madre. Digo yo que debe serlo, o por lo menos lo parece. Así que, si no me equivoco ella tiene que ser la hermana de Alejandro.
- —Veníamos porque nos citaron para una radiografía y queríamos ver cómo seguía la lesión.
- —Sí, ayer me pusieron en una máquina extraña. Yo tenía un poco de miedo, pero me aguanté y no lloré nada, porque ya soy mayor —explica seriamente la pequeña. Me río al escuchar sus ocurrencias e intento seguirle el juego.
- —Bien, perfecto, señorita. Déjeme ver si ya nos han llegado los resultados. —Reviso su historial en el ordenador y doy con la radiografía—. Parece que la recuperación sigue su curso habitual. Todavía tiene para un par de semanas más con la férula así que, si no hay nada nuevo, nos vemos a final de mes para quitar el yeso. Si siente alguna molestia persistente, deberéis venir a urgencias para asegurarnos de que el proceso sigue el curso adecuado. Por cierto, Lucía —murmuro dirigiéndome a la niña. —La foto ha quedado perfecta. Tienes un pie muy bonito —le digo mostrándole la pantalla del ordenador. —La pequeña me mira atónita y sus dos acompañantes ríen al ver su cara de asombro.
- —¿Ese es mi pie? —balbucea. Asiento y abre un poco más la boca en señal de sorpresa—. ¿Me la puedo quedar?

- —Cariño, no digas tonterías. La radiografía es para que los médicos vean cómo está el pie, no para jugar —la riñe su madre, que se pone en pie con la niña en brazos y me tiende la mano risueña—. Gracias por atendernos a estas horas. Ahora mismo pedimos cita con usted para final de mes.
- —No ha sido nada, nos vemos pronto —le digo alcanzando un par de piruletas que tiene Rodrigo en un bote, sobre la mesa.
  - —¿Qué se dice niñas?
- —¡Gracias! —gritan al unísono antes de salir por la. Esas dos pequeñas son tan encantadoras como su tío.

# Querido septiembre

Llego tarde a la cita. Las chicas y yo hemos quedado para ver dos pisos por la zona costera de Benalmádena, pero se me ha hecho la hora de la visita, y todavía estoy en casa. Bajo rápido a la cocina para coger una barrita de cereales que comerme por el camino, y desafortunadamente, me encuentro a mi madre, que como siempre, me sermonea porque debería llevar una dieta más sana y equilibrada, y dejar de comer porquerías prefabricadas cargadas de azúcar y de grasas trans. Pasándome sus consejos por el mismo lugar en el que la espalda acaba, salgo de casa. Dejo en el asiento del copiloto mi maletín, y emprendo el camino todo lo rápido que puedo. Esta noche tengo guardia en el hospital y presiento que me espera una larga noche de urgencias, así que tengo previsto aprovechar el día con las chicas para llegar despejada al trabajo.

- —Un poco más y llegas mañana —farfulla Esther cuando me ve bajar del coche. Las dos me esperan frente a la puerta del edificio en el que nos citó el hombre de la inmobiliaria.
- —¿Ha llegado ya el chico? —pregunto inquieta—. Decidme que no se ha marchado ya, por favor.
- —Todavía no ha venido. Nos ha llamado hace un rato para decirnos que se ha retrasado en una visita y que llegaría un poco más tarde —me cuenta Carolina. Miro el reloj y veo que llego veinte minutos después de la hora acordada. Respiro algo más tranquila. Si después de todo el jaleo que hemos tenido para concertar cita para visitar ese ático resulta que, por mi culpa, nos vamos sin verlo, estas dos acaban conmigo.
  - —¿A qué hora tenemos que estar en el otro piso? —pregunto.
- —El chico nos dijo que a partir de las doce estaría allí, pero si vemos que se nos hace tarde, yo le llamaría para quedarnos tranquilas. —Ambas asentimos. Aunque a veces puede parecer una oveja descarriada, Esther tiene también sus momentos de lucidez.

El hombre no tarda en llegar, y enseguida subimos a ver el piso. Es un edificio antiguo, y pese al buen estado de las instalaciones, el piso deja bastante que desear. Bajo unas bonitas vistas al mar, y la condición de ático con terraza, se encuentran cuatro paredes llenas de grietas y muebles en mal estado. Carolina me hace gestos para dejarme claro que salgamos por patas, porque ese piso nos traería más problemas que beneficios, pero Esther está empeñada en ligarse al madurito resultón de la inmobiliaria, y sigue pidiéndole que le muestre las maravillas de ese cuchitril. Por suerte, logramos salir de allí sin mayores incidentes. Decidimos ir a comer antes de seguir con la visita que nos queda, ya que se nos ha hecho tarde y el dueño del piso no regresará hasta la tarde.

El paseo de playa nos recibe con una cálida brisa que agradezco. El olor a espetos me abre el apetito, y nos sentamos en uno de los restaurantes con más fama de la zona.

- —Esto de encontrar piso se me está eternizando —suspira Carolina—. Creo que ha llegado un punto en el que he dejado de soportar a mis padres. Intento salir lo más temprano que puedo y llegar a última hora. Y si están ya durmiendo, eso que me evito.
- —Yo estoy igual, Carol. El sarcasmo de mi madre está empezando a sacarme de quicio, y mi padre, que es el único que me entiende, nunca está en casa.
- —Yo últimamente me paso el día sola. Cuando tengo guardias de tarde y de noche, que suele ser lo habitual, me paso la mañana durmiendo o tirada en el sofá, y a esas horas no hay nadie en casa —añade Esther.
- —A ver si conseguimos pronto piso, y empiezo a echarles de menos, porque como siga así, voy a acabar odiando a mis padres —refunfuña Carolina.

No hay mucho más que añadir. Mi madre vive en un mundo completamente distinto al mío, y creo que si no tuviera el carácter que tengo, sería una niña sometida a las decisiones de su madre. A veces pienso que algún día se dará cuenta de que todo lo que la rodea no sirve para nada, y que debería ser un poco más benévola con las personas que la quieren, y no con las que están con ellas por lo que es, o por lo que tiene.

Comemos algo de picar rápido; una ración de espetos, otra de calamares y unas tortitas de camarones. Después del café, decidimos dejar los coches en el paseo e ir andando para bajar un poco la comida. Unos quince minutos más tarde llegamos. Un guardia de seguridad nos alcanza y avisa al

propietario de que hemos llegado. Es un edificio bastante nuevo, con una zona de jardines y piscina. A pesar de que la playa está lo suficientemente cerca como para bajar andando, me agrada la idea de que tenga piscina. Entramos a la portería donde nos espera un hombre de unos cincuenta años, acento inglés, y cara de haber estado toda la mañana tostándose al sol. Subimos por un pequeño ascensor hasta la sexta y última planta, y salimos a un descansillo al aire libre que da entrada a las viviendas.

—Como les dije todo el piso da a exteriores, tanto a la piscina, en la entrada y la cocina, como a la playa, en el salón, las habitaciones y la terraza —nos dice entrando al piso—. La construcción es del año 2010, y por el momento no hemos tenido que hacer reformas de ningún tipo. La piscina está abierta de nueve de la mañana a nueve de la noche, horas en las que un socorrista se encarga del perfecto uso de ésta, y hay dos guardias de seguridad que se turnan durante el día para que el edificio esté vigilado las veinticuatro horas. Decidimos sustituir al portero por seguridad privada dado que en verano teníamos problemas con algunos veraneantes que se colaban dentro del recinto y hacían de las suyas.

Todo parece bastante seguro, tranquilo, y cuidado. El piso no es la mansión de la Preysler, pero para las tres es más que suficiente. La cocina es grande y espaciosa. Con una isleta central para usar como mesa de comedor, y con muchísima luz. Además, parece que nadie hubiera usado esos muebles y mármoles. La cocina da paso a un salón enorme con un sofá de cinco plazas, y un televisor gigante. Un estrecho pasillo distribuye tres habitaciones espaciosas, una de ellas con baño incorporado. En mitad del pasillo otro baño más grande completa la estancia. Y finalmente, y lo que creo que más me enamora de ese ático es el balcón. Con salida a las tres habitaciones y al salón, la terraza se extiende larga y espaciosa. Con unas maravillosas vistas al mar y con espacio de sobra para poner una mesa y sillas. Ya me veo desayunando cada mañana aquí, con un café calentito, admirando el amanecer. A Esther se le ve la emoción en la cara.

Carolina pregunta algunas cosas que ni se me habían pasado por la cabeza, como el tema del depósito, la permanencia del contrato, y cuestiones varias sobre el uso y desuso de las cosas.

Salimos de allí con las ideas bastante claras. Solo queda acabar de cerrar números entre las tres, ponernos de acuerdo, y firmar el contrato.

Querido Septiembre, ven ya, te lo suplico. Quiero tener las llaves de mi nuevo hogar. Esta semana hemos cerrado todos los detalles que quedaban por resolver. He hecho la pertinente visita a Ikea para arrasar con todo lo que he podido, y ya estoy empacando disimuladamente mis cosas. Y digo disimuladamente porque todavía no he hablado con mi madre para confirmarle que he encontrado piso. Difícil decidir cuando es el momento perfecto para hacerlo, aunque por otro lado Carolina y Esther ya se lo han comentado a sus padres, y no puedo retrasarlo mucho, o mi madre se enterará por terceros, y creedme, eso puede ser muchísimo peor. Así que estoy tratando de reunir el valor y las palabras adecuadas para soltar la bomba sin que la fiera me muerda y me arranque algún trozo de algo que pueda necesitar para seguir con mi experiencia vital.

El último sorbo de café me sabe a gloria. Me tomaría una docena más con tal de no volver al despacho a verle la cara. Ha llegado un momento en que su simple nombre me fastidia la existencia. Eso de tenerle pegado al culo las ocho, diez o doce horas de trabajo me está consumiendo, y el muchacho, que no es capaz de entender que no quiero verle ni en pintura, sigue intentando que salgamos a cenar o a tomar algo después del trabajo. Como si no tuviera bastante ya. ¡Qué asco le estoy cogiendo al pobre!

- —Preciosa, ¿has acabado de pasar las peticiones al ordenador?
- —Sí, las he mandado antes del descanso. Voy a ir a por la lista de pacientes de hoy. —Toma mi mano evitando que pueda salir. ¿Pero qué hace?
- —¿Has pensado ya lo del teatro? Todavía estamos a tiempo de comprar las entradas. —Rebufo. Hoy no tengo ganas de poner buena cara.
- —Rodrigo siento darte otra negativa, pero voy muy liada con el tema de la mudanza. Me queda mucho por hacer y tengo poco tiempo, así que dejemos ese teatro, la cena o lo que sea para septiembre, ¿te parece? Sonríe como si nada. Supongo que se lo ha vuelto a tragar. Y si no, sinceramente, me da igual. Tengo fe en que algún día deje de dar la lata. Por mi bien, y tal vez por el suyo propio. Logro zafarme y camino decidida hacia el mostrador para que la recepcionista me imprima la lista de pacientes de esta tarde. Me encamino de nuevo a la consulta, cuando alguien llama mi atención con un simple mohín. Me giro y veo a quien menos esperaba encontrar. Es Alejandro, sentado en la sala de espera. Me quedo embobada mirándole hasta que siento como me zarandean.
  - —Doctora, doctora.

Bajo la mirada y encuentro un rostro familiar que recuerdo como la sobrina de Alejandro. Claro, debe haber venido a traerla.

- —¿Cómo está esta niña tan guapa? —le digo sonriendo y agachándome a su lado. Alejandro se levanta de la silla y avanza hasta nosotros.
- —He venido para que me quites esta cosa. Me molesta —refunfuña estirando la pierna para que le vea la férula.
- —Está bien, déjame ver a qué hora tenéis la visita. Lucía, ¿verdad? pregunto revisando los papeles. Alejandro se adelanta a confirmar.
- —Perfecto, pues en un momentito os hacemos pasar. Voy a avisar al doctor —les digo levantándome y volviendo con Rodrigo.

Cuando por fin está preparado el señor, me asomo a la sala de espera y les hago pasar. Alejandro sienta con cuidado a su sobrina sobre sus piernas, y se dirige al doctor, que comprueba cómo ha salido la última radiografía. Yo, sentada a su lado, no dejo de admirar lo guapo que es el hombre que tengo en frente. Por si no fuera ya lo bastante guapo en el instituto, estos años le han sentado increíblemente bien. Hasta diría que ese color verde de sus ojos es ahora más intenso y le devuelve un aire mucho más interesante.

- —Perfecto, ya podemos quitar el yeso —anuncia Rodrigo provocando los gritos de alegría de la pequeña—. ¿Te ocupas tú en la enfermería? Así yo sigo con el resto de las pacientes. —Asiento e indico a Alejandro que me acompañen a la sala contigua.
  - —Vamos a subirte a la camilla —le explico acercándome para cogerla.
  - —Espera, te ayudo —me dice Alejandro sujetando el pie de la niña.
  - —¡Pero cuantos dibujos! ¿Quién te ha dejado el yeso así de bonito?
  - —Mis amigas del casal y mi hermana.
- —¡Qué bien! Ya me hubiera gustado a mí llevar el yeso tan bonito cuando me rompí el brazo.
- —¡Ala! ¿A ti también te han puesto esto? —grita sorprendida. Me dispongo a quitarle la escayola con cuidado, mientras veo como hace gestos de temor mirando como voy cortando.
- —Tu pierna va a seguir ahí cuando acabe, no te preocupes —me río. Alejandro suelta una carcajada y Lucía nos mira seria.
- —Pues no iría mal que se quedara sin, así no tendría que estar persiguiéndola por todos lados.
- —No es gracioso, es una cosa muy seria —espeta la pequeña con rotundidad.

- —Parece que esto está listo. Ya puedes jugar al escondite con tu tío bromeo.
  - —No le des ideas... —murmura Alejandro negando con la cabeza.
- —Y como te has portado tan bien, mira lo que tengo para ti —le digo ofreciéndole una de las piruetas que tengo en el bolsillo de la bata.
  - —¿Qué se dice, Lucía?
  - —Gracias Alma.
  - —¡Pero si recuerdas mi nombre! —le digo sorprendida.
  - —Si, porque es muy bonito —me dice tímida.
  - —Vaya, muchas gracias
  - —Bueno, también porque Ale me lo ha dicho esta mañana.

Alejandro me mira risueño y le devuelvo la sonrisa.

—Vamos, mi vida, que la doctora tiene que atender a otros niños —la alerta cogiéndola en brazos—. Gracias por todo Dra Torres —me dice leyendo mi escarapela.

## Te tengo

Hace días que no te escribo pero es que llevo unas semanas muy intensas. Estoy intentando rehacer esa vida que, como te conté en la última carta, no me encajaba. ¿Por qué es tan dificil lidiar con todo? Con lo feliz que es una estudiando, sin preocupaciones ni quehaceres que no sean los exámenes, trabajos en grupo y demás dramas juveniles.

En el trabajo me siento extraña. Tengo la sensación constante de que todos esperan mucho de mí y no sé cómo hacer para llegar a esas expectativas. ¿No te pasa? Cuando la gente habla de más, cree conocerte, y tienen esa imagen perfecta de ti mismo que no quieres frustrar, pero que al final quién acaba frustrado eres tú y tu seguridad en ti mismo.

Mis horarios son un horror, y suerte que mis amigas entienden la situación porque se encuentran en la misma que, si no, vida social cero. ¿Te había dicho que vuelvo a mudarme con ellas? Sí, he decidido salir de ese mundo equivocado en el que vivía, y por el momento mi nuevo hogar van a ser ellas, como en los últimos años. Será que me he hecho mayor y ha llegado la hora de dejar el nido definitivamente, o que me he acostumbrado tanto a ellas que no sé entrar en casa sin verlas. El caso es que estoy muy ilusionada con la idea, aunque estoy segura de que mi madre va a poner en grito en el cielo, pero se le pasará. O quizás no, ¿quién sabe?

¿Y qué sería de mi caos sin tus libros? Ellos me permiten evadirme de mi realidad, aunque sea por unos minutos, y eso me hace feliz.

Y hablando de tus libros... hace unos días leyendo tus redes sociales me enteré de que el nuevo libro está a la vuelta de la esquina y no sabes las ganas que tengo de tenerlo en mis manos. Supongo que estarás nervioso y tendrás ganas de tenerlo en las manos también. O igual ya te has acostumbrado a esa sensación. Sea como fuere quiero que sepas que aquí estoy, esperándolo con los brazos abiertos.

Te mando un fuerte abrazo. Siempre, bajo tu misma luna.

Dejo la carta en la mesilla de noche. Desde que la recibí, hace una semana, no he pasado un día sin leerla. Sigo intentando conocer más de ella en cada una de sus palabras, y releerla me ayuda a descubrir matices nuevos. Sigo dándole vueltas al chico que dejó la carta en el buzón y en el motivo real de sus visitas. No creo, o no quiero creer que en realidad todo sea una mentira y sea él la persona que me manda esas cartas.

En Madrid las cosas avanzaron tan rápido que me dejaron volver a casa y he aprovechado para empezar a escribir de nuevo. El primer contacto con una nueva historia siempre es ilusionante a la vez que dudoso. Nunca sabes

qué saldrá de esa primera idea, de ese personaje en el que pones un pedazo de ti y en el que albergas tantas esperanzas. Es fácil que te decepcione, que te pierdas por el camino o hasta, en el peor de los casos, que decidas abandonarlo en un cajón. Pero dejarte llevar, escribir mientras tu imaginación hace el resto es una de las cosas más bonitas de mi trabajo. Y adentrarte en las vidas de los personajes, vivir la historia como si fueras tú mismo, compartir sus dudas, sus miedos, sus incertidumbres... Llorar cuando sufre o cuando las cosas no salen como deberían, y emocionarte cuando están viviendo el momento más bonito de su existencia. No hay sensación más gratificante. Por eso dejarlos ir me resulta tan complicado...

Aquí en Málaga todo sigue igual. Los días van pasando, el verano se acaba y los veraneantes dejan en pueblo casi vacío. Hay poca vida en las calles. El paseo de playa está desierto sin sus restaurantes y heladerías abiertos y ya no hay problemas para reservar mesa en ningún restaurante.

Vuelvo a casa después de pasar la tarde con Lucía. Primero la fui a buscar al casal, la llevé a merendar, y finalmente hemos estado en el hospital para que le quitaran el yeso. Mi hermana me pidió el favor porque se le complicaron las cosas en el trabajo y no podía llegar a tiempo a todo. La pequeña me va contando las actividades que ha hecho esta mañana con sus amigas cuando diviso que hay alguien en la puerta de casa. Avanzo con el coche hasta quedar en frente y advierto que vuelve ser aquel hombre que vi en la cámara de seguridad; el que dejaba las cartas. Le pido a la niña que se quede en el coche y bajo un poco nervioso.

Me mira al instante y hace el amago de guardar la carta en el bolsillo de su chaqueta. Me acerco con paso tranquilo mientras me observa con frialdad.

- —Puedo ayudarle en algo? —pregunto intentando aparentar normalidad. Sé que si le acecho con malas palabras no voy a conseguir nada.
- —Pues estaba buscando una dirección, pero creo que me he confundido de calle.
  - —¿Para dejar esa carta? —le digo señalando su bolsillo. Sé que miente.
- —Pues sí, es para dejar una carta, pero ya le digo que me he confundido de calle —me dice con la intención de marcharse.
- —No, espere. Déjeme ver, llevo en este barrio muchos años y seguro que puedo ayudarle.

- —No, de verdad, no es necesario. No pretendía molestar —murmura.
- —Insisto. Estas calles son muy pequeñas y algunas no tienen salida, así que será mejor que me deje ver y en seguida llegará a su destino. —Me mira inquieto, y yo ruego al cielo que ceda para aclarar todo esto de una buena vez. Tras unos segundos de silencio veo como mueve el brazo, mete la mano en el bolsillo, y me tiende el sobre. Es otra de esas cartas—. Creo que no se ha equivocado. Estaba en el lugar indicado, y además veo que esto es para mí. Álex Montaner. Ese soy yo.
- —Ah, pues ahí la tiene. Gracias por su ayuda —titubea y da media vuelta. Vuelvo a reaccionar a tiempo para que no se vaya.
  - —¿La carta es suya? —me atrevo a preguntar.
  - —¡No! —exclama con rotundidad.
  - —¿Entonces? ¿Le mandan a entregarla?
  - —Sí, yo solo vengo a dejarla porque vivo por aquí.
  - —¿Y ella quién es? Quiero decir, la persona que escribe la carta.
- —Ella es una amiga. Sí, una amiga que vive fuera y me las manda a mí para que las deje en el buzón. —Sonrío consciente de la incomodidad del momento.
- —Me encantaría poder contestarle alguna carta a esa amiga tuya. ¿Podrías darme algún tipo de dirección o número de teléfono con el que pueda ponerme en contacto con ella?
- —Pues, yo, debería consultárselo. No sé si ella...Tengo que preguntarle antes.
- —Claro, no hay problema —le interrumpo—. Mira, déjame un segundo tu móvil. —Me tiende el móvil vacilante. Marco mi número de teléfono y me llamo—. Ahora tú tienes mi móvil y yo tengo el tuyo. Cuando sepas algo de ella me llamas y me lo cuentas. ¿Te parece?
- —Está bien—acepta dudoso. Acerco mi mano para estrechársela y me devuelve el gesto. Me quedo mirando satisfecho como se marcha y suspiro aliviado. La tengo.

Contento por avanzar en todo este misterio, vuelvo al coche y saco a Lucía, que se queja por la espera.

- —Te debo una —me dice mi hermana cargando a la pequeña. —¿Cómo ha ido todo?
- —Bien, la doctora nos ha dicho que tenga cuidado y que, si le duele o ve que no pisa bien, vayamos. En principio no debe haber problema si se

porta bien, claro —le digo mirando a la niña.

- —¿Has escuchado a tu tío? Nada de corretear por aquí y por allá haciendo el tonto. A jugar quietecita.
- —Cariño, ven con la abuela que ya tengo tu cena lista —le dice mi madre. —¿Y tú, Alejandro? ¿Qué quieres para cenar?
  - —Voy a salir, he quedado.

## Suerte

Mi móvil no para de vibrar en el bolsillo de mi bata, pero Rodrigo me ha pedido que me quede a atender a sus últimos pacientes porque hay mucho lío en urgencias y tiene que echar una mano. He quedado con las chicas y sé que están fuera esperándome, así que intento atender lo antes que puedo a los pacientes, pero sus llamadas insistentes me ponen nerviosa.

Salgo lo antes que puedo, me cambio y recojo mis cosas. Ando rápidamente hacia la salida y, por desgracia, Rodrigo me intercepta por el camino.

- —¿Me esperas y vamos al japonés del centro? Ha llegado septiembre.
- —Me están esperando las chicas fuera. Otro día —grito corriendo.
- —Tres cuartos de hora. Récord *Guinness* —refunfuña Esther.
- —Perdón. Había lío en urgencias y Rodrigo me ha pedido que atendiera a los pacientes que le quedaban.
  - —Llevamos dos horas aquí fuera —insiste.
  - —¿Y tu coche? —pregunto a Carolina divisando el perímetro.
- —Nos ha traído mi padre, que iba a una visita por aquí. Como tú llevas tu coche, he pensado que sería mejor ir todas juntas, y hemos aprovechado.
  - —¿Habéis reservado?
- —Si, ha llamado Carolina, pero llegamos tarde, así que reza para que nos dejen entrar porque me han dicho que siempre está lleno.
- —Llegamos enseguida. Por cierto, hoy ha vuelto a venir Alejandro a la consulta —digo tratando de cambiar el tema.
  - —No jodas. ¿Y le has pasado revisión? —se ríe Esther.
  - —Háztelo mirar, nena. Ha venido con su sobrina, por el esguince.
- —¿Y has podido hablar con él? ¿Habéis quedado o algo? —me pregunta Carolina.
- —No, Carol, qué vergüenza. Hemos hablado un poco de la niña, pero nada más. Para él no soy nada, igual que en el instituto.

- —Bueno, ahora eres la pediatra de su sobrina.
- —Con la vergüenza no se va a ningún lado —apunta Esther con retintín.
- —Y hablando de desvergüenza. ¿Has quedado ya con el de la inmobiliaria para cenar?
  - —Digamos que nos hemos saltado la cena —comenta orgullosa.
  - —Tú siempre te saltas las cenas —niega Carolina con la cabeza.

Llegamos en pocos minutos porque no hay demasiado tráfico y, aunque tenemos que esperar, finalmente nos dan la mesa. El restaurante es italiano y está frente al mar, pasado el paseo de playa así que, entre las vistas, la decoración y las buenas críticas, está hasta arriba de gente tanto sentada, como haciendo cola. Yo me decido por unos raviolis rellenos de ricota y nueces con salsa de setas, Esther prefiere la pizza y Carolina se ha pedido una ensalada de pasta con rúcula y queso de cabra.

- —Ya he comprado la pintura y la mesa del escritorio para mi habitación, pero al final tendré que ceder, ir a Ikea y arruinarme —suelta Carol enfurruñada.
  - —Yo fui el otro día y me dejé medio riñón —me río.
- —Pues yo todavía tengo que ir, no he mirado nada, así que te acompaño, Carol. Quiero comprarme una cómoda, algún espejo...
- —Yo lo he dejado todo en mi estudio, y suerte que no estaba mi madre cuando lo trajeron, que si no...
  - —¿Pero todavía no se lo has dicho?
  - —¡Joder, joder! —grita Esther sobresaltándonos.
  - ¿Qué te pasa? —le digo llevándome la mano al pecho.
- —Tu amorcito está en la mesa de al lado. —Cierro los ojos imaginándome lo peor.
  - —¿Solo?
  - —No, con tres tíos más.
- —Mierda. ¿Es que no me puede dejar ni cenar tranquila? —gruño pensando en los amigos repipis de Rodrigo.
- —Pero ¿qué dices, tía? El que está detrás tuyo es Álex Montaner. Abro los ojos como platos y me giro rápidamente. Y ahí está. Alejandro y el resto de los integrantes de la mesa nos miran. Dichosa voz de pito de Esther. Sonrío nerviosa y vuelvo a girarme avergonzada.
  - —Te voy a matar. ¿Qué va a pensar de mí ese buen hombre?
  - —Pues pensará que eres una estúpida por no ir a saludar.
  - —Ni loca, vaya.

—Pues viene para aquí —murmura Carolina. Inspiro profundamente para calmar los nervios.

#### El encuentro

Dani me recoge en casa puntual. Hemos quedado para cenar con algunos de mis amigos de toda la vida en uno de los restaurantes del puerto. De camino le voy contando el gran descubrimiento del día respecto a la chica de las cartas, y como siempre, haciendo gala de su prudencia, me pide que tenga cuidado con el asunto.

Hacía mucho tiempo que no veía a alguno de mis amigos. Desde que empezó mi carrera apenas tengo tiempo para salir, y si lo hago es con mis compañeros de trabajo, por aquello de desconectar y divertirnos un rato todos juntos. Manuel, Sergio y Víctor, hoy todo somos hombres. Esta noche las chicas del grupo de amigos del colegio, han decidido celebrar el cumpleaños de una de ellas con una cena de chicas, y nosotros hemos decidido salir a cenar por nuestra cuenta.

El restaurante es italiano, y me pido algo de pasta para reponer fuerzas después del largo día. Manuel y Víctor debaten sobre el nuevo entrenador del Málaga y sus polémicos fichajes, pero un tosco grito nos sobresalta, obligándonos a mirar hacia la mesa que tengo delante. Tres muchachas me miran sonrientes.

- —Parece que ya te han reconocido —me avisa Manuel.
- —Esto es lo que pasa por salir con un famoso —se ríe Sergio. Fijo la mirada en una de ellas tres. Está de espaldas, pero no tarda en girarse. Me sonríe nerviosa y reconozco esa sonrisa a lo lejos.
  - —Si nos ayuda a ligar... no va a estar mal del todo —añade Manuel.
  - —Pues la rubia no está nada mal—musita Víctor.
  - —Las conozco. Y vosotros también deberíais conocerlas.
  - —¿De qué? —pregunta rápidamente Víctor.
- —La rubia es Esther, la hermana de Verónica. Ella y sus amigas estudiaron también en el Liceo. Si no recuerdo mal les llevamos dos años.

Además, la morena es la sobrina de Abril, la mujer del café-librería en el que pasábamos las tardes, al salir del instituto.

- —¿Alma?
- —¿La conoces?
- —Es la pediatra de Lucía. Hemos estado en su consulta esta misma tarde.
- —Pues estaría muy feo no ir a saludar a la persona que se encarga de velar por la vida de tu sobrina, ¿no? —bromea Manuel. No tenía intención de ir, pero creo que no quedaría bien hacerme el loco después de verla esta tarde en la consulta. Me levanto sin decir nada y avanzo hasta ellas. Las otras dos chicas me reciben con una sonrisa de oreja a oreja, ella inclina la cabeza con cara de circunstancias, y casi al instante, sonríe.
  - —Buenas noches doctora.
- —Buenas noches, Alejandro. ¡Qué sorpresa encontrarte aquí! balbucea con la voz entrecortada. ¿Estará nerviosa?
- —He venido a cenar con unos amigos. —Un silencio incómodo acompaña el momento, pero una de sus amigas se levanta decidida.
- —Encantada de conocerte Álex. Yo soy Esther, ésta es mi amiga Carolina y a Alma ya la conoces. —Me acerco para responderle con un par de besos.
  - —Descansando un poco después del ajetreo del hospital, me imagino.
- —Aunque no debería quejarme porque es lo que me gusta, sí, falta me hace un descanso —me dice visiblemente cansada.
- —¿Tú también estás descansando? Supongo que con tanto libro necesitarás salir a airearte y a inspirarte un poco —me dice una de sus amigas.
- —Bueno, sí. Ahora estamos acabando de pulir el próximo, que saldrá en diciembre.
  - —¡Sí! Las tres esperamos el libro con ganas —me dice la rubia.
- —No te entretenemos más, espero que Lucía se recupere cuanto antes. Cualquier cosa, ya sabes dónde encontrarme.
- —Gracias, Alma. Pasadlo bien —les digo antes de volver a nuestra mesa.

Los chicos me apabullan para que las invite a tomar algo, pero no creo que sea muy ético, además, ellas no tardan en marcharse. Antes de volver a casa tomamos la última en un bar del paseo, y como Dani no bebe, se ofrece a llevarnos a todos.

- —¿Entonces? ¿Al final empezaremos la gira y las presentaciones aquí, en Málaga?
- —Sí, hemos tenido reunión con Milani y ha decidido que será mejor movernos primero allí. Cree que estarás más cómodo y que tendrás más tiempo de prepararlo todo y de que nosotras preparemos la presentación más grande aquí, en Madrid—me dice Cristina al otro lado del teléfono.
  - —¿Entonces soy yo el que debe organizarlo todo?
- —¡No! Angélica vendrá unos días antes, pero Milani nos ha dicho que, si tú sabes de alguna librería, o de algún lugar que te haga especial ilusión para presentar el libro, te da vía libre. Pero si prefieres que nos encarguemos nosotros de eso, se lo digo a Natalia y nos ponemos manos a la obra.
- —¡No, no, Cristina! Tengo algo en mente, así que déjame a mí. Como todavía tenemos tiempo, en cuanto termine de cerrar la idea, os comento con algo más de detalle para que podáis trabajar.
  - —Está bien, Alejandro. Lo dejo en tus manos.
  - —¡Perfecto! ¡Dios mío! ¡Qué ganas tengo de que empiece todo!
  - —No te impacientes que ya llega—se ríe Cristina.

Mi hermana irrumpe en la habitación nada más colgar el teléfono.

- —¿Vuelves a Madrid?
- —No, al contrario. Me quedo por lo menos hasta diciembre. Vamos a hacer la primera presentación del libro aquí, en Málaga.
- —¿De verdad? ¡Qué bien, Alejandro! Nunca habías estrenado el libro aquí. A mamá le va a hacer mucha ilusión. Verás.
- —No le cuentes nada todavía. Quiero que sea una sorpresa. Además, tengo cosas que hacer antes de confirmar el lugar de la presentación.
  - —¡Qué misterioso! ¿Dónde tienes pensado hacerla?
  - —Es una sorpresa—le digo buscando la chaqueta para salir de casa.
- —¿En serio no me lo vas a contar? —me dice siguiéndome escaleras abajo.
  - —No. Antes tengo que hablar con alguien. No seas tan curiosa.
- —Esta te la guardo—me grita desde la puerta, mientras camino deprisa por el jardín.

#### Llámame Esther

La adrenalina del encuentro con Alejandro de hoy me impide coger el sueño, así que me levanto de la cama y subo al desván, a mi pequeño estudio-burbuja al que hace mucho tiempo que no visitaba. El olor a óleo y a aguarrás me devuelve a mi niñez. A mis veranos en las clases de pintura, a las tardes encerrada en este pequeño refugio, y a las horas que pasaba divagando entre las tantísimas obras de arte de la galería de mamá. Siempre pienso que debería retomar alguna de las tantas clases de técnica que me pagaba papá. Mi sueño siempre fue llegar a exponer en la sala anexa de la galería, en la que exponen grandes artistas sus nuevas colecciones. Por eso me esforzaba tanto en las clases, aunque creo que nunca dieron su fruto, o eso es lo que piensa mi madre.

Vuelve a mi mente la conversación con Alejandro. Sigo sin creer que haya vuelto a mi vida, si es que a este seguido de encuentros fortuitos se le puede llamar así.

Cuando estaba en París me quejaba de que nunca podía ir a sus presentaciones y firmas de libros y ahora que estoy aquí me parece un sueño verle. Y es que, que su sobrina sea una de las pacientes de Rodrigo ya es bastante casualidad, pero si a eso le sumas el choque del aeropuerto y el encuentro de ayer en el restaurante...Mi abuela diría que es el destino.

Me siento frente uno de los caballetes que tengo ya montado. El retrato nunca ha sido mi fuerte pero no puedo quitarme su imagen de mi cabeza, y parece que la mano trabaja sola. Las horas se me pasan sin darme cuenta, y cuando miro el reloj son las cinco de la mañana. Contemplo detenidamente el lienzo y decido cubrirlo con una de las sábanas que tengo por allí para que las cosas no se llenen de polvo. Apago la tenue luz de la lamparita que me iluminaba y bajo a mi habitación. Mañana vuelvo a tener turno de tarde en el hospital, así que puedo dormir tranquila.

El tono de llamada de mi móvil me despierta. Me levanto a regañadientes mientras mi teléfono suena y deja de hacerlo repetidas veces. Encuentro el dichoso aparatito en mi bolso, y veo que son más de las diez y que tengo más de veinte llamadas perdidas de Bruno, mi tío. Algunas son de ayer por la tarde, por lo que supongo que las confundiría con las que me hicieron Esther y Carolina cuando todavía estaba en el Hospital. El móvil vuelve a sonar y contesto enseguida.

- —Buenos días.
- —Buenas tardes casi.
- —Es que ayer salí y me acosté tarde —me excuso.
- —Llevo llamándote desde ayer.
- —No, si ya lo he visto. Cualquiera diría que me acosas.
- —Deja de decir tonterías y vete para la ducha. Nos vemos en una hora en la plaza del ayuntamiento.
  - —¿Y eso? ¿Qué ha pasado?
- —Digamos que estamos en problemas, así que mueve el culo que tenemos que hablar.
  - —¡A sus órdenes!

Vuelvo a dejar el móvil en el bolso y salgo disparada hacia la ducha o no me dará tiempo a llegar al centro, y aparcar por allí es un horror. En cuarenta minutos salgo de casa. Mi madre debió salir temprano, y suerte que no se tomó la licencia de despertarme, porque hoy le habría soltado un moco.

Finalmente dejo el coche en el aparcamiento de la plaza porque no tenía ganas de estar dando vueltas, y con lo alterado que estaba mi tío al teléfono, no quiero llegar tarde.

- —Buenos días—. Le saludo con un par de besos. Me propone sentarnos en una de las terrazas que hay cerca, y cuando hemos pedido los cafés, me mira serio y carraspea.
  - —Ayer fui a dejar la última carta.
- —Muchas gracias. No sé si le estará haciendo algún caso a las cartas, pero yo me siento mejor mandándoselas.
  - —Pues me temo que sí le está haciendo caso, sí.
- —¿Por qué lo dices? —Me mira a los ojos con el semblante serio. Parece preocupado. Desvía la mirada a su café y exhala.
- —Pues porque ayer me pilló dejando la carta en su buzón y sabía perfectamente de qué se trataba —farfulla atropelladamente. Abro los ojos

como platos y me llevo las manos a la cara. Esto no me puede estar pasando a mí.

- —¿Cómo dices? —logro articular.
- —Nos ha pillado, Alma. Tenía la carta en la mano para echarla al buzón, él bajó del coche, vino hacia mí e intenté disimular, pero al final me acabó interrogando hasta que le conté quién era la chica de las cartas.
  - —¡¿Y le contaste que era yo?! —grito.
  - -¡No!

La pareja sentada un par de mesas más allá, se nos queda mirando. Cierro los ojos y me recoloco en la silla.

Mi tío me cuenta con toda la tranquilidad del mundo que Alejandro le ha pedido un contacto para poder responderme a las cartas, y a mí no me cabe en la cabeza. Suerte que le contó que era una amiga suya que vive fuera, porque como le hubiera dicho la verdad, me estaría muriendo de la vergüenza.

- —Sigo pensando que me estás tomando el pelo.
- —¿Y qué ganaría yo?
- —Reírte de mí un rato, por ejemplo.
- —No le veo la gracia, sinceramente. Si hasta se quedó mi número de teléfono y me dio el suyo para que le dijera algo.
  - —Dios mío, esto es surrealista.
  - —Surrealista o no, dime. ¿Qué carajo le digo?

Entre que después de probar el café de París, el de aquí me sabe a rayos, y que después de la larga conversación con mi tío, se ha quedado helado, para lo único que me sirve la taza es para ahogar mi nerviosismo removiendo su contenido.

- —¿Le llamo ahora?
- —¿Ahora?
- —Alma, tenemos que resolver esto. Como me llame y me pille desprevenido, a saber qué le suelto. Luego te enfadarás conmigo.
- —Sí, tienes razón. Será mejor que esté delante antes de que sueltes algún disparate.

La verdad es que pocas cosas se me ocurren para salir del enredo. Quién me mandará a mí...

—Dile que te las mande a ti —improviso—. Sí, dile que tu amiga vive fuera de la ciudad y que por trabajo cambia frecuentemente de domicilio,

así que será mejor que te las entregue a ti. Así tú me las das de forma más segura.

- —Es decir, que Bruno tiene que estar siempre en medio. Alma, corazón, que ya eres mayorcita.
- —Por favor, tío. Sabes que llevo enamorada de él casi desde que tengo uso de razón, y ahora soy la pediatra de su sobrina. ¿Qué iba a pensar de mí?
  - —Eso lo podrías haber pensado antes de empezar con esto.
- —¿Quién se iba a imaginar que un escritor de su calibre iba a tomarse tanta molestia al recibir un par de cartas de una de sus lectoras? ¡Vamos, es que ni en sueños había llegado a imaginarme esto!
  - —Está bien —cede tras un largo silencio.

La espera hasta que mi tío atina con el móvil y Alejandro descuelga el teléfono se me hace eterna. Parezco una de esas adolescentes desesperadas. Me siento de lo más tonta.

—Hola, ¿Alejandro? —pregunta mi tío cuando él responde el teléfono —. Soy Bruno, el chico que te encontraste ayer en tu casa. Sí, el de las cartas. Te llamo porque he logrado hablar con mi amiga y me comenta que como siempre está de aquí para allá por trabajo, lo mejor para que las cartas no se extravíen es que me las hagas llegar a mí. Puedes mandármelas.

Asiento con las manos entrelazadas, suplicando que a Alejandro le parezca buena idea. Pero enseguida veo como mi tío tuerce el gesto y los nervios vuelven a comerme.

- —¿Un email? Pues, sí, claro, me imagino que tiene uno. Claro, entiendo —le dice mirándome con los ojos abiertos y haciendo gestos con la mano. Le hago señales para que le diga que le mandará el correo en un mensaje. Puedo oír la voz de Alejandro al otro lado del teléfono, pero no entiendo qué le dice. Lo único que sé es que no para de hablar—. Ah, sí, claro. Que cómo se llama mi amiga —repite Bruno alzando la voz. ¡Ay dios mío! ¿Y ahora qué le digo? Suelto por la boca el primer nombre que me viene a la mente ante la mirada insistente de Bruno.
- —Esther —le susurro. Mi tío frunce el ceño y se limita a repetir lo que le he dicho, y a despedirse. Cuando cuelga, vuelve a mirarme serio.
  - —¿Esther? ¿En serio?
- —Es que no sabía que decir, es lo primero que se me ha ocurrido. No puedo decirle que me llamo Alma. No es un nombre de lo más común, y sería mucha casualidad. Ataría cabos rápido.

—Si tú lo dices.

—¿Qué? ¡Pero a quién se le ocurre! —gruñe Esther.

He quedado con Esther y Carolina para comer porque tengo que verlas antes de entrar al hospital. Ellas no saben nada de toda esta historia de las cartas, pero dadas las circunstancias, he decidido contárselo. Por suerte, Esther acaba el turno a la una y Carolina entra a las cuatro, como yo, así que tenemos tiempo suficiente. Carolina ha encontrado un restaurante que parece estar bien, así que ha reservado mesa.

- —Lo siento. Es que no le podía decir mi nombre, entiéndeme, qué vergüenza. Y Esther ha sido lo primero que me ha venido a la cabeza. Además, no tiene por qué relacionarlo contigo. Mi tío le ha dicho que vivo fuera, así que no hay problema.
- —Alma, me hubiera esperado cualquier cosa de la loca ésta, pero de ti...
  —reflexiona Carolina.
  - —Vaya hombre, ¡Qué fama tengo! —se queja la rubia.
  - —¿Y qué vas a hacer?
- —Buena pregunta. De momento tengo que crearme un correo electrónico con nombre de Esther, y esperar a ver si me manda un correo, si se le olvida o cómo acaba esta historia.

# Querida Esther

## Querida Esther,

Por fin te pongo nombre.

Si te digo la verdad, no sé muy bien cómo empezar. Llevo con la mano sobre el teclado un buen rato intentando escribirte y no estoy acostumbrado a que me cueste tanto encontrar las palabras adecuadas. Normalmente los dedos vuelan solos, pero esta situación es nueva para mí.

Me gustaría saber transmitir toda esa magia que desprenden tus cartas y que tanto me ha llegado. Desde el primer día que encontré una de ellas en mi buzón, me he sentido muy intrigado por saber de ti. Siempre me dejas con ganas de seguir leyéndote.

Quiero agradecerte que compartas conmigo un poquito de ti. A veces me has hecho pensar en lo mucho que cuento de mi en mis libros y en lo poco que se yo de vosotros. Y por eso, el hecho de saber de tus inquietudes, pensamientos, dudas... me hace sentir un poco más conectado a todas esas personas, que, como tú, han decidido darle una oportunidad a lo que soy y a lo que escribo.

Solo quiero pedirte algo: no dejes de escribirme. Tus cartas me inspiran y me ayudan más de lo que puedes llegar a pensar.

Gracias por tus bonitas palabras, y por creer en mí. Espero que pronto estés, de verdad, bajo mi misma luna.

Un abrazo, Alejandro.

Dejo el email abierto. Vuelvo la vista al horizonte, donde se encuentran el azul lavanda de un cielo claro, sin rastro de nubes, con el turquesa del mar de mi querida Málaga.

—Málaga... —suspiro.

No puedo creer que tenga delante un email de Alejandro. Reconozco que cuando empezó todo esto me hacía ilusión pensar que él tuviera en sus manos algo escrito por mí y, aunque pensaba que probablemente las dejaría en una esquina o las arrojaría a la papelera, la simple idea de que le llegaran me emocionaba. Pero ahora la realidad ha superado mis expectativas, y lo que nunca hubiera imaginado es que el interesado en saber de mí fuera él. ¿Qué pensaría si supiera que soy yo?

Por suerte, Carolina y Esther están de guardia, y tengo toda la mañana para mí. Recojo la bandeja con los restos de desayuno de la mesa de la terraza y vuelvo al interior de mi nueva casa.

Sí, por fin ha llegado septiembre. Llevamos un par de semanas de locura con la mudanza. Los muebles que faltaban y que habíamos pedido para finales de agosto, se retrasaron quince días y acabamos de montarlos ayer. La vitrocerámica se ha estropeado y no nos queda otra que echar mano de toda la sección de microondas del súper. El aire acondicionado no puede ponerse en marcha porque tienen que venir a limpiar los filtros y teniendo en cuenta el mes tan caluroso que está haciendo en Málaga, esto parece una sauna. Para acabar de rematar, el antiguo inquilino dio de baja los contadores de agua y gas y estamos sin agua desde hace diez días porque los simpáticos amigos de la compañía siguen erre que erre que hasta principios del mes que viene no pueden hacer el cambio de nombre. Y digo yo: si el anterior propietario se dio de baja, ¿por qué hay que hacer un cambio de nombre? El caso es que tenemos la despensa llena de garrafas de ocho litros de agua para la cocina, el baño, la ducha y todas esas cosas que podéis imaginar...

Pero es que la cosa no acaba ahí, a todo este drama se le suma lo pesado que sigue Rodrigo, las innumerables guardias de doce horas en el hospital y mi madre, que no me habla.

Sí, la señora no me habla. Que diréis; ¿no tiene ya una edad para actuar como una cría de cinco años? Pues eso mismo digo yo. El móvil me trae de vuelta de mis filosóficos pensamientos de primera hora.

- —¿Sí?
- —¿Alma? Tienes que ayudarme—me dice Rodrigo al otro lado de la línea.
  - —Claro, dime.
- —Tengo una fiebre importante y me he metido en la cama, así que tendrás que ocuparte de los pacientes de hoy. Además, sobre mi mesa me dejé unos documentos muy importantes. Los necesito sí o sí para la reunión que tengo mañana, así que te agradecería que cuando acabes el turno, me los traigas a casa. —¿En serio? Con lo bien que había empezado hoy el día, y tienen que venir a chafarlo.
- —Por supuesto, no te preocupes, yo te los acerco. Mándame la dirección por mensaje.

Resoplo y camino hacia el baño para empezar a prepararme. Quiero llegar antes al hospital.

La tarde se me pasa volando entre bebés y pequeños traviesos que corretean por la consulta. ¿Quién dijo que no es divertido ser médico?

Me acerco a la cafetería a por un café y me siento en una de las mesas para tomármelo tranquila. Todavía me quedan un par de horas de turno, si nada se complica.

- —A ti te andaba yo buscando. —El acento jiennense de Pilar es inconfundible. Sonrío y enseguida veo como aparece ante mis ojos y se sienta frente a mí—. Uy, amiga, vaya ojeras llevas. ¿Muy largo el turno?
- —Pues teniendo en cuenta que hoy era mi día libre, sí. Muy largo. Hace una mueca de no entender nada y se encoge de hombros.
  - —Rodrigo se ha puesto malo.
- —Joder con Rodrigo —se ríe—. Eso es que está celoso y te lo hace pagar con horas extras.
  - —¿Celoso por qué?
  - —Por el chico ese tan guapo que vino preguntando por ti ayer.
- —¿Que vino un chico guapo preguntando por mí ayer? —le digo a cuadros.
- —Sí. Estaba yo en la recepción buscando unos informes y llegó como si hubiera corrido la maratón, preguntando por la Dra. Alma Torres.
  - —¿Y dijo quién era?
- —No, Gloria intentó llamarte, pero Rodrigo le dijo que habías acabado el turno.
  - —Sí, es que ayer salí pronto porque venían a traerme los muebles.
- —El caso es, por lo que me ha dicho Gloria, que no es la primera vez que viene. Ha estado aquí un par o tres de veces y Rodrigo siempre le dice que no estás. Y creo que no es del todo así... por eso quería comentártelo, Alma.

Vuelvo al coche y dejo los documentos de Rodrigo en el asiento del copiloto. Desde que Pilar me contó lo de la visita que no paro de darle vueltas. Sé que Rodrigo lleva tiempo interesado en mí, pero no le veo capaz de hacer eso. Inspiro y expiro profundamente y reviso la dirección en el

móvil y la transfiero al GPS para llegar sin problemas. Con lo cansada que estoy lo último que me apetece ahora es ir a ver a Rodrigo.

Aparco lo más cerca que puedo de su casa y camino hasta el lujoso edificio que encuentro al final de la calle.

- —Rodrigo, soy Alma —le anuncio por el telefonillo.
- —Sube.

La fría escalinata de mármol es tentadora, pero a estas horas de la noche ya no me quedan ganas de ejercitar los glúteos, así que me decanto por la comodidad del ascensor. Me miro al espejo nada más entrar. Tenía razón Pilar, parezco un oso panda. Mis marcadas ojeras, y el tono rojizo de mis ojos deja a la vista el cansancio que llevo encima. Un sonido agudo me alerta de que hemos llegado. Abro la puerta del ascensor y salgo a un extenso rellano con hasta ocho puertas. Reviso en mi móvil el número de puerta y cuando dirijo la mirada hasta la tres la veo entreabierta.

- —Rodrigo, ¿puedo?
- —Pasa, por favor. Al final del pasillo.

Camino indecisa, con los papeles en la mano y prácticamente a oscuras. Sigo la luz y la música de Ed Sheeran entonando su preciosa *Thinking out loud*, y cuando llego no puedo creer lo que ven mis ojos.

### La playa

El aire fresco me devuelve la tranquilidad y la paciencia. Definitivamente mi mundo se está volviendo loco. Miro el horizonte de una noche mucho más apagada: sin estrellas. La menguante luna de mediados de septiembre se refleja en el mar, que rompe su calma en las escarpadas rocas del dique. Procuro dejar la mente en blanco, quiero paz; ya he tenido bastantes emociones esta noche. Me descalzo y avanzo por la fría arena de la playa hasta la orilla. El mar llega a mis pies inundándome de una inmensa sensación de armonía que acojo como aire para respirar. Retrocedo y me siento en una pequeña duna, juego con la arena, dibujando nimiedades.

Rodrigo lo tenía todo calculado, y espero equivocarme, pero creo que todo esto es cosa de mi madre que, con tal de joderme la existencia por haberme marchado de casa, es capaz de hacer cualquier cosa.

Me hierve la sangre cada vez que pienso que he tenido que cenar en una mesa llena de velas, vajilla de porcelana y cubiertos de plata con el estúpido de Rodrigo.

«Es una sorpresa. Como siempre que te invito a cenar, tienes cosas que hacer, pensé que si te pedía que vinieras y te daba la sorpresa, no podrías decirme que no».

Su sinceridad barata me revuelve el estómago. ¿Cómo puede alguien arrastrarse de esa forma? Pero se acabó. Lo tengo claro. La encerrona ha colmado mi paciencia y voy a pedir el cambio de tutor de inmediato.

- —Parece mentira que aquello no sea el fin de todo, ¿verdad? —oigo que alguien me dice. Me doy la vuelta y le veo parado frente a mí, con el semblante serio. Vuelvo a mirar al horizonte y sonrío. Él de nuevo. Mi cuerpo, al contrario de lo que viene sucediendo cuando le veo, se relaja y lo agradezco.
  - —También podría ser el inicio de todo, ¿no crees?

Solo se oyen las olas repicar en la orilla. Se sienta a mi lado. —Es como la teoría de la botella. Medio llena o medio vacía —añade antes de que pueda continuar.

- —¿Puedo preguntar? —me atrevo a decirle. —De reojo veo como asiente—. ¿Vienes mucho por aquí?
  - —Cuando necesito pensar y mi despacho se me queda pequeño. ¿Y tú?
- —Cuando he tenido un día como el de hoy y me he quedado sin despacho. —Nos reímos a la vez y nos miramos.
  - —Podría dejarte usar mi estudio y así ya no tendrías que venir aquí.
- —Y yo podría dejarte mi terraza, porque tiene unas vistas increíbles, y no creo que se te quedara pequeña. Así tampoco tendrías que venir aquí.
  - —Puede ser un buen trato.
  - —Pero tú me matarías por dejarte el estudio manchado de pintura.
- —Y tú te cansarías de tenerme en tu terraza tecleando hasta las tantas, así que tendremos que buscar otra solución, Dra. Torres —suspira.
- —Eso de Dra. Torres suena muy bien, pero puedes llamarme Alma, sin más.
  - —¿Alma sin más? —dice burlón.
- —Claro, Sr. Montaner. —Se ríe y mira al cielo. Su respiración y las olas del mar llegan a mis oídos y creo que se va a convertir en mi sonido favorito. Su silencio no me incomoda, al contrario. Es reconfortante tenerle a mi lado después de una velada tan terrible.
- —Lo cierto es que usted, señora Torres, es realmente escurridiza. —Le miro extrañada.
  - —¿Por qué?
- —Llevo dos semanas intentando dar contigo en el hospital, y siempre que voy me dicen que no estás. Cierro los ojos y sonrío. No puedo creer que fuera él.
- —Han sido días complicados de mudanza. Salía escopeteada de los turnos. Lo siento. Pero podías haber dejado una nota o algo.
  - —Lo sé, pero tenía la esperanza de encontrarte tarde o temprano.
- —¿Y para qué soy buena? —pregunto curiosa. Él sigue mirando al horizonte y yo me pierdo en él. Y me gustaría hablar con esa Alma adolescente. La que le miraba a escondidas en los pasillos del instituto. La que se sentaba en la mesa de enfrente en la biblioteca para poder observarlo sin que nadie se percatara. Con esa a la que le dolía que cada beso no fuera para ella. Con la Alma que seguía pensando en él, a miles de kilómetros, y

trataba de plasmar sus ojos en un lienzo para seguir sintiéndole cerca. Con la que soñaba con estar así.

- —Te necesito —me dice sereno y algo se clava dentro de mí.
- —¿Cómo? —logro balbucear. Sacude la cabeza y me mira sonriente.
- —Perdón, estaba dejándome llevar por mis pensamientos —me dice avergonzado. —Si no recuerdo mal tu tía tiene una de las librerías más bonitas que he visto nunca.
  - —Recuerdas bien. Es la librería que hay delante del Liceo francés.
- —Sí, lo sé. Siempre iba con mis amigos después de clase. Tu tía hace el mejor chocolate a la taza del mundo —murmura con los ojos cerrados.

Y para mí no es ninguna novedad. Todos los días salía despavorida de clase para esperarle en la puerta. Si le veía cruzar la calle y entrar en la librería, esperaba unos minutos para entrar yo, y pasar la tarde con mi tía, la hermana pequeña de mi padre.

Se empeña en acompañarme a casa mientras me cuenta que tiene en mente la librería de mi tía para la presentación de su próximo libro, y a mí me hace muchísima ilusión. Me explica cómo se imagina el evento, y le prometo que lo hablaré con ella. Veo a un Alejandro al que nunca me hubiera imaginado conocer, y al que me encantaría contarle un sinfín de cosas, de las que me abstengo para que no descubra que yo soy, ni más ni menos, que la remitente de sus cartas.

- —Pues hemos llegado —le digo frenando el paso en la valla de entrada al recinto.
  - —¿Vives aquí? —pregunta sorprendido, mirando el complejo.
  - —Sí, hace poquito que me he mudado.
  - —Con tu pareja.
- —¡No! —le digo riendo. —Con mis amigas, las que te presenté el día que nos encontramos en el restaurante.
- —Ah, sí —recuerda sonriente, como si de pronto le hubiera venido esa imagen a la cabeza—. Así que somos vecinos. Yo vivo al final de la calle que sube.
  - —Ni hecho a propósito —murmuro.
  - —¿Decías? —me dice mirando las instalaciones.
- —No, que vivir todavía con mis padres era un despropósito. —Suelta una carcajada y suspiro aliviada.

- —Pues yo tengo temporadas. Hay meses que vivo con mis padres y otros que ni los veo.
- —Yo he pasado mucho tiempo fuera, y volver no ha sido nada fácil. Por eso estoy aquí.
  - —Pues mejor para mí, tengo servicio de urgencias a un paso de casa.
  - —Tendré que cobrarte mis servicios con libros.
  - —Me parece un buen trato —se ríe.
  - —Debería subir ya. Mañana tengo turno temprano.
  - —Claro, te dejo que descanses. Nos vemos, vecina.
  - —Hasta pronto, vecino —le contesto cruzando la puerta.

Subo las escaleras casi de dos en dos. ¿Quién diría que es casi media noche y que he tenido un día de locos? Alejandro me ha quitado el cansancio y todas las malas energías que llevaba dentro por culpa de doña perfecta y su secuaz.

Entro en casa como si fueran las doce del mediodía, y Esther sale corriendo para ver qué ocurre.

- —¿Qué horas son estas de llegar? —me dice seria—. Estaba preocupada, te he llamado mil veces.
  - —No me riñas que soy la mujer más feliz del mundo.
- —¿Y eso? —me dice frotándose los ojos visiblemente hinchados de dormir.
  - —Acabo de estar con Alejandro
  - —¡¿Cómo?! —grita levantándose de un bote del sofá.

Camino hacia la cocina haciéndome la interesante, y me pongo a prepararme un sándwich porque tengo hambre. La rubia no tarda en aparecer.

- —¿He oído bien?
- —Has oído perfectamente. Alejandro me ha acompañado hasta casa.
- —¿Has estado con él?
- —He paseado con él.
- —¿Paseado? —me dice con una mueca de asco.
- —Me lo he encontrado en la playa, hemos estado hablando y me ha acompañado a casa.
  - —¿Y se puede saber qué hacías tú a estas horas en la playa?
  - —No lo quieras saber... le digo dándole un mordisco al bocadillo.
  - —¿No tenías turno de tarde?

- —Sí, pero después Rodrigo me ha hecho ir a su casa a dejarle unos papeles, porque supuestamente estaba enfermo.
  - —¿Y no estaba enfermo?
- —¡Qué va! Me ha engañado para que fuera, y me ha preparado una cena sorpresa.

Esther se echa a reír y le lanzo una mirada fulminante.

- —No sé qué le ves de gracioso al asunto.
- —Es que lo que no te pase a ti —se cachondea. Al ver mi cara de pocos amigos, se pone seria y me mira compasiva.
  - —¿Pero te has quedado a cenar o no?
- —¡Qué remedio! Pero apenas he probado bocado. Con la verborrea de Rodrigo he tenido bastante.
- —¡Dios mío, me imagino la escena! Pero vamos a lo importante. ¿Qué ha pasado con Alejandro?, ¿le has contado ya lo de las cartas?
  - —Ni muerta, y espero que no lo sepa nunca porque me da algo.

### El regalo de mi vida

Me levanto de la cama después de revolver las sábanas durante toda la noche tratando de conciliar un sueño que no llegó. Demasiadas cosas en la cabeza.

Hoy me reúno con la tía de Alma en su librería para pedirle que nos deje hacer la presentación allí.

- —Hay una chica abajo. Pregunta por ti. —Mi madre irrumpe en la habitación y se acerca al armario empezando a rebuscar entre la ropa colgada.
- —Debe ser Alma, la pediatra de Lucía. Su tía regenta la librería en la que quiero hacer la presentación del libro. Ella se ofreció a acompañarme.
- —No me habías hablado de ella. —Mamá siempre trata de darle la vuelta hasta al detalle más insignificante—. Ponte esta. Te sienta bien el azul, y te dará un aire más profesional —reflexiona en voz alta dejándola sobre la cama—. Será mejor que baje, no está bien hacer esperar. Date prisa, Alejandro.

Cuando llego al salón, Alma está sentada en uno de los sillones, con una taza de café que sujeta con ambas manos.

—Buenos días, siento haberte hecho esperar. —Al escucharme se levanta y me acerco a ella para saludarla. Mamá nos observa expectante y creo que lo mejor será que salgamos antes de que Alma empiece a sentirse incómoda.

Me mira de reojo mientras cruzamos Málaga para llegar a nuestro destino. Hace una mueca y se echa a reír. La miro confuso.

- —¿Qué?
- -Estás nervioso me dice señalando mis manos, que juegan entre sí.
- —Un poco —reconozco—. Hace mucho tiempo que no gestiono el tema de las presentaciones, firmas y demás, y he perdido la práctica. Espero que tu tía vea con buenos ojos la idea y acepte, porque no tengo plan B.

- —Si me guardas el secreto te diré que mi tía es una gran fan tuya. Cuando publicas un libro nuevo lo expone en el escaparate como si fuera su mayor tesoro, así que estoy convencida de que se volverá loca y se implicará al cien por cien para que todo salga perfecto.
  - —Vale, eso no me lo esperaba, pero me quitas un peso de encima.
- —Eres el mejor autor del país. Tus últimos tres libros han batido récords de ventas, se han traducido a diferentes idiomas y tienen unas críticas increíbles. ¿Te sigue extrañando que la gente adore tus libros?
  - —¿Crees que la gente adora mis libros?

Suena tan segura e informada que me sorprende, pero justo cuando acabo de formular la pregunta, su gesto se torna serio.

- —Lo creo y creo que tú también lo crees.
- —¿Y tú? —sonrío.
- —¿Yo qué?
- —¿También adoras mis libros? —me mira un instante y vuelve la mirada al frente.
- —No tengo demasiado tiempo para leer, y cuando lo hago es para revisar manuales y libros de medicina. Es una profesión de aprendizaje constante.
- —Claro, es normal —murmuro. Reconozco que hay algo de desilusión en mi respuesta y creo que así lo ha entendido cuando me mira y me sonríe.
- —Pero si me firmas uno te prometo que sacaré tiempo de donde sea para leerlo.
  - —Eso está hecho.

Málaga luce preciosa en estas fechas. La calle Marqués de Larios se ha vestido de Navidad con sus arcos de luces y las flores de pascua que engalanan las farolas. Cuando era un niño vivía ilusionado por la llegada de las fiestas y disfrutaba con cada pequeño detalle. Recuerdo las tardes de diciembre paseando por el centro de la ciudad para ver el alumbrado y tomar uno de los deliciosos chocolates calientes de Casa Aranda. Las reuniones familiares, las sobremesas de juegos y charlas hasta altas horas de la noche, los dulces, las recetas de mamá, de la abuela y de la tía Carmen. Era incapaz de dormir por la magia de los regalos, de los reyes magos y Papá Noel. Todavía hoy me cuesta conciliar el sueño la noche de reyes. Ver

las caras de sorpresa de los demás al abrir los regalos, ahora especialmente de mis sobrinas, es el mayor regalo que pueda tener.

—Hemos llegado. Déjame que salga primero y avise a mi tía que estamos aquí o se enfadará si te hago entrar por la puerta y hay alguna mota de polvo sobrevolando la tienda—.

Observo a través del cristal como Alma sale del coche y entra en la librería. Vuelve a mi mente la conversación con ella, y recuerdo a la chica de las cartas. Estoy inquieto por recibir su respuesta al email que le mandé. Reviso de nuevo el móvil y esta vez encuentro lo que llevo días esperando.

Querido Alejandro,

Ya sé que me lees. De hecho, acabo de descubrirlo.

Si te digo la verdad, no sé cómo sentirme. Es decir, no sé si mis cartas te han hecho sentir presionado o si solo es mi extraña manera de comerme la cabeza por todo. Lo último que quiero es que te sientas obligado a responder a mis cartas., aunque reconozco que, por otro lado, me hace muchísima ilusión que me escribas. Te imagino sentado en el lugar en el que creas tus libros, tecleando ese email y me siento muy afortunada.

Como te he contado en varias ocasiones, tus libros son mi terapia. Con ellos descubro otros mundos y me sumerjo entre sus páginas para empaparme y vivir, como si fuera una de las protagonistas, cada parte de esas historias.

Tu próxima novela está cada vez más cerca y me muero de ganas de tenerla en mis manos. Sé lo especial que es para ti porque he visto la ilusión en tus ojos en tus últimas entrevistas. Además, que publiques en tu época favorita del año me lo confirma. Y es que la Navidad está a la vuelta de la esquina y me transporta a *El regalo de mi vida*. Me enamoré de cada una de las palabras de esa gran historia. Y también de John, para qué negarlo.

La profundidad y el corazón que plasmaste en cada uno de los personajes, el detalle de cada rincón que describías, de cada escena. Sé que no me equivoco si te digo que fue el mejor regalo que pudiste hacernos a tus lectores. Tienes un gran corazón, y en tus historias dejas un pedacito de él.

Gracias por dedicarme unos minutos para leerme, yo siempre guardaré tiempo para leer todo lo que tus manos me cuenten.

Ya sabes que siempre estoy bajo tu misma luna.

Esa chica me tiene en vilo con sus cartas. Creo que jamás me habían hecho sentir tanto en tan pocas palabras. No veo el momento de conocerla y poder tener una charla tranquila cara a cara.

—¿Preparado? Está todo listo para ti.

## El bueno y el malo

Llevo una mañana horrible. Es sábado y Rodrigo me tiene pasando urgencias porque él prefiere atender las visitas programadas. Entré a las ocho de la mañana, apenas son las once y llevo más de veinte pacientes. Me esperan nueve horas por delante y ya estoy agotada.

Estas semanas, entre gripes y resfriados que llegan antes de tiempo, el hospital está hasta arriba, y teniendo en cuenta que me está tocando a mí pasarles visita, estoy convencida de que tarde o temprano acabaré en la cama con la fiebre por las nubes.

Desde la cenita sorpresa en su casa que trato de estar lo más distante que puedo de Don perfecto. Llego a mi hora, voy a su despacho para ver lo que me toca hacer y le esquivo todo lo que puedo el resto del día. Que viene para que tomemos un café, le digo que acabo de tomarme uno y que voy a seguir con la consulta. Que tengo alguna duda respecto a un diagnóstico, echo mano de la Dra. Olivera, que es la mar de simpática y atenta. Y así voy esquivando al despropósito de hombre que tengo que aguantar todos los días.

Las horas pasan lentas, y a mediodía me escapo con algunas compañeras residentes a comer a la cafetería.

- —Creo que voy a pedir el traslado —comenta Pilar—. Me voy a vivir con mi novio a Algeciras y esto me pilla muy lejos para venir todos los días en coche. Además, la carcasa con patas de mi padre tiene los días contados, y no puedo hacerle tantísimos quilómetros.
- —¿Y no has pensado en que sería muy positivo cambiar de coche? interviene con sorna Macarena.
- —Por mucho que lo piense, el dinero no me va a caer del cielo y entre el piso nuevo, los muebles y lo que come Fran, si me compro el coche, se queda sin chuletones.

- —No es que ande yo muy boyante de dinero, con la tontería de dejar el piso mono acabé con las reservas de Ikea, pero si lo necesitas, puedo dejarte algo. —Pilar niega enseguida con la cabeza, pero me agradece el gesto.
  - —Hablaré con la Dra. Olivera a ver qué opciones tengo.
- —Pues si vas a marcharte, habla antes conmigo. Tu tutora me cae genial y he decidido pedir que me cambien de tutor. Empiezo a estar un poco harta de Rodrigo. —Todas ríen al unísono. Ya se han dado cuenta de lo pesado que es el brillante Dr. Márquez.
- —¿Y cómo van las cosas con el chico guapo que viene preguntando por ti?

Macarena apoya la cara en sus manos y fija la mirada en mí, atendiendo a mis gestos.

- —Ese chico guapo es un sueño prohibido —suspiro—. Sería demasiado bonito para ser verdad.
- —Soñar no está prohibido, y es gratis. No veo por qué no podría hacerse realidad.

Pilar habla seria y se mira a Macarena, que sigue embobada la conversación.

—Llevo demasiados años soñando —murmuro.

Han pasado dos semanas de la última vez que le vi en la tienda de mi tía Abril. Nos pasamos horas hablando con ella sobre la presentación y las ideas que tiene Alejandro para el evento. Ella estaba entusiasmada por tenerle allí y por el honor de que un escritor tan importante hubiera elegido su modesta librería para presentar su nuevo libro. Él nos había contado que se reunirían todo tipo de medios de comunicación y que seguramente harían un sorteo para que algunos de sus lectores pudieran asistir. Era inviable que el evento fuera abierto al público, pues la librería era demasiado pequeña para acoger a tanta gente.

Pero pensándolo bien, estoy segura de que mi tía estaba más emocionada por la idea de tener a uno de sus autores favoritos en su tienda, que por todos los beneficios económicos que pudiera suponer el evento.

Alejandro parecía un niño contándole a Abril cómo tenía pensado decorar el espacio. Tengo tantas ganas de que llegue el gran día.

Él está ahora en Madrid resolviendo los últimos detalles para empezar la promoción.

Por la tarde vuelvo al consultorio. Me espera un buen número de pacientes fuera, así que me tomo un café para espabilarme un poco y me pongo enseguida a trabajar. Las horas, con los pequeños se me pasan volando, pero al final de la jornada me toca pasar el papeleo al ordenador y siento que las horas empiezan a pesarme. Alguien golpea la puerta, y miro el reloj extrañada. Son casi las nueve de la noche, así que supongo que será Rodrigo.

- —Adelante —murmuro con la atención puesta en unos folletos.
- —¿Molesto? —su voz llama mi atención y levanto la vista. No puedo creerlo.
- —¡Alejandro! ¡Has vuelto! —Él sonríe de inmediato y me señala la silla. Asiento y se sienta frente a mí.
- —Sí. Acabo de volver de Madrid y venía a contarte que la idea de la presentación ha sido un éxito.
  - —¿De verdad? ¡Me alegra que les haya gustado!

Me parece de lo más tierno que haya venido a verme para contármelo.

- —¿Te queda mucho trabajo todavía?
- —No, ya estaba acabando.
- —Bueno, supongo que no habrás cenado y que, por la hora, estarás hambrienta. ¿Te parece si salimos a cenar algo y te cuento las novedades? Los dos, quiero decir, juntos —me dice prácticamente tartamudeando, y yo me muero de ternura.
  - —Claro, me encantaría. Déjame que acabe de pasar esto y ya salgo.
  - —Te espero fuera.

Sale de la consulta y me quedo mirando la puerta embobada. Tengo que acabar esto cuanto antes, pero es difícil concentrarse sabiendo que él me espera.

Vuelven a llamar a la puerta minutos más tarde. Sonrío porque sospecho que debe ser él de nuevo, pero mi sonrisa se borra al instante al ver a Rodrigo entrar por la puerta.

- —¿Todo bien? ¿Necesitas que te ayude? —me dice acercándose a la mesa—. Si lo hacemos juntos seguro que acabamos antes.
- —No, no te preocupes —le digo cerrando la agenda—. Ya lo he terminado todo. Te lo he dejado en tu carpeta con la fecha de hoy por si quieres revisarlo.
  - —Ah, perfecto, déjame ver.

- —Me voy, tengo prisa. Nos vemos mañana —farfullo quitándome la bata y cogiendo el bolso.
  - —Alma, deberíamos hablar sobre...
- —¿Estás? Es que he pasado antes por... —interrumpe él, que ha regresado para salvarme.
- —Sí, estoy lista —le digo caminando hacia la puerta—. Rodrigo, hablamos mañana. Buenas noches —murmuro empujando a Alejandro hacia fuera.
  - —Gracias, me has liberado de soportar otra de sus infumables charlas.
  - —Para eso estamos —masculla con una mueca divertida.

#### J' aime Paris

Salimos del hospital y aunque ella tiene su coche, la convenzo de ir en el mío porque quiero darle una sorpresa.

- —Así que has estado en Madrid promocionando el nuevo libro. —Me mira expectante, y asiento sonriente. Frunzo el ceño porque me extraña que tenga esa información.
- —Pero yo en ningún momento he hablado de promoción del libro murmuro. Su gesto cambia al instante y se torna serio. Abre los ojos y retira su mirada de la mía. Se está poniendo nerviosa, y yo me río disimuladamente al ver su reacción.
- —Bueno, es que como eres tan famoso lo he visto hoy en la televisión, mientras comía. En la cafetería tenían puesto un programa de esos del corazón y han hablado de ti —miente. Y sé que lo hace porque me lo dicen sus ojos y su titubeo al hablar.
  - —Ah, vale. Pero si te parece ahora no hablemos de trabajo.

Corto el tema para que recupere la sonrisa y deje de pensar que la estoy acorralando porque creo saber que ha estado buscando cosas sobre mí e informándose.

—Vale. Hablemos de dónde vamos a cenar.

Aparco el coche y me mira extrañada intermitentemente a la vez que observa la calle, supongo que para intentar averiguar dónde estamos. Le señalo la tienda de su tía y achina los ojos.

- —¿Vamos a cenar en la librería?
- —Algo así.

La tienda está a oscuras. Abro con la llave que me dejó Abril y me apresuro hasta los interruptores para encender la luz. Alma se ha quedado en la puerta y cuando vuelvo hasta ella, veo un gran termo sobre el mostrador.

- —Creo que tu tía nos ha dejado chocolate caliente para hacernos la noche más llevadera.
  - —¿Qué estamos haciendo aquí?
- —Pues verás, le conté a Abril que quería decorar la tienda de forma especial. Quiero que sea navideño, pero con un toque diferente, inspirado en uno de mis libros. A ella le pareció una gran idea, y me dijo que tenía vía libre para hacer lo que yo quisiera. Pero lo cierto es que a mí eso de decorar no se me da muy bien, y pensé que tal vez tú podrías echarme una mano. Me dice que me ayudará encantada y me acerco a las bolsas para enseñarle todo lo que compré esta tarde.
  - —¿Y todas estas golosinas? ¿Vamos a cenar esto?

Fisgonea las bolsas que he dejado sobre una de las mesas. —No —me río. Es para decorar el árbol. También pasé por el restaurante japonés de un amigo para comprar la cena. Espero que te guste el sushi.

- —Vaya, lo tienes todo preparado.
- —Creo que va a ser una noche larga. Espero que no te importe. Si tienes que trabajar mañana podemos dejarlo para otro día.
- —No, claro que no. Me encanta la navidad y me encanta decorarlo todo así que voy a ayudarte encantada. Mañana tengo turno de tarde, no te preocupes.
- —Bueno, ahora necesito que me guíes. ¿Dónde crees que habrá dejado tu tía la receta de las galletas? Me ha dicho que me lo dejaría todo preparado.
  - —¿Vas a hacer galletas?
- —Técnicamente tenemos que hacer galletas. Son para el árbol. —Sonríe como si acabara de entender lo que le estoy contando.
  - —Galletas para el árbol —murmura.
- —Ven—le digo tomando su mano para que me siga hasta uno de los sofás.
  - —Déjame ver si lo encuentro por aquí...

Rebusco en las estanterías, pero me decido a coger el libro que estoy buscando del aparador. Me acerco a Alma, que ha tomado asiento y me acomodo delante buscando la página que quiero leerle.

Esa es la magia de la Navidad.

Cuando llegué a esta extraña realidad no era capaz de ver más allá de mis ideas. El interés por aumentar mi capital, por asentarme y por lograr ese soñado ascenso me tenía abstraído del mundo

que me rodeaba. Mi hermana y los niños se habían acostumbrado a mi ausencia y aunque seguían tirando de mí para que, por lo menos cenara con ellos en Nochebuena, era más que probable que algún día se dieran por vencidos. Habían acogido a Samantha como una más de la familia, pero no era consciente de que, tarde o temprano, ella también me dejaría por imposible y se marcharía de mi lado.

La noche anterior me había metido en la cama entre papeles, rehusando por enésima vez arropar a mis sobrinos porque debía asegurarme de que hasta el último punto de mi presentación estaba perfecto. Me jugaba el todo por el todo. Que los inversores apoyaran mi proyecto supondría un cambio radical en mi vida, y estaba tan enfrascado en lograrlo que, ni siquiera me había parado a pensar en las consecuencias.

Despertarme en ese ático en pleno centro de Nueva York ha sido el mejor regalo de mi vida.

—John, ¿vendrás a cenar este año?

No me merecía ni esa llamada de mi hermana. La había dejado sola, y encima me sentía un héroe por acogerles en casa tras la muerte de su marido. Esos niños no necesitaban los juguetes más caros, ni que les pagaran la mejor educación, solo querían a su tío, lo más parecido a una figura paterna que tenían.

- —Tengo que dejarte, Emily. Me llamas en mal momento.
- —Pero de verdad, John, necesito que estés aquí esta Navidad. Va a ser la primera sin...

Estaba rota y su voz lo evidenciaba. Si para ella era dificil levantarse de la cama y preparar la cena con esa silla vacía que la atormentaba, ver las caras de Mia y Michael era su mayor tormento.

Bajé del coche y advertí que la nuestra era la única casa sin decoración Navideña de toda la calle. Tampoco había tenido tiempo de ayudarla en eso, como me había pedido días atrás. Todos los días le prometía que al volver del trabajo me subiría a poner las luces. Estaba aleccionada y hasta había guardado la escalera bajo llave para que no se le ocurriera subirse.

Llevaba tres cajas y algunas bolsas colgando de los brazos. Tuve que llamar al timbre, y a los pocos segundos Emily abrió la puerta. Llevaba un jersey de lana blanca que acentuaba su vientre, a pocas semanas de dar a luz.

- —¿John?
- —¡Niños! ¿Quién viene a ayudar al tío? ¡Tenemos que dejar lista la casa o vendrá Papá Noel y pasará de largo!

Oí como correteaban por las escaleras dando gritos de alegría. La pequeña Mia rebuscaba entre las cajas de adornos los que más le gustaban mientras su hermano me ayudaba a bajar el árbol del coche.

- —¿Vamos a poner todas esas luces?
- —Y creo que voy a ir a por más. ¡Este año ganaremos el concurso de decoración del barrio!

Samantha me miraba sorprendida desde la cocina, removiendo el chocolate caliente que le había prometido a los niños.

—¿Te ha poseído el espíritu de la Navidad, así, de golpe?

Emily no terminaba de creer lo que veían sus ojos, pero su mirada ya no lucía apagada y eso era lo más gratificante de todo.

La casa no parecía la misma. El árbol reflejaba la dualidad de gustos de mis sobrinos. Estaba repleto de piruletas grandes y galletas de jengibre de todas las formas y tamaños. Mía no había parado hasta que su madre se había puesto con la masa del pan de jengibre. Quería hacer sus propios adornos, y a Samantha se le había ocurrido que colgáramos galletas decoradas. Michael había colgado todos los adornos con formas de animales que había encontrado y, cuando Mía se despistaba, le daba un bocado a alguna que otra galleta del árbol.

- —Me encanta —suspira y me parece un momento mágico. Hacía mucho tiempo que no leía algo mío a alguien de una forma tan íntima. Me mira con los ojos brillantes y sonríe encandilada—. Así que me vas a tener toda la noche con las manos en la masa —murmura rompiendo el silencio. Me río y asiento, dejando el libro sobre la mesa—. Pues te advierto que la repostería y yo no nos llevamos demasiado bien. En el resto me defiendo, pero los dulces…
- —Me daré por satisfecho si conseguimos colgar una. Yo y la cocina tampoco somos demasiado amigos.
  - —Creo que aquí falta mi tía.
- —Cómo echo de menos París—suspira con un molde de la Torre Eiffel en sus manos.
- —Es una ciudad preciosa. Mi madre nos llevaba mucho cuando yo era pequeño. Cuando papá tenía que trabajar, ella compraba los billetes y nos llevaba a mis hermanos y a mí a pasar el fin de semana. Recuerdo pasear por Les Champs-Élysées y por la ribera del Sena. A veces subíamos a uno de esos barcos que te llevan por el río para ver la ciudad. Me fascina la Isla de los cisnes y los jardines de Luxemburgo.
- —Hasta hace unos meses pasaba todos los días por allí para ir a la universidad.
  - —¿Estudiaste en París? —pregunto sorprendido.
- —Sí. Cuando chocamos en el aeropuerto volvía a casa después de siete años viviendo allí.
  - —Vaya... debe ser increíble.
- —Adoraba sentarme a contemplar la arquitectura de los puentes, o pasear por alguno de sus museos, o por las boutiques de zapatos —se ríe.
  - —Mi hermana diría lo mismo.
- —¿Y a quién no le encanta una ciudad así? Yo echo mucho de menos estar allí. Me falta el café que sabe a café y mi croissant de mantequilla calentito. Extraño ver arte a cada paso, y respirar la libertad de su cultura. Y el pan. No he probado jamás un pan tan bueno como el de allí.
- —Por no hablar del queso —le digo cerrando los ojos, como si evocara el sabor intenso de ese manjar.
  - —Parecemos dos abuelitos nostálgicos, rememorando viejas batallas.

Me la quedo mirando y nos reímos. Vuelve a centrarse en la masa que trata de estirar con un rodillo.

Siento una conexión inexplicable. Parece que fuéramos amigos de toda la vida. Tenemos muchas cosas en común, y creo que, aunque todavía le cuesta dejarse llevar y abrirse a mí, empiezo a ganarme su confianza.

Me río como un niño chico escuchando sus aventuras en París mientras esperamos a que las galletas estén listas. Le sirvo una copa de vino y me siento con ella en el sofá. Su expresividad y frescura me recuerda a mí cuando era pequeño. Detrás de esa mujer responsable, sensata y disciplinada se esconde una muchacha espontánea, y noble. Sus ojos brillantes me cuentan mucho más que sus palabras.

- —No me has hablado de tu familia, ¿tienes hermanos?
- —No, soy hija única, y menos mal porque no sé si alguien más habría aguantado a mi madre. Aunque como para llevarse bien. Es la presidenta del Club de Campo de Marbella y cuando más se codea con ese tipo de gente, peor humor gasta —explica indignada.
  - —¿Y tu padre el presidente?
- —No—se ríe—. Mi padre es el único cuerdo de la casa. Es el director del Marbella Club Hotel.
  - —¿En serio?
  - —Esa no te la esperabas.
  - —Para nada.
- —Yo he salido un poco más sencilla. Me gusta apreciar las pequeñas cosas. Todos acabaremos en el mismo lugar, y allí no hay dinero que te haga diferente. —Me asombra la rotundidad de sus palabras. Parece una chica con los pies en el suelo.
  - —Y por eso te marchaste a estudiar a París.
- —Admito que alejarme de toda esa vida extravagante fue un alivio, pero tampoco es que estuviera huyendo de mi madre. No obstante, ahora, después de madurar lejos de casa, intento vivir mi día a día de la manera más tranquila que puedo. Sin reproches, órdenes, discusiones, y cosas que son el pan de cada día al lado de Margaret Martín.
- —¿Margaret Martín? ¿No es la dueña de la galería de arte Noir de Marbella?
  - —La misma... —murmura con un mohín.

### De la paz a la guerra

Me despierto asustada por un estruendo. Achino los ojos al recibir en mis pupilas un destello de luz, y trato de entender dónde estoy. Siento calor en mi espalda, y sigo vestida con la misma ropa que llevaba ayer. A mi alrededor solo veo estanterías con libros, y el rostro de mi tía acaba por esclarecerme que estoy en la librería. Mi mente, algo más despierta me ayuda a recordar que Alejandro me trajo hasta aquí anoche, y al darme la vuelta le veo dormido, reclinado en el sofá justo detrás de mí.

- —Buenos días, corazón. Veo que habéis pasado la noche aquí —me dice mi tía acercándose a mí. Las luces de navidad siguen encendidas y mis ojos se detienen en el manuscrito del último libro de Alejandro, que sigue sobre la mesa. Todavía no me lo puedo creer—. ¿Alma? —insiste mi tía.
- —Nos debimos quedar dormidos. Hemos estado toda la noche haciendo galletas —le aclaro levantándome.
- —Han quedado preciosas. Álex me comentó que quería decorar la tienda de forma especial, pero no imaginaba esto —me dice observando las piruletas colgadas del árbol—. Si no fuera porque sé que estoy en mi tienda pensaría que estoy metida en uno de sus libros. Es increíble —murmura curioseando las bandejas de galletas—. ¿Hago café? Me parece que te vendrá bien. Y a él también cuando despierte —se ríe.

Le miro y tengo que parpadear repetidas veces para cerciorarme de que no estoy en un sueño. Tantos años imaginando el simple gesto de cruzar cuatro palabras con él y ahora, que estoy más cerca que nunca, algo dentro de mí me grita miedo. No quiero volver a ser esa adolescente que le quería en silencio y que sufría por tenerle cerca.

- —No, tía, será mejor que me vaya. Tengo turno en el hospital y no quiero llegar tarde.
- —¿No le vas a decir nada? —me dice tras el mostrador, manejando la máquina de café.

—Dile que he tenido que marcharme. No quiero despertarlo —balbuceo acelerada tratando de recoger mis cosas para salir cuanto antes.

Un taxi me lleva al hospital de nuevo, pero decido coger el coche. Es temprano y hasta medio día no tengo turno, así que quiero darme un poco de tiempo para pensar en todo lo que está pasando.

Conduzco absorta. No tengo rumbo. Solo quiero pensar, y conducir siempre me ha ayudado a aclarar mis ideas. Miro de reojo el fajo de papeles que llevo en el asiento del conductor. *Cuéntale a las nubes*. He escuchado muchas veces ese título en los últimos meses. En sus entrevistas se le dibujaba una sonrisa nerviosa cada vez que lo pronunciaba. Recuerdo cuando lo anunció en las redes sociales, y cuando presentó la portada al mundo. Adoro ese punto vergonzoso que tiene. Denota humildad. Es uno de los grandes escritores del momento y él sigue pareciendo el mismo chico tímido y modesto del instituto.

No sé si es instinto, pero detengo el coche justo en la puerta de la que había sido mi casa hasta hace poco. Es domingo y estoy segura de que mi madre está en el club de campo. Es el día de mayor ajetreo allí, así que dudo que pueda permitirse faltar. Eso sería perderse alguna novedad de última hora en la charleta durante el *brunch* con sus amigas.

Entro en el garaje para dejar el coche y veo un flamante Audi Q7 rojo. Aspiro ese olor a nuevo de la tapicería de cuero que me evoca a los viajes en coche con mi madre, cuando me llevaba al colegio. Y es que la señora Martín si no se cambiaba el coche cada seis meses, y lo lucía frente a las madres de mis compañeras de clase, no se quedaba tranquila. Ahora ya se ha vuelto una costumbre.

Bruce me da la bienvenida a casa. Sale del jardín de atrás como si fuera a comerme, y poco le falta porque acabo en el suelo, bajo el dominio de sus lametones que me dan a entender lo mucho que me ha echado de menos.

—Vale Bruce, va, déjame levantarme —le digo intentando ponerme en pie—. ¿Vamos a ver a papá? Venga, ven, vamos con papá. —Camino seguida por él hasta el despacho de mi padre, y antes de llegar a la puerta, que está entreabierta, oigo su voz. Debe estar hablando por teléfono. Me decido a entrar, pero no consigo verle, está de espaldas, con su gran sillón de oficina que le cubre hasta la cabeza. Me siento en una de las dos sillas que tiene frente a su mesa, y espero acariciando a Bruce, que agradece mis mimos. Cuando acaba de hablar, minutos después, y voltea su silla, pega un brinco, pero enseguida sonríe.

—Mamá no está —me informa quitándose las gafas y dejándolas sobre la mesa con cuidado. —Lo sé, por eso he venido. —Él sonríe de nuevo y asiente un par de veces. —¿Qué tal está mi pequeña? ¿Cómo te va en el hospital? —Bueno, estoy aprendiendo mucho, y me encantan los niños, ya lo sabes. —Pero... —No hay peros, papá —le digo negando con la cabeza. —Sé que hay peros, Alma. Has venido para verme, pero algo te ronda la cabeza. ¿Qué te hace padecer? —Tengo tantas cosas en la cabeza que no acabaríamos nunca de hablar. —¿Un chico? —masculla. Me mira serio. Sé que se preocupa por mí y que me conoce como la palma de su mano. No podría ser de otra forma. —Digamos que dos. —Vaya —dice asombrado, luego suspira. —No es lo que estás pensando. Uno de ellos es Rodrigo, el hijo de los Márquez. Es mi tutor en el hospital, y es un poco... —¿Se está portando mal contigo? —No creo que mal sea la palabra, pero me agobia un poco. —¿Te agobia? ¿En qué sentido? —Nada, papá, de verdad. No tienes por qué preocuparte—. Él se levanta. Sabe que no quiero decirle más para no inquietarlo con mis cosas, pero sé que no me va a presionar para que se lo cuente. Se detiene justo detrás de mí y me rodea con sus brazos. —Lo único que te digo es que no se puede ir a trabajar todos los días a disgusto, así que, si no te sientes bien, lo dices y que le pongan solución. Y

Caminamos hasta la cocina con Bruce, yo me siento en los taburetes de la barra americana y papá saca de la nevera un par de tartas a medias.

vamos a por algo de comer que llevo aquí desde las siete de la mañana, y no

—Y ahora, antes de que me dé un bajón de azúcar por lo del otro chico,

—¿Esta roja o la de zanahoria?

si tengo que hablar con alguien, lo haré.

—Lo sé. Gracias, papá.

he comido nada.

—Tú por aquí, ¡qué alegría!

—He venido a verte.

- —Pues yo de ti dejaría las dos por aquí —le digo sosteniendo el tenedor —. ¿Es que ahora mamá está haciendo la dieta del pastel o qué?
- —Más quisiera. Son del viernes, que tuvimos fiesta otra vez —me explica rebufando. Me corta un pedazo de cada y me las sirve en un plato.
- —Por lo menos sacas algo bueno —le digo degustando un trozo de Red Velvet—. ¡Esto está buenísimo!
- —¡Vaya, la hija perdida! —Su voz casi me hace atragantarme. ¿Se puede saber qué hace aquí? Trato de serenarme y vuelvo a hincarle el diente a otro trozo de tarta—. Y veo que las malas costumbres no han cambiado.
  - —Buenos días a ti también.
- —¿Ya te has quedado sin dinero y vienes a pedir limosna a la pesada de tu madre?
- —No, mamá. He venido a veros, pero ya veo que mi visita no es de tu agrado.
- —Dirás que has venido a ver a tu padre porque sabías que tu madre no estaba en casa, pero te ha salido mal la jugada porque a tu querida mamá se le han olvidado unos papeles y ha tenido que volver a por ellos.
- —Mamá, en serio, ¿no puedes darme un poco de tregua? He venido en son de paz, aunque creas que lo único que pretendo siempre es joderte.
  - —¡Niña, esa boca!
  - —Es verdad, discúlpeme, señora aristócrata.
- —No tienes remedio, con lo bien educada que te tenía, y esas dos niñatas con las que vives mira cómo te están volviendo.
  - —Venga chicas, vamos a calmarnos un poco —interviene mi padre.
  - —Sí, será mejor que me vaya —murmuro bajando del taburete.
  - —Eso, haz lo de siempre. Huye, que es lo tuyo.
  - —Si no tuviera una madre tan metomentodo, no me haría falta.
  - —Así me agradeces lo que he mirado por ti todos estos años.
- —¿Por mí? ¿De verdad tienes la cara de decir que has mirado por mí? Pero si a ti lo único que te preocupa es no quedar mal delante de tus estirados amigos del club. Si es que a eso se le puede llamar amigos.
  - —¡Eso no es cierto!
- —¿Ah no? Y qué me dices de tu «Niña, no estudies arte que ese mundo no tiene futuro», «Medicina es una carrera que puede garantizarte una buena posición y un nombre» «Rodrigo es el hombre perfecto para ti. Sería un buen partido»
  - —Eso lo he hecho siempre por tu bien.

- —No mamá, por mi bien no, por el tuyo. ¿Cuándo me has dejado elegir lo que yo quería hacer?
  - —Cuando seas mayor, me lo agradecerás.
- —Ya soy mayor, mamá. Aunque no te hayas dado cuenta ya no soy la adolescente a la que manejabas como te daba la gana,
- —Sí, de eso me he dado cuenta. No sé en qué momento pensé que sería buena idea que fueras a estudiar a París con esas dos.
- —Esas dos son lo mejor que me ha podido pasar. Y alejarme de ti me ha hecho ver que lo último que quiero es seguir tus pasos. ¿Para qué? No quiero convertirme en una estirada y una amargada como tú.
  - —¿Has escuchado lo que acaba de decir, Alberto?
- —Entérate de una vez; sigo estudiando medicina porque me gusta, no porque me lo exigieras tú. Y escúchame bien porque solo lo repetiré una vez. No voy a casarme con Rodrigo. Si tanto le quieres, te lo quedas tú. Y más vale que se lo adviertas antes de que termine denunciándole por acoso.
  - —Eres una desagradecida.
  - —Y tú una dictadora.

Mi madre se hace la gran ofendida, como siempre que discute con alguien. Monta sus numeritos, y a los dos minutos, como si nada hubiera pasado. Mi padre sigue en pie, a nuestro lado. Esquivo a Margaret, y voy a despedirme de él.

—Cuando quieras verme ya sabes dónde estoy. Siempre serás bien recibido, papá —le digo besándole la mejilla—. Te quiero.

#### Enamorada de ti

Me despierto oliendo a café y al abrir los ojos entiendo que estoy en la librería de Abril y que me quedé dormido en el sofá con Alma.

—Buenos días, dormilón. ¿Te apetece una taza de café? ¿O prefieres chocolate?

Abril me ofrece una taza que tomo en seguida. Me levanto y la sigo hacia el mostrador. El reloj marca las nueve de la mañana, y trato de buscar por todos los rincones de la tienda a Alma, pero no está.

- —¿Y Alma?
- —Ha salido hace un buen rato. Me ha dicho que tenía que marcharse porque tenía turno en el hospital.

Me parece extraño que se haya marchado tan rápido, sin despedirse y excusándose en el trabajo. Recuerdo haber oído que no entraba al hospital hasta mediodía. ¿Le habrá pasado algo?

—Desde que he entrado me siento allí—me cuenta Abril señalando mi libro—. Sabía que no me equivocaba dejándote hacer. Habéis hecho un gran trabajo. A tus lectores les va a encantar.

Me tomo el café mientras la tía de Alma me interroga y filosofa un rato acerca de lo complicado que les resulta a los escritores vivir de sus libros.

Está entusiasmada con la idea de hacer la presentación en su librería y no ha parado de dar ideas. Me da total libertad para preparar el evento, y quiere encargarse ella de la merienda que ofreceremos a los asistentes. Tiene todos mis libros expuestos en el escaparate y no me deja marcharme hasta que no se los he firmado todos. Me cuenta lo mucho que disfruta leyendo mis historias y cómo se sintió leyendo algunas escenas. Es una mujer encantadora, divertida y vivaz.

Acuerdo con ella algunos detalles que todavía hay que pulir para que todo salga perfecto el día de la presentación, y decido volver a casa porque sé que mi madre estará preocupada por haber pasado la noche fuera. Y es

que, por muy mayor que sea ya, una madre nunca deja de sufrir por su hijo, o eso es lo que dice ella.

- —Buenos días, ¿queda café?
- —Te he guardado un poco antes de que tu cuñado se diera con él—. Cojo la taza que me ofrece mi madre, y le doy el beso de buenos días.
  - —Siéntate y te preparo unas tostadas con aguacate
  - —¿No me vas a preguntar nada?

Ella sigue a lo suyo. Con su delantal blanco impoluto, corta un par de rebanadas de pan que deja en la tostadora mientras empieza a cortar el aguacate.

- —Me imagino que has estado con esa chica de la que no me quieres contar nada. No sé qué tendrá para que lo lleves todo con tanto secretismo. Parece buena chica —me dice sirviéndome el plato. Le hago un gesto indicándole que tome asiento a mi lado.
- —No es lo que estás pensando. Somos amigos. Es la pediatra de las niñas y, además me está ayudando con la presentación del libro.
- —¿Y esa cara de preocupación que traes es por la presentación, o por la ayudante? —pregunta con sorna.
  - —Mamá.

Tuerzo el gesto y ella esboza una sonrisa burlona.

- —Come, anda, que se te van a enfriar las tostadas —me dice levantándose de la silla. La retengo justo antes de que salga de la cocina.
- —Cuando yo mismo entienda lo que está pasando serás la primera en saberlo.

Sonríe y me deja solo con el desayuno.

Y me quedo pensando en eso. ¿Qué está pasando con Alma? Mi móvil suena y veo un mensaje.

«¿Se ha despertado el bello durmiente?

He tenido una mañana horrible, y entro ahora a la consulta. ¿Podemos vernos después? Necesito hablar con alguien.

PD: Soy Alma, vi tu número de teléfono en el manuscrito»

—Pensé que habías olvidado que existo —le digo sobresaltándola al llegar al lugar en el que hemos quedado. Salgo del coche y le doy un par de besos.

- —Llevo un día horrible —suspira.
- —Ya me he dado cuenta. Ni me has dado los buenos días. —Agacha la cabeza y cierra los ojos. Inspira lentamente y deja salir el aire en un suspiro ahogado, como en un leve mohín—. ¿Me sigues? —le digo señalando el mirador.

Subimos la calle entre fachadas blancas y balcones engalanados con flores de colores. Alma sigue callada, observando el horizonte con el semblante serio y el paso lánguido.

—Buena elección. —Contempla el paisaje en silencio—. Hacía años que no venía por aquí.

Paseamos bordeando las vallas hasta que decidimos sentarnos en un poyete desde donde podemos ver toda la costa de Benalmádena.

- —Siento lo de esta mañana. Llevo unos días un poco agobiada murmura rompiendo el silencio. Acerco mis manos a las suyas para brindarle calor y esboza una pequeña sonrisa.
- —No tienes que pedirlo. Al contrario, gracias a ti por ayudarme a decorar y a hacer las galletas. Creo que tu tía se habría asustado si las hubiera hecho yo. Además, entendí que te marcharas. Soy un dormilón y, con los días que llevo…
  - —Eres un trozo de pan.
  - —Si yo soy un trozo de pan, ¿tú qué eres? ¿Un bollito?

Puedo darme cuenta del momento justo en el que sus mejillas adquieren un tono rosado, y su gesto me dice que se muere de vergüenza.

- —Gracias por confiarme el manuscrito de tu nuevo libro. Significa mucho para mí. No sabes las ganas que tengo de tener un ratito para sentarme y disfrutarlo. Ah, y por las entradas. Vi que me las habías dejado dentro —me dice risueña—. Iré encantadísima con las chicas. Será mi primera presentación tuya.
- —Vaya... pues espero que te guste. De hecho, había pensado en invitarte a ver los ensayos.
  - —¿Vas a hacer un ensayo?
- —Sí, como he organizado yo esta presentación y no es muy habitual, el equipo de la editorial quiere tenerlo todo controlado y me han dicho que haremos un simulacro o algo así. Además, tenemos que decidir qué fragmento leeré en cada ciudad, como voy a estar de aquí para allí con la promoción y las firmas, ahora era el momento perfecto para hacerlo.
  - —¿Vas a hacer firmas de libros?

- —Sí. Todavía no sé dónde serán, pero han programado tres o cuatro. No se lo cuentes a nadie, ¿eh? Todavía no puedo decir nada. —Sonríe y me mira con ternura.
- —Gracias por confiarme estas cosas. Te prometo que no se lo contaré a nadie
- —Me gusta hablar contigo, y hablando de confiar cosas, ¿Qué ha sido tan horrible esta mañana?

Mira al frente y luego agacha la cabeza. Entrelaza sus manos pensativa y suspira.

- —Es mi madre. Creo que nunca le había dicho lo que pienso sin pararme a pensar en las consecuencias. Sé que es una mujer fuerte y que me quiere a su manera, pero hoy ya no podía más. Supongo que todo me está superando un poco.
  - —Por lo que me cuentas, parece tan diferente a ti...
- —Algo de ese carácter obstinado he heredado, pero en la mayoría de las cosas somos como el agua y el aceite. Lo peor de todo es que no sabe aceptarme como soy, y la época en la que dirigía mi vida a su antojo ha pasado. No se ha dado cuenta de que tengo veinticuatro años.
  - —¿Y qué pretende? —Se encoje de hombros y resopla.
- —Que sea su reflejo. Quiere que sea una doctora de éxito, que me involucre en el club y que aprenda a ser una buena anfitriona. Y por si no tuviera yo bastante, se ha empeñado en casarme con Rodrigo.
  - -Rodrigo...
  - —Mi tutor. El de la consulta.
- —¿Vas a casarte con él? —me atrevo a preguntar. Ella me mira al instante, con los ojos abiertos y el gesto desencajado.
- —Ni loca —grita. Se queda callada y escucho su respiración pausada y profunda. Sigue con la mirada perdida. Apoya sus manos en sus piernas y se cubre la cara con ellas—. Es complicado. —Vuelve a quedarse callada y desvía la mirada de nuevo, esta vez al mirador—. Rodrigo es hijo de la mejor amiga de mi madre. Nos conocemos desde pequeños, y aunque nos llevamos algunos años, mi madre y la suya han estado planeando nuestro futuro juntos desde que tengo uso de razón. Mamá ha intentado meterme a Rodrigo hasta en la sopa, y esa fue una de las razones por las que me marché a estudiar a París. Creía que con el tiempo se les pasaría a todos esa manía de emparejarnos.

- —Pero no ha sido así.
- —Para nada. Creo que, ahora, hasta él mismo se ha creído la pantomima. Cuando se enteró de mi admisión en el hospital movió cielo y tierra para ser mi tutor. Es espantoso y agotador tener que aguantarle. No se cansa de invitarme a cenar o a tomar algo. Como siempre rehúso sus invitaciones, el otro día me preparó una encerrona para que fuera a cenar a su casa
  - —¿Y no has hablado con alguien para que te cambien de tutor?
- —Sí, estoy esperando a que me digan algo, pero temo que Rodrigo se entere, al final no consigan cambiarme, y me haga la vida imposible.
- —Pues entonces tendré que partirle la cara. —Levanta la mirada enseguida y al ver mi gesto, suelta una carcajada.
  - —Gracias por escucharme.
  - —Estaré aquí siempre que me necesites.

El viento se cuela entre las ramas de los árboles bailando con sus hojas en un compás que se entromete en el silencio de nuestra conversación. Las luces de la costa de Benalmádena se contraponen con la oscuridad del mirador. Veo su rostro en los destellos de luz que llegan de allí abajo. Su expresión es relajada y serena. Como si ese viento, que también juega con su pelo, la apaciguara. Y en el silencio de la noche algo dentro de mi cambia. No sé por qué, y tampoco sé cómo describirlo. No entiendo por qué en mi teclado las palabras fluyen como corrientes de ríos y hoy no soy capaz de soltar algo decente entre mis labios. Solo me nacen suspiros ahogados entre la fresca brisa de la madrugada.

Vuelvo a mirarla y pienso en el poco tiempo que hemos pasado juntos. Hace apenas unas semanas no sabía de su existencia y ahora no quiero dejar de verla.

- —Eres tan bonito como pensaba en el instituto —masculla.
- —¿En el instituto?
- —Sí. Siempre pensé que eras un buen chico, que tenías un gran corazón, y no me equivocaba.
  - —Me sorprende que me recuerdes así. Yo no sabía demasiado de ti.
  - —Lo sé. Créeme.

La miro y cierra los ojos sonriendo.

- —Te vas a reír.
- —¿Por qué?

Hace una pausa y la observo expectante. Ella sigue con una media sonrisa en la cara y algo pensativa.

—Yo era una niña. Acababa de cumplir catorce años cuando te vi por primera vez. Recuerdo exactamente el momento en el que mis ojos se cruzaron con los tuyos, o eso pensaba yo. Después me di cuenta de que esperabas a una de tus compañeras, pero ya no podía dejar de mirarte. Tenías el pelo algo más largo que ahora. Te dejabas los dos últimos botones de la camisa sin abrochar y al salir te quitabas esos incómodos zapatos del uniforme y volvías a tus deportivas. Recuerdo que siempre andabas con algún libro en la mano. Tu mochila era roja, y aunque cada curso la cambiabas, siempre la comprabas del mismo color.

Llegabas siempre diez minutos antes de que sonara el timbre, pero te quedabas en la puerta con tus amigos hasta el último momento. Te observaba jugar a fútbol por la ventana y adoraba verte sonreír cada vez que el balón entraba en la portería. Y cuando leías alguna de las obras que habías presentado a concurso para los certámenes de literatura, la voz se entrecortaba y el papel temblaba entre tus manos.

Soñaba que me sentaba a tu lado en la biblioteca, donde, aunque a veces estudiabas, la mayor parte del tiempo te veía leyendo cualquier novela que te había llamado la atención.

Nunca me atreví a hablar contigo. Ni siquiera sabías mi nombre, así que, ¿qué podía decirte?

Estaba tan enamorada de ti...

### Por partida doble

Todavía no sé cómo tuve el valor de confesarle que pasé parte de mi adolescencia enamorada de él. Tenía que obviar que no había dejado de pensar en él en todos esos años, y que reencontrarnos había aflorado ese sentimiento que nunca acabó de marcharse.

- —Buenos días —murmuro al entrar a la consulta. Rodrigo está sentado revisando unos papeles y ni se molesta en mirarme.
  - —Doble turno —espeta.
  - —¿Cómo? —le pregunto.
- —Que tienes turno hasta las doce en urgencias, Alma. ¿Tengo que volver a repetirlo? —me dice en un tono más imbécil de lo habitual.
  - —¿Y eso por qué?
- —Porque por si no lo sabía, Srta. Torres, existen los turnos hasta de 24 horas seguidas, así que no se queje, que usted ha de hacer unas cuantas menos.
  - —Estupendo.

Vuelvo a coger mis cosas y salgo dando un portazo. ¡Será idiota! La rabia me carcome por dentro y cuando paso por el despacho de la Dra. Olivera, se me pasa por la cabeza la idea de contarle lo que me está pasando porque ya no sé quién puede ayudarme.

Llamo a la puerta y enseguida recibo respuesta. Al oírme entrar me mira.

- —¡Alma!, pasa, pasa. ¿Qué necesitas?
- —Buenos días —le digo cerrando la puerta. Me adelanto hasta su escritorio y me indica que me siente.
  - —Vengo por un tema un poco delicado...
  - —Cuéntame.
- —Me gustaría pedir un cambio de tutor —suelto así, sin más. ¿Para qué me voy a andar con rodeos? Me mira seria y se quita las gafas.

- —Tenía entendido que habías pedido que te asignaran al Dr. Márquez.
- —Lo tenía mal entendido entonces. No fui yo la que pedí esa asignación. Técnicamente fue él. Su madre y la mía son amigas, y se empeñó en que sería buena idea llevarme.
  - —¿Y has tenido algún problema?
- —No me siento cómoda con él y preferiría trabajar a gusto. Sé que esto no es un juego, que estoy aquí para aprender. Entiendo que esto es un empleo y que no es normal que alguien se queje de su superior y pida un cambio. Eso en la vida real no sucede. Puede parecer una niñería, una pataleta o un impulso, pero quiero evitar cosas antes de que esto llegue más lejos —me mira compasiva, porque sé que entiende lo que mis palabras no se atreven a contarle. Asiente seria.
  - —Entiendo que no quieres hacer una queja formal.
- —No, una queja no. He pedido el cambio de tutor, pero imagino que, si no les doy otra alternativa, no me lo concederán. Después de tanto esfuerzo, lo único que quiero evitar es que mi expediente quede marcado por esto.
- —A mí me encantaría ayudarte, Alma, pero con todo el trabajo que tengo me sería muy complicado aceptar a alguien más.
  - —¿Y no pueden hacer un cambio? —insisto.
- —Pues a no ser que hables con tus compañeros y alguno de ellos quiera cambiarte el tutor, no veo que podría hacer.
- —Entiendo. No pasa nada. Supongo que tendré que acostumbrarme. Gracias de todas formas.

Me levanto de esa silla con más peso sobre mis espaldas que el que cargaba al entrar. Me apresuro en llegar a la puerta para salir de allí y refugiarme en algún lugar en el que nadie pueda molestarme.

- —Alma—la doctora vuelve a reclamarme y me giro para mirarla. —Si las cosas se complican, mi despacho estará siempre abierto para ti. No tienes por qué consentir algunas cosas. Quiero que lo tengas claro. Y recuerda que él no es tu jefe.
  - —Pero escribe mis informes.
  - —Si crees que no es justo contigo puedes pedir una revisión.

El resto del turno ha sido caótico. Por suerte no he tenido que verle la cara a Rodrigo, pero el trajín de las urgencias me agota. Cómo se nota que ha empezado el colegio, que los niños se pasan los virus de unos a otros

como si fueran piojos, y que algunos se hacen los enfermos para no ir a clase.

Vuelvo a casa con la única intención de meterme en la cama y dormir las dieciséis horas que he hecho de turno. Aparco y casi muero del susto al oír el claxon de un coche, frente a mí

- —Buenas noches.
- —Alejandro, ¿qué haces aquí a estas horas?
- —He perdido el móvil, quería hablar contigo y no me atrevía a acercarme al hospital, por si te complicaba las cosas con tu tutor.

Sonrío y bajo del coche. Es adorable.

- —¿Sería mucho pedir que vinieras conmigo a la librería? Tengo que volver a Madrid mañana para terminar de preparar lo de la gira de firmas y me gustaría dejar lista la decoración. Sé que es tarde, es que no sabía que saldrías a estas horas.
  - —El imbécil de Rodrigo —farfullo.
- —Me gusta la cena —murmuro abriendo el bote de helado de Ben & Jerry's.
- —Lo siento, estaba escribiendo y cuando me he dado cuenta de la hora, era demasiado tarde para encontrar algo más decente.
  - —Helado para las penas. Además, es mi favorito.
  - —¿Cómo qué para las penas? ¿Otro mal día?
  - —Ni me lo recuerdes. No sé qué voy a hacer.
- —¿Y por qué, en lugar del cambio de tutor, no intentas cambiarte de hospital? Me temo que, a pesar del cambio, si tienes que seguir viéndole la cara por los pasillos, estarás igual de incómoda.
- —Ya, si tienes razón, pero es que se me han quitado hasta las ganas de seguir con la especialidad. No sé, tal vez lo que necesito es darle un giro a mi vida.
  - —¿Y tienes plan B?
- —Podría. Si mi madre fuera una persona normal, le pediría que me dejara trabajar con ella en la galería.
  - —¿Y por qué no lo haces?
- —En primer lugar, porque después de la bronca del otro día, no creo que sea el mejor momento de pedírselo. Además, si entrara, estaría

recordándome todo el tiempo que estoy allí gracias a ella. Luego está el tema de Rodrigo. Por mucho que dejara el hospital, mi madre siempre se inventaría alguna excusa para invitarle.

- —¿Y si te la dejara llevar a ti?
- —No conoces a mi madre. Por encima de su cadáver. —Alejandro me escucha mientras envolvemos las galletas con celofán para poder colgarlas del árbol—. Igualmente, sería una tortura. Mi madre no entiende de arte, solo la mueve el dinero, y aunque ha traído exposiciones increíbles, es una pena que desaproveche esas cuatro paredes como lo hace. Ese lugar podría ser algo extraordinario, pero siempre exponen los mismos. Los que le reportan más beneficios. Podría darle la oportunidad a gente joven.
- —Como tú, por ejemplo. —Me quedo callada y sigo trasteando las luces pensando en lo que acaba de decirme. —Lo mío es solo un hobby, pero adoro el arte y sé apreciarlo. Yo solo digo que esa galería, en manos de la persona adecuada, sería mucho más enriquecedora.
  - —¿Sabes? Alguien me hizo reflexionar hace poco.

Pasamos de estar guiados por un sistema educativo que apenas te permite decidir sobre tu futuro, a salir al mundo laboral sin la madurez necesaria para decidir qué queremos hacer con nuestra vida. A veces decidimos apostar por nuestros sueños, otras nos sentimos más cómodos en esa zona de confort.

Mírame a mí. No ha sido fácil porque al principio todo el mundo te dice que ser escritor no es un trabajo y que unos pocos afortunados pueden vivir de ello. Y me rendí. Me acomodé hasta que conocí a alguien que me abrió los ojos. No hay sueños inalcanzables, Alma. Dicen que lo imposible solo cuesta un poco más.»

Sus palabras me reconfortan y recuerdo exactamente la carta en la que le escribí eso. Entiendo, entonces, que para él no son un simple trozo de papel con cuatro palabras vacías, que echar a la basura.

Le miro, y sigue serio, pero cuando sus ojos se cruzan con los míos, sonríe.

- —Vaya monólogo te acabo de soltar.
- —Para nada. Tienes razón, y te agradezco que me ayudes. —Sonríe y toma mis manos entre las suyas. Se acerca y puedo sentir el calor de su cuerpo. Me tiemblan las manos, las piernas y juraría que el resto del cuerpo también. Mis sentidos son incapaces de atender otros estímulos. Le miro a los ojos. Creo que nunca los había visto tan cerca. Imagino que esa

curiosidad tan mía me ayuda a aguantarle la mirada, al menos unos segundos.

Su perfume es el de siempre. Recuerdo seguir su rastro, a su paso, por los pasillos del instituto. Adoraba ese aroma y hoy me embriaga y me devuelve a esos años.

Sus dedos siguen acariciando mis manos frías. Juegan entre sí entrelazándose como si bailaran.

Mis oídos me devuelven su respiración pausada, ese pequeño jadeo de su aliento que siento ya en mi piel.

Cierro los ojos cuando un estruendo nos asalta. Alguien golpea la puerta y los dos nos miramos asustados. Alejandro se levanta y se acerca a la entrada, pero yo no puedo. Yo sigo paralizada, tratando de interiorizar lo que ha estado a punto de pasar.

## Quimera

# Querido Alejandro,

No sé cómo puedo agradecerte que me envíes estas invitaciones. Estoy muy emocionada y no veo el momento de tener el libro en mis manos.

No te prometo asistir al evento porque no sé si las circunstancias me lo permitirán, pero te agradezco que hayas pensado en mí. Eres un ángel.

Te he visto y escuchado estos días en todas las entrevistas y no me canso de ver lo orgulloso que estás de este nuevo tesoro.

En cuanto a mí, he pasado una temporada un poco regular, pero gracias a ti los días se me hacían menos pesados y siempre conseguías sacarme una sonrisa al final del día. A veces me pongo a releer tus cartas y me quedo dormida entre tus palabras. Es reconfortante.

Te adoro, Alejandro.

Te mando un abrazo infinito.

Recuerda que siempre estaré bajo tu misma luna.

Cada vez que leo sus cartas me dan ganas de abrazarla y espero poder hacerlo tarde o temprano.

En Madrid las cosas se van acelerando solas. Tengo una montaña de libros para firmar, algunas sesiones de fotos y entrevistas. Confío plenamente en Alma y en Abril, que se han quedado a cargo de los detalles de la presentación.

El frío de la capital es insoportable a estas alturas de diciembre. Qué ganas tengo de que llegue de nuevo el calor, por lo menos si tengo que estar de un lado para otro.

He vuelto a Luna porque tenemos reunión para acabar de cerrar la promoción y para hablar de la nueva gira de firmas. Cuando llegamos a la sede nos recibe Natalia y el equipo de marketing con Angélica a la cabeza y Sofía para temas de comunicación.

—Antes de salir por esa puerta tenemos que dejar zanjados un par de temas importantes —anuncia Natalia—. Vamos a ir paso a paso, y por prioridad de *timing*. Angélica, cuando quieras.

—Perfecto. Empezamos por la promoción. El mismo viernes tenemos cerrada la presentación y firma en Málaga a las siete de la tarde. El jueves nos acercaremos para asegurarnos de que todo está listo y esa misma mañana he concertado algunas entrevistas con medios de Málaga. Al día siguiente nos vamos todos para Sevilla. Tendremos entrevistas por la mañana y la firma a las seis. Y el día ocho volvemos a Madrid para el evento en Callao.

#### —¿En Callao?

Natalia sonríe cuando la miro con el gesto descompuesto y entonces recuerdo haber escuchado esas palabras en alguna otra reunión, como algo imaginario.

- —Te va a encantar, Alejandro. Hemos cerrado algo muy especial para la presentación aquí, en Madrid. Van a preparar una tarima en la plaza para que podamos hacer la presentación y después subirá el público para que les firmes el libro. Hemos contratado a una banda que tocará canciones de Navidad durante el evento. Vendrán los medios, y medio Madrid va a saber quién es Álex Montaner —me explica ilusionada Angélica.
  - —¿Pero todo está confirmado?? ¿Es seguro? ¿Es real?
- —Tan real como que estamos aquí hablando del evento editorial del año. Es la primera vez que movemos algo así. Confiamos plenamente en ti y en tus lectores.

Todavía estoy tratando de hacerme a la idea. Me parece un sueño poder presentar el libro en un evento tan importante. Después de tanto trabajo y de tantos años en la sombra tratando de que algún editor con la mente abierta aceptara leer alguno de mis manuscritos y me diera su voto de confianza.

Camino nervioso por los pasillos de Luna mientras mi cabeza está en su nube. Y me viene a la mente Alma. Me muero de ganas de contarle lo feliz que me siento porque voy a vivir un sueño que ni siquiera me había atrevido a soñar.

Llevo un par de días sin verla y la echo de menos. Pienso en lo a gusto que me siento cuando estamos juntos, y en el cariño que le he cogido en tan pocos días. Alma es una mujer especial, y reúne todos los valores que siempre he admirado en una persona. He pasado los últimos días reviviendo en mi cabeza la noche que pasamos juntos en la librería y creo que, si la

policía no hubiera venido a comprobar si éramos un par de ladrones, las cosas serían distintas.

Pero Esther también ocupa mis pensamientos. Es una relación tan diferente y especial que es inevitable sentir curiosidad y querer más. Quiero saber quién es esa mujer que un buen día decidió coger papel y lápiz para mandarme sus sentimientos. Me pregunto si seguiría dando vueltas en mi cabeza si la hubiera conocido o si hubiera llegado a mí de forma distinta.

Seguro que le emociona tanto como a mí saber que voy a presentar el libro en Callao.

- —Buenas tardes—. Reacciono al oír la voz. Me giro y descubro a una chica joven, con el rostro lleno de pequeños lunares, los ojos de un verde grisáceo y la sonrisa bonita. Sus caracoleados cabellos pelirrojos contrastan con el tono blanquecino de su tez. Me mira con los ojos brillantes, sonriente —. No puedo creer que por fin te conozca en persona. ¿Sabes la de veces que he correteado por la redacción intentando dar contigo? Siempre me avisaban cuando venías, pero por mucho que te buscara, no había forma de dar contigo —me dice acelerada. Abro la boca para saludarla, pero vuelve a interrumpirme—. Soy Greta, la becaria de ficción y una gran fan tuya, y de tus libros. Es increíble la forma que tienes de conseguir que el lector entre en cada uno de los escenarios y las escenas de tus novelas. Adoro a tus personajes casi tanto como a ti —articula atropelladamente.
- —Encantado de saludarte, Greta. Me alegra que te gusten tanto mis libros. Gracias por darme un voto de confianza, y por tus palabras.
- —¿Te importaría firmarme uno? Siempre me guardo alguno en mi mesa por si vienes y tengo la suerte de toparme contigo, como hoy. Si me acompañas, mi mesa está aquí mismo —titubea.

#### En las nubes

—¿Alma? —me grita Helen, una de las recepcionistas de la zona de pediatría. Dejo de curiosear por la ventana, y me giro hacia ella—. Estás en Babia, niña. Buenos días.

- —Buenos días, Helen.
- —Yo de ti me pasaba por el otorrino.
- —Perdóname, hoy no sé dónde tengo la cabeza.

Lo cierto es que tengo clarísimo dónde tengo la cabeza; en las nubes. Vaya mierda de mañana. Hoy estoy algo más espesa de lo normal porque no he podido pegar ojo en toda la noche pensando en Alejandro y en lo que pasó y no pasó el otro día. Además, no paro de darle vueltas a qué excusa voy a ponerle porque la supuesta Esther de las cartas, no acudirá a la presentación.

Estoy empezando a pensar que en algún momento tendré que contarle toda la verdad. Se me hace una montaña pensar en esa conversación, en qué va a pensar de mí y de todas las mentiras que he tenido que contarle para que no me descubriera. Por no hablar de que me va a odiar y no va a querer saber nada más de mí. Y eso, después de tantos años soñando con él, pesa. Y mucho.

Hace unos días que no sé nada de él y le echo de menos. ¿Y él? ¿Me habrá echado de menos?

En su última carta a Esther me contaba que estaba muy ilusionado porque iba a presentar el libro en un gran evento en la Plaza Callao de Madrid. Si me dieran un respiro en el hospital, me escaparía para presenciar ese momento en vivo. Me hace muchísima ilusión que esté cumpliendo sus sueños y que el mundo reconozca el talento que tiene.

Por suerte las cosas por aquí se han calmado un poco. Rodrigo está menos pesado por el volumen de trabajo que estamos teniendo, pero yo sigo esperando impaciente el fallo de dirección.

Carolina apenas pasa por casa porque también la tienen absorbida en el hospital, y Esther, cuando está, se pasa el rato durmiendo. Mi padre me ha llamado varias veces para ver cómo sigue todo, y de la fiera sigo sin saber nada.

Empujada por mi racionalidad, que lucha por ganar la partida, camino deprisa hacia la consulta. Hoy me vuelve a tocar turno de mañana. Me estoy acostumbrando ya a esto. Rodrigo me recibe como cada día, sentado en su silla, con cara de perro pachón y atendiendo a sus cosas. Minutos después de entrar y revisar la agenda, Rocío, una de las recepcionistas, abre la puerta de la consulta y me pide que la acompañe para verificar unos papeles. Al salir, me para en uno de los pasillos.

—No he querido decirte nada delante del doctor Márquez, pero te he venido a buscar porque te llaman de dirección.

#### —¿De dirección?

Con los nervios a flor de piel me encamino hacia el despacho del director del hospital con paso ligero. En la entrada su secretaria me impide el paso antes de abrir la puerta.

- —¿Dónde cree que va, señorita? Le informo que el señor Robles está reunido y no podrá atenderla si no pide cita. —La miro de arriba abajo y resoplo sonoramente.
- —Pues yo le informo que me ha llamado él. —Arruga la frente y corre a su mesa. Empieza a rebuscar entre el desorden que tiene por allí encima y sonríe victoriosa al encontrar un sobre que alza con energía.
- —Esto es para usted, gracias por venir —me dice haciéndose la simpática.

Salgo sin despedirme y busco un rincón tranquilo para abrir ese sobre en el que tantas esperanzas tengo puestas.

Estimada residente Torres Martín,

Recibida su petición N.º 32478976123Q-ST procedemos a la revisión de dicha solicitud para darle la resolución más satisfactoria.

Lamentamos comunicarle que no podemos atender su petición. En este momento no contamos con suficientes facultativos para proceder al intercambio, pero tendremos en cuenta su demanda en un futuro próximo.

Atentamente,

- —¿Siempre tienes que salir la última? —Esther me sobresalta.
- —¿Qué haces aquí?
- —¿Te has olvidado del ensayo o qué? Pasan de las tres, y me dijiste que fuera puntual, que Alejandro nos esperaba allí a las cuatro. Tenemos veinte minutos de camino y luego la odisea de aparcar en el centro de Málaga a estas horas, ¿quieres espabilar? —Miro el reloj y veo que faltan diez minutos para las tres y media y no quiero hacer esperar a Alejandro. Me adelanto para buscar entre la multitud de coches el mío, y lo diviso al final del estacionamiento. Mierda, cuando más prisa tengo.
  - —¿Alma? ¡Alma! —me grita Esther zarandeándome.
  - —¿Qué? —bufo.
- —Que te pongas el cinturón, corazón, que con lo despistada que estás nos damos contra un árbol y sales volando.
  - —Perdona —suspiro—. Hoy no es mi día.
  - —¿Otra vez el pesado ese?
  - —La resolución —le digo señalándole el sobre.
  - —¿Y bien?
  - —Nada, que no hay nadie para llevarme porque todos están asignados.
- —Bueno, Alma, no te pongas en lo peor. Tú le das un par de leches a ese idiota, y ya verás lo rápido que te deja en paz. Y si ves que no entra en razón no te preocupes que ya iré a dársela yo. —Agradezco que me haga reír. Esther siempre tiene salidas para todo.
  - —¿Así que al final te has podido cambiar el turno?
- —Sí, se lo he pedido a una compañera y me ha dicho que no había problema. Pero Carolina me ha llamado para decirme que no ha habido forma, y que trabajará hasta tarde.
  - —Pobre, vaya meses lleva, también...

Le comenté a las chicas lo del ensayo porque pensé que les haría ilusión y supongo que a Alejandro no le importará. Además, así voy acompañada. Me daría vergüenza encontrarme allí sola con él y su gente.

Encuentro hueco para aparcar justo delante de la tienda de mi tía. Enseguida le veo. Está parado frente a su coche y al verme sonríe.

- —Pensé que me habías plantado.
- —Perdona, es que he ido a recoger esto —le digo enseñándole la carta.
- —¿Es lo de Rodrigo?

- —Es la resolución. Denegada —le informo. Tuerce el gesto y me mira compasivo.
  - —No te desesperes. Para la próxima —me anima. Esther carraspea
- —Perdón. Ella es Esther, no sé si te acordarás. Es una de mis amigas, y también mi compañera de piso. Le he dicho que podía venir, espero que no te moleste, pero sé que también le hace ilusión.
  - —¿Esther? —murmura mirándola, algo descentrado.
  - —Encantada de volverte a saludar, guapísimo.

Entramos y está todo listo. Mi tía Abril va nerviosa de un lado a otro para que todo esté perfecto. Alejandro saluda a algunas mujeres que están al fondo de la tienda, junto al atril que han preparado para que lea algunos fragmentos de la novela.

Nos pide que nos acerquemos para presentarnos a su equipo. Por una parte está el personal de Luna, la editorial en la que publica, y por otro Cristina, su agente, y Dani, su mejor amigo y ayudante.

Cristina nos acomoda en la primera fila de sillas que han dispuesto para la presentación. Me apoyo en Esther para no sentirme observada, y nos sentamos.

Mi tía se acerca emocionada y me cuenta que Alejandro le ha dejado varios libros firmados y que le ha dedicado uno especialmente para la tienda, que quiere enmarcar.

Le miro y está concentrado. Atiende serio a las explicaciones de su editora, y repasa varias veces el libro. Me muero por escuchar de sus labios un pedacito. Me hubiera gustado devorar el manuscrito, pero con lo cansada que llego a casa, apenas he leído un par de capítulos.

- —¿Qué te pasa, mujer? —me dice Esther embobada mirando al frente.
- —Estoy muy nerviosa.
- —Pues respira porque el moreno de la izquierda no me quita la vista de encima, y lo último que quiero es tener que llevarte al hospital infartada.
- —¿Ya te has enamorado? —le digo rodando los ojos. Esta chica no cambia.
  - —No me digas que no está para mojar pan. Es guapísimo —suspira.
  - —Cállate, anda, que nos van a oír.

### El gran día

Ha llegado el gran día. Hoy sale a la venta mi quinto libro y todavía no me acostumbro a esta sensación. Apenas he dormido y estoy tan nervioso pensando en la presentación de esta tarde que no puedo esperar a que llegue la hora. Salgo de casa temprano. Desde que publiqué mi primer libro que mantengo el ritual de pasearme por las librerías el día en cuestión para verlo expuesto. Me gusta ver cómo los libreros lo colocan y la reacción de los compradores al verlo. Es emocionante.

Camino hasta el coche y entonces veo su edificio. No puedo reprimirme y me acerco para proponerle que me acompañe. Creo que ha llegado el momento de que alguien comparta conmigo estas tradiciones.

Esther, su compañera de piso, me avisa de que está en el hospital, así que decido acercarme. Al preguntar por ella me informan de que está en pediatría. Me acerco al consultorio, pero solo encuentro a Rodrigo.

- —Buenos días, venía a ver a Alma. ¿Está por aquí? —Alza la vista y arruga la frente.
  - —Sí, está en urgencias, trabajando.
  - —¿Sabes si acaba el turno pronto?
- —Creo que son cosas que no tengo por qué referirle. La señorita Torres está trabajando, y no deben molestarla en su horario laboral, por lo que, si tiene intención de verla, tendrá que ser fuera del trabajo. —Definitivamente entiendo a Alma y lo difícil que se le hace soportar a este tipo. No pensé que se atrevería a hablarme así, pero si lo hace conmigo no quiero imaginar cómo debe tratarla a ella.
- —No se preocupe, la esperaré fuera —le digo saliendo de la consulta—. De todas formas, estoy pensando que tiene usted toda la razón, no molestaré más a la señorita Torres durante su horario laboral. Espero que usted tampoco lo haga fuera de ese horario y del Hospital, no creo que su jefe lo vea bien, ¿no cree? —le espeto antes de cerrar la puerta.

Malhumorado salgo en dirección a las urgencias del hospital. Me acerco a una muchacha que está recibiendo a los pacientes para el triaje.

- —Disculpa, ¿sabes si está por aquí la Dra. Torres? —me mira con cara de susto, y de golpe sonríe y asiente.
  - —Si —balbucea.
- —¿Y puedes decirme si le falta mucho para terminar el turno o puedes avisarla de que la estoy buscando? —Se queda callada, mirándome absorta y tengo que chasquear los dedos y repetirle la pregunta.
- —Sí, sí, perdona, voy a preguntarle, espérame aquí. Vuelvo enseguida —murmura atropelladamente. En un par de minutos vuelve, algo más calmada.
- —Me ha dicho que la esperes en su coche, en media hora acaba el turno. —Le agradezco la ayuda y me tiende un papel para que le firme un autógrafo.

#### —¿Nervioso?

Escucho su voz y al darme la vuelta la veo ojerosa, esbozando una sonrisa cansada.

- —Un poco. No quería molestarte, seguramente tendrás ganas de meterte en la cama.
- —No te preocupes, dormí un rato después de la presentación. Es que Rodrigo me ha llamado a las tres de la mañana para que venga a echar una mano en urgencias. Estaban totalmente colapsadas. Pero esta mañana se ha calmado un poco la cosa y he podido echarme en un sofá un ratito.
  - —Es que venía a pedirte un favorcillo.

Hace una mueca divertida y se cruza de brazos.

- —Así que un favor. Cuéntame entonces, supongo que será importante, para que vengas a estas horas de la mañana.
- —Si casi no he dormido. Hoy ha salido el libro y en un rato abren las librerías, y me gusta pasearme para verlo con mis propios ojos.
  - —¿Quieres que te acompañe? ¡Debe ser emocionante verlo!
- —Me encantaría que vinieras. Si quieres te llevo en mi coche, si estás cansada y prefieres que conduzca yo.
- —Si, será mejor. Estaría bien que llegaras sano y salvo a la presentación de esta tarde.

### El escritor del año

Compramos un par de cafés y unos dulces para amenizar el paseo. El centro de Málaga empieza a despertar, aunque todavía hay poca gente por sus calles. Alejandro se emociona como un niño pequeño al ver su libro en los escaparates. En una de las librerías más grandes de la ciudad tienen el libro expuesto en las vitrinas principales con un gran cartel en el que anuncia la publicación del libro, junto a una frase que me enorgullece:

«Alex Montaner, el escritor del año»

Entramos en diferentes tiendas y algunos de sus dependientes le reconocen y le piden que les firme algunos ejemplares y que se haga fotos con ellos. Alejandro está encantado, puedo verlo en sus gestos y en su perpetua sonrisa. Habla con algunos de sus lectores, se toma fotos y no se cansa de estampar su firma en cada uno de sus flamantes libros nuevos. Parece que sea la primera vez que publica, o por lo menos se le ve tan emocionado como si fuera un escritor novel que vive el primer lanzamiento de su libro. Es increíble que después de tanto éxito siga conmoviéndole cada pequeño detalle.

- —Ha sido increíble.
- —Lo ha sido. Y tus lectores te adoran. Tratas a cada uno como si fuera especial y único. Eso me parece asombroso teniendo en cuenta la cantidad de personas que te siguen.
- —Es que por muchos que sean, a cada uno de ellos les debo muchísimo. Gracias a cada uno de los libros que vendo es que puedo permitirme el lujo de vivir de esto. De trabajar de lo que realmente me gusta y me hace feliz. Cada persona que decide comprar mi libro me está ayudando a que siga cumpliendo el sueño de mi vida. —Sonrío al escuchar sus palabras. Es justo igual que siempre había soñado. Tan noble, bueno, agradecido, humilde y

trabajador. Es una persona increíble y no me canso de agradecer que el destino lo haya vuelto a poner en mi camino.

Se acerca el mediodía y Alejandro recibe una llamada de Cristina para ir a comer junto al resto de equipo. Él insiste en que le acompañe, pero no creo que sea buena idea. Será mejor que me marche a descansar, quiero cambiarme para estar presentable esta tarde.

Son las siete menos cuarto cuando Esther aparca el coche a un par de calles de la librería. Estoy nerviosa y a la vez ilusionada por poder estar presente en un acto así. Caminamos deprisa porque no quiero llegar tarde, y Carolina refunfuña porque se ha puesto zapatos de tacón y no está acostumbrada a ellos. En la entrada nos recibe Dani, al que Esther se acerca enseguida a saludar. Ni siquiera comprueba nuestras entradas, y nos acompaña hasta el interior, donde se respira un aire de novela de Alejandro en cada rincón. Suena música navideña y huele al chocolate caliente de mi tía. Hay galletas decoradas, nubes y caramelos en diferentes fuentes, repartidos por todo el local.

Diviso el perímetro en busca de Alejandro. Debe estar preparándose. Cristina viene a saludarnos y nos acompaña hasta las sillas que tenemos reservadas en primera fila. Allí me encuentro con sus padres, su hermana y sus sobrinas. Lucía corre hasta mí y me abraza. Me explica que ya corre y juega con su tío porque no le duele el pie. La madre de Alejandro y su hermana me cuentan lo nervioso que estaba al llegar, y que seguramente Cristina le habrá dado algo para calmarlo.

La librería está llena. No cabe un ápice en la sala. Decido tomar asiento y reparo en las dos sillas vacías que me separan de su hermana. Cierro los ojos nerviosa, imaginando su mirada fija en esos asientos en los que espera encontrarla.

¿Cómo voy a arreglar todo esto?

- —Es espectacular. Espero que no haya sido tu tía la que ha pagado todo esto, porque se debe haber dejado un riñón —me dice Esther ayudándome a volver a la realidad.
- —Me siento dentro de una de esas películas de Navidad que dan el sábado por la tarde—bisbisea Carol.

—Chicas, os traigo una taza de chocolate para que disfrutéis de la presentación.

Mi tía nos va pasando los vasos. Se la ve tan feliz y orgullosa que no puede esconderlo. Estoy convencida de que esta presentación le va a abrir muchas puertas y va a lograr atraer a más clientes. Y nadie se lo merece más que ella, porque siempre ha sido una luchadora.

Natalia, la editora, le presenta con bonitas palabras y él sale sonrojado y con el semblante tenso. Está nervioso y me parece adorable. Además, está guapísimo. Lleva unos vaqueros oscuros y una camisa azul celeste que le resalta el tono de su piel. La acompaña con una americana azul marino y unos zapatos nuevos que brillan tanto como sus ojos. Me mira y me guiña el ojo en un descuido, mientras parte de su equipo comenta algunas cosas del libro. Alejandro se levanta y se acerca al atril para empezar a leer el fragmento que ha elegido. Y es una de mis partes favoritas del libro.

Mueve las manos continuamente, aunque intenta agarrarse al atril para apaciguar su inquietud. No le tiembla la voz, pero hace continuas pausas que parecen estar planificadas.

Al final de la lectura llega el turno de las firmas y prefiero quedarme de las últimas para no molestarle. Se pasa un buen rato con cada uno de los asistentes y ellos se marchan con su libro dedicado y una foto con Alex.

- —Vengo para pedirle que me firme el libro. Es una joya —le digo, y en cuanto me escucha levanta la mirada y me sonríe.
  - —¡Vaya! ¿Le ha gustado, señorita? ¿Ha podido acabarlo tan pronto?
- —Es que le voy a contar un secreto. —Me acerco a él para poder hablarle al oído sin que nadie logre escucharlo—. Un pajarito me regaló el manuscrito y me he pasado noches enteras en vela, porque no podía despegarme de sus páginas.
  - —Así que un pajarito...
- —Sí. Y creo que tiene usted unas manos brillantes, señor Montaner. Creo haber oído por ahí que le apodan "el escritor del año". La verdad es que a mí me ha dejado impresionada. —Sonríe de nuevo y hasta me atrevería a decir que mis palabras le han hecho ruborizarse.

### Cólera

Todavía no sé cómo ha pasado, pero Esther está sentada en las piernas de Dani con dos o tres cervezas de más, y él parece estar encantado. Alejandro insistió en que le acompañáramos a celebrar el éxito de la presentación junto a sus amigos y a su equipo de trabajo.

Esta noche está diferente. No sé si es porque lleva un par de copas encima o porque la valeriana de Cristina y el alcohol no casan bien. Llevo dándole vueltas a lo de Esther toda la noche, pero dudo que esté así de raro por ese motivo. Al fin y al cabo, ya le había avisado en mi carta de que probablemente Esther no podría asistir.

- —Debía haber previsto esto —le digo mirando el espectáculo que nos están brindando esos dos.
- —No te preocupes, Dani no tiene remedio tampoco. Dicen que Dios los cría y ellos se juntan —me dice riendo. Enseguida se levanta para ir a buscar otra ronda más. Miro las tantísimas botellas que hay sobre la mesa, y advierto que a la mía le quedan más de tres cuartos.

No sé si mi cabeza está empezando a hilar muy fino, y el alcohol poco le ayuda, pero llevo toda la noche con la sensación de que Alejandro me está evitando.

Decido acercarme a la barra de la especie de bar-karaoke/pub en el que hemos entrado. Busco a ambos lados, pero no hay rastro de él.

- —¿Has visto a Dani? Ha salido a contestar el teléfono y no lo encuentro por ninguna parte —me dice Esther apoyándose en uno de los taburetes. Hace amagos de subirse, pero la poca lucidez que le queda, apenas puede sostenerla y tengo que sujetarla del brazo para que pueda lograr su objetivo.
  - —Estará con Alejandro —farfullo.
- —¿Qué hablas de Alejandro? —me dice aturdida. Rebufo y me encantaría que Cristina no me hubiera dejado sola con ella, alegando que mañana tiene turno temprano.

- —Que tampoco lo encuentro —le explico finalmente—. Podríamos irnos ya, ¿no? Mañana tienes turno temprano y mira la hora que es.
- —Mira que llegas a ser aburrida. Cada vez te estás pareciendo más a Carolina. ¡Qué pesadas! ¿Dónde está la Alma de París?
- —Se quedó allí —le digo divisando en el fondo del local al par de desaparecidos—. Ten cuidado con Dani, ¿vale? Voy a hablar con Alejandro —le advierto antes de marcharme. Camino entre la gente como puedo. Esto está que parece nochevieja y la realidad es que mañana es un día laborable como otro cualquiera.
- —¿Tienes sed, hermosa? —oigo que alguien me pregunta. Hago caso omiso a sus palabras y sigo mi camino, pero enseguida siento unas manos aferrándose a mis caderas y suelto la mano instintivamente.
- —¿Qué pasó, gatita? —me dice un hombre con pinta extraña. Trato de ignorarlo, pero sigue con su particular verborrea—. Te ves aburrida. Si quieres salimos y te invito a tomar un trago. Estaremos más tranquilos.
- —Prefiero que invites a beber a tu madre —le digo volviendo a divisar a Alejandro. Niega con la cabeza y suelta una carcajada malévola. Vuelve a tomarme, esta vez del brazo y aunque intento deshacerme de él, tiene mucha más fuerza, y no me sirve de nada patalear.
  - —A la gatita le salieron garras —se mofa.
  - —¿Todo bien, cariño? —escucho su voz y respiro tranquila.
- —Estaba intentando explicarle a este idiota que sé beber yo solita, pero parece que no me entiende.
  - —¿Quieres que te lo repita yo?
- —No es necesario, tranquilo. Acabo de entenderlo—balbucea el tipo saliendo por patas.
  - —¿Estás bien?
- —Si, gracias por salvarme. Ya no sabía qué hacer. Él sonríe y asiente tranquilo.
- —La verdad es que poca ayuda necesitas. Te estabas defendiendo muy bien —se ríe.
- —Es que hay que ser estúpido para pretender algo con esas formas. No me voy besando por las esquinas con cualquiera. —Y en cuanto mi boca acaba de soltar tal disparate me llevo mentalmente las manos a la cabeza.

¿En serio acabas de decir eso, tonta?

—Acabo de hablar con Dani. Dice que se quieren quedar todavía un rato, pero yo ya estoy cansado. ¿Quieres que te lleve a casa?

Minutos después voy sentada en la parte trasera de un coche con Alejandro de copiloto y uno de sus amigos conduciendo.

¿En qué momento ha pasado esto? Es decir, ¿quién ha decidido que teníamos que ir acompañados de un tercero? No sé, seré yo que sigo con mi absurda teoría de que está evitando quedarse a solas conmigo, pero es que...claro que yo tampoco he ayudado a suavizar la situación.

- —Te acompaño —me dice cuando el coche para frente mi edificio.
- —No te preocupes, debe estar Carolina en casa. Estaré bien —le digo algo molesta por la situación.
- —Es tarde, vamos —insiste—. Lo único que pretendía era que llegáramos sanos y salvos. He bebido bastante y creo que tú también —me informa, entiendo que, para aclarar la situación, pero su seriedad no me deja mucho más tranquila. No hay quién entienda a este chico.

Y no sé si es ese punto relajado que me han dado las cervezas, el verle así de serio o su mirada perdida en esas sillas vacías, lo que me llevan a plantearme que ha llegado el momento de confesar.

Subimos en ascensor y caminamos en silencio hasta el piso. Trato de organizar en mi mente el discurso que quiero soltarle de un minuto a otro. Y ahora es cuando agradecería que se hubiera despedido de mí en el coche.

- —Bueno, gracias por acompañarme —murmuro girando la llave para abrir la puerta. Me gustaría que... —abro lo justo para ver algo realmente insólito—. ¿Qué haces aquí? —espeto abriendo la puerta del todo. Alejandro se tensa y avanza conmigo descubriendo a Rodrigo sentado en el sofá, completamente solo. —¿Y Carolina? —le digo examinando el resto del salón.
- —¿Por qué lo has hecho? —grita levantándose del sofá. Oigo la puerta cerrarse y veo a Alejandro justo detrás de mí—. ¿Por qué lo has hecho? repite alzando más la voz y zarandeando un trozo de papel delante de mis ojos.
- —¿Qué te pasa, Rodrigo? —balbuceo asustada por la expresión que veo en su rostro.
- —¿Qué me pasa? ¿Todavía preguntas qué me pasa? —se ríe perverso. ¡Siempre me he preocupado por ti! ¡Siempre! —grita fuera de sí. Retrocedo sobre mis pasos y siento las manos de Alejandro sujetándome—. Y después de todo lo que he hecho por ti, ¿ahora me lo pagas pidiendo un cambio de tutor? ¿Qué pretendes?
  - —Rodrigo, escúchame.

- —¿Estás intentando darte con la buena reputación que me he ganado durante todos estos años?
  - —Rodrigo no, déjame explicarte.
- —¡Eres una maldita estúpida! —me dice avanzando hacia mí. Alejandro es más rápido que él y se interpone entre su cuerpo y el mío.
  - —¡Cuidado con lo que dices y con lo que haces! —murmura firme.
- —¿Cuidado por qué? ¿Me vas a pegar? —se mofa Rodrigo caminando perturbado por el salón.
  - —Será mejor que te marches —balbuceo.
- —Será mejor que retires la petición, o lo vas a pagar muy caro —me dice aproximándose de nuevo hasta mi posición, quedándose apenas a unos centímetros de mí.

## Fuego

Casi sin tiempo a reaccionar Alejandro se interpone entre los dos y logra inmovilizar en el sofá a Rodrigo, que sigue gritando y pataleando fuera de sí.

- —¿No te ha quedado claro lo que te he dicho esta mañana en la consulta? Rodrigo se ríe a carcajadas como si estuviera loco. Suena escalofriante, y logra desatar la ira de Alejandro, que le suelta sin contemplaciones un puñetazo en la nariz.
- —¡Maldito hijo de puta! —grita Rodrigo forcejeando para intentar volverse, pero Alejandro parece cegado y sigue golpeándole.
- —Alejandro, por favor, ¡suéltalo! Deja que se vaya, por favor balbuceo inquieta contemplando la terrible escena. Tengo el cuerpo paralizado del miedo, con las piernas temblorosas y una sensación horrible de náuseas en el estómago. Me siento incapaz de moverme de mi posición, aunque temo que se hagan daño. Soy consciente de que lo que está pasando va a empeorar notablemente la situación. De un momento a otro Rodrigo logra deshacerse de Alejandro, lanzándolo al suelo y abalanzándose sobre éste, que queda atrapado entre el parqué y su cuerpo. Me ganan los nervios, y aunque quiero gritar, no logro hacerlo. Sigo inmóvil, viendo cómo se muelen a golpes, rezando para que dejen de pelearse.

Por suerte, la puerta se abre y aparece Esther, que no tarda en reaccionar, y tira de Rodrigo para levantarlo.

- —¿Estáis los dos locos? ¿Se puede saber qué está pasando? —grita—. ¿Tú qué haces aquí? Haz el favor de largarte ahora mismo o llamo a la policía —le espeta a Rodrigo sin alzar un ápice la voz. Sin decirle más, señala la puerta y éste escupe en el suelo y se vuelve hacia mí.
- —Esto no va a acabar aquí, ¿me oyes? Voy a hacer de tu vida un infierno—me susurra. Su aliento choca contra mi piel y siento que voy a

caerme al suelo en cualquier momento. Aún inmóvil, oigo como sale, dando un portazo.

Me rompo en un instante. Caigo al suelo, sentada sobre mis rodillas, y poco después sobre el piso, presa del pánico y de sus amenazas. Sollozo como una niña pequeña a la que no le quedan más fuerzas. Esther se agacha a mi lado y me acaricia el pelo con suavidad.

- —Cariño, ven, siéntate en el sofá —me dice ayudándome a levantarme y acompañándome para que me siente. La oigo alejarse cuando el roce de sus dedos sobre mi piel me hace reaccionar. Tiene el labio ensangrentado y una pequeña brecha en la ceja. También tiene sangre en la mano y en su camisa.
- —Dios mío mira que te ha hecho —logro articular acariciando su rostro. Cierra los ojos al contacto de mi mano y suspira—. Lo siento mucho. Todo esto es culpa mía. —Aún con los ojos cerrados esboza una pequeña sonrisa que me deja un poco más tranquila. Me lleno de valor y tomo su mano para que me acompañe hasta el baño. Quiero curarle la herida. Le pido que se siente y camino hasta a cocina para coger algo de hielo.
  - —¿Más tranquila? —me dice Esther, que prepara un par de tilas.
  - —Si, voy a curar a Alejandro. ¿Quedan bolsas de hielo?
  - —De guisantes —se ríe—. ¿Qué ha pasado, Alma?
- —Alejandro me ha traído a casa. Cuando he entrado, Rodrigo estaba sentado en el sofá, y ha empezado a gritarme. Alguien le debe haber dicho que he tramitado el cambio de tutor. El resto te lo puedes imaginar.
  - —¿Y qué vas a hacer?
  - —Pues por el momento dejar de guardar una llave bajo el felpudo.
  - —¡Qué mal rato he pasado!
- —Lo sé. Gracias por entrar en el momento justo. Unos minutos más y no quiero imaginarme lo que hubiera pasado. Por cierto, ¿sabes algo de Cristina?
- —No, pero debería estar aquí. No creo que siga durmiendo, con todo el escándalo que ha montado el idiota ese.
  - —Déjame que la llame.
- —No. Ve a curar a ese pobre chico que tiene la cara como un mapa. Yo la llamo, no te preocupes. Aunque me imagino que estará en el hospital. Alguna urgencia.

Siempre digo que Carolina es una de las personas más serenas y correctas de este mundo. Es resolutiva, sólida, incuestionable y sensata. Tenerla a mi lado me da la seguridad que me falta en muchas ocasiones, pero hoy Esther me ha dado una gran lección. Ella es la loca e insensata de la que hay que ir detrás para que no la pifie más de la cuenta. Le gusta ir de aquí para allá con quien sea y como sea, sin medir siquiera las consecuencias.

Cuando regreso al baño Alejandro me mira sonriente. Me agacho frente a él y cojo el suero fisiológico y una gasa para limpiarle las heridas. Reacciona al contacto de la solución salina arrugando la nariz.

- —Lo siento mucho —musito. Acerca su mano a mí para quitarme las lágrimas que descienden por mis mejillas.
- —Se me pasará. Soy un machote —me dice haciéndome reír. Sigo limpiándole las heridas de la boca y de la frente. Ese bruto le ha partido el labio y la ceja, aunque no quiero imaginar cómo le ha dejado Alejandro porque parecía un histérico cuando lo tenía en el suelo.
  - —Gracias
- —No voy a dejar que te haga daño —me dice tomándome del mentón para que le mire. Asiento y vuelve a limpiar las lágrimas que siguen cayendo. —Tienes que denunciar lo que ha pasado hoy.
  - —No puedo.
- —¿Que no puedes? Lo que no puedes es permitir que siga tratándote como quiera, Alma. No puedes dejar que se salga con la suya.
- —Si le denuncio será peor. Y sé que no es justo, pero te pido que tú tampoco lo hagas.
- —No me pidas eso. —Me aparta la mirada y sigo limpiándole la herida que tiene en la comisura del labio. Tras unos instantes de silencio, me coge de las manos para que me siente a su lado.
  - —Prométeme que, si te hace algo me llamarás al segundo.
  - —Para que volváis a pelearos.
- —Si tengo que partirle la cara, no dudaré en hacerlo, Alma. Ya te he dicho que no voy a dejar que te haga daño.
  - —No quiero que te deje la cara como un mapa.
  - —Peor de lo que la tengo... —murmura mirándose al espejo.
  - —Eres un caso.
  - —Prométemelo —insiste mirándome a través del espejo.

- —Te lo prometo si te pones esto —le digo cogiendo la bolsa de guisantes. —Ahí —le señalo la ceja, mientras me mira receloso. Asiente y se lo acerca poco a poco hasta que lo deja caer suavemente y da un respingo.
  - —Está frío —se queja.
  - —De eso se trata. ¿Quieres que te prepare una tila?
  - —¿No tienes algo más fuerte? No estoy nervioso, estoy cabreado.

Salgo del baño en busca de Esther, que está en el salón tapada con la manta, viendo alguna película.

- —¿Hay Whisky o algo por el estilo?
- —¿Vas a beber? —me dice extrañada.
- —Es para Alejandro, aunque me encantaría beberme una botella de lo que sea con tal de olvidar lo que ha pasado esta noche.
  - —Solo quedan un par de latas de cerveza en la nevera.
  - —Supongo que servirá. —¿Y Carol?
- —En casa de su hermana. Su sobrino se ha puesto malo y ha ido a echarle un vistazo.

Cuando vuelvo, Alejandro está parado frente al espejo, tocándose las heridas.

- —Solo me queda esto —le digo alzando las cervezas.
- —Bien. ¿Puedo quitarme esto ya?
- —Deberías ponértelo un poco en el labio, o mañana parecerá que te has inyectado bótox.
- —Ah, entonces no me lo pongo —se ríe, pero me obedece enseguida. Me siento en el poyete de la ducha, a su lado y me atrevo a preguntarle algo que lleva rato en mi cabeza.
  - —No me dijiste que hablaste con Rodrigo en la consulta.
- —Entré a buscarte y no estabas. Le pregunté por ti y se puso chulito. Se pasó de listo y tuve que ponerle en su lugar.
  - —No tienes que ponerte en peligro por mí.
  - —Lo último que me provoca ese estúpido es miedo.
- —Pero todo esto puede perjudicarte. No quiero que te pase nada—le digo apoyándome en su hombro.
  - —Todo estará bien —me dice besándome la frente.

Nos quedamos unos minutos así, hasta que suena su móvil. Es su amigo, que sigue abajo esperándole. Alejandro se disculpa y le pide que se marche, que está cerca de casa y volverá caminando. Cuando cuelga me dice que es

mejor que vuelva a casa, y le acompaño a la puerta. Esther sigue en el salón, con el pelo mojado y el pijama puesto.

- —Buenas noches, Esther. Gracias por salvarme.
- —Gracias a ti por estar aquí. Si Alma hubiera estado sola a saber lo que podría haber pasado.
- —Mejor no pensarlo —murmura. Abro la puerta y le acompaño hasta el ascensor.
  - —Gracias por todo, de verdad.
  - —A ti por curarme.
- —Ponte hielo o algo frío cuando llegues a casa. Y tómate un ibuprofeno, evitará que mañana te levantes con todo eso hinchado. Alejandro sonríe y asiente.
- —Gracias Dra. Torres, seguiré sus recomendaciones al pie de la letra bromea. Le doy un pequeño empujón y abre la boca.
  - —¿Me quieres pegar también? ¡Pero serás mala!

Empieza a hacerme cosquillas y me dejo hacer, quejándome sin mucho afán. Qué bien se siente estar así, envuelta entre sus brazos.

—Te prometo que no volverá a hacerte daño —me susurra. Todavía abrazada a él, le miro y acerco mis manos a su rostro para acariciar esas heridas que me duelen mucho más a mí que a él. Cierra los ojos. Piel con piel. Le oigo suspirar mientras dibujo sus labios con la yema de mi dedo y lo único que siento es que quiero más, que le quiero a él, a él y a sus labios sobre los míos. Y así lo hago. Me acerco lo justo para sentir su aliento en mi piel. Su respiración se acelera cada segundo que pasa mientras mis dedos siguen acariciándole. Sigue abrazándome, pero poco a poco deja de ejercer fuerza y sus manos caen, liberándome de su cuerpo. Y no sé si es el instinto, o el mero hecho que llevo deseando esto desde la primera vez que le vi, pero acorto la poca distancia que nos separaba, y atrapo su labio inferior entre los míos. Le beso despacio, sintiendo el calor de sus labios, la humedad de su boca, y el deseo que tenía guardado. Por un instante el miedo a no ser correspondida se apodera de mí, pero cuando mis labios se detienen, desatan en él un fuego incontrolable. Una de sus manos se hunde en mi pelo, buscando acortar la poca distancia que quedaba entre su cuerpo y el mío. Me toma con firmeza, mordiendo dulcemente mis labios, y ahogándome en un apasionado beso que me mata y logra resucitarme. Me sabe a hierro y a sal, a breve y a infinito, a dulce y a salado, a ese preciso instante en el que necesitas aire, y sales a la superficie.

Recorre mi espalda con sus dedos hasta apoderarse de mí, se mueve rápido, empujándome para que retroceda sobre mis pasos, hasta que la pared del ascensor, que no sé en qué momento se abrió, me inmoviliza entre él y su cuerpo. Separa sus labios y apoya su frente en la mía. Siento su respiración jadeante, entrecortada, tratando de recuperar la normalidad. Su aliento choca con el mío, porque vuelve a mis labios, pero esta vez en un beso suave, corto y casto. Y vuelve a hacerlo en mi nariz y en la frente, acariciando mi rostro con sus manos al mismo tiempo. Quiero que el tiempo se detenga. Quiero quedarme aquí, así. Para siempre.

### Por lo menos en Marte

Por fin, por fin ha llegado el gran día: nueve de diciembre. Hoy tendrá lugar la presentación y la firma del libro en el gran evento de Callao. Pasan unos minutos de las seis de la mañana y he optado por bajar al gimnasio del hotel porque los nervios me comen, y no quería seguir dando vueltas por la habitación como un tonto. Así que me he dicho: Alejandro, vamos a hacer algo provechoso, y aquí estoy, entre elípticas y estáticas, intentando descargar toda la adrenalina de más.

Llevo unos días sin ver ni saber de Alma. Después de todo lo que pasó aquella noche, salí de ese edificio más aturdido que otra cosa. Estoy preocupado porque sé que no le habrá sido fácil volver al hospital, pero aunque me hubiera decidido a llamarla, tampoco sabría qué decirle. Suena patético, pero es así. No obstante, también podría haberle escrito un mensaje para que no piense que he desaparecido de la faz de la tierra, pero supongo que es más sencillo darle vueltas y vueltas a lo del beso sin más, y dejar que pasen los días y que todo, en general, se enfríe. Y es que siento una sensación un tanto extraña. Está claro que ese beso implica algo más que dos personas juntando sus labios, pero me alarma enfrentarme a la realidad y curiosamente no sé por qué.

- —En qué planeta tienes la cabeza? —me interrumpe Dani, que se sube a otra cinta de correr, a mi lado.
- —Por lo menos en Marte —le digo bajando un poco la velocidad de la máquina.
  - —Te hacía durmiendo como un lirón.
  - —No he pegado ojo en toda la noche. Estoy nervioso.
- —Tranquilo hombre, sabes cómo funciona todo esto. Ya verás la de gente que vendrá esta tarde. Está todo preparadísimo. Saldrá bien, deja de comerte la cabeza.

<sup>—</sup>Ya...

- —No es eso, ¿no? ¿Es por Alma? ¿O por la chica de las cartas?
- —¿Qué? No, claro que no. Esther no tiene nada que ver.
- —No me había acordado de comentártelo, pero al final no vino a la presentación, ¿no?
- —No —le digo cabizbajo. —No sé por qué. Al final acabaré pensando que todo esto es una muy mala broma.
- —No lo sé, pero desde que llegaste a Madrid que traes esa cara de estúpido todos los días.
  - —Eso, tú anímame, que es lo que necesito —murmuro irónico.
  - —¿Me he perdido algo?
- —El otro día, cuando acompañé a casa a Alma después de la presentación, nos besamos.
  - —Eso está bien, ¿no?
- —No lo sé, ese es mi gran problema. Nos besamos, y ahora he desaparecido de su vida sin decirle nada. Me siento como un gran imbécil.
- —Pues eso tiene fácil solución. Llámala y dile que has estado muy ocupado con el trabajo, que tampoco es mentira...
  - —El problema es que no sé qué decirle.
  - —Es decir, que no sabes si quieres seguir viéndola.
  - —Es más complicado que eso.
  - —Pues chico, primero aclárate tú, porque no hay quién te entienda.
  - —Lo sé.
- —Bueno, me voy a hacer peso, y tú deberías irte a la ducha o llegarás tarde. Todavía tienes que arreglarte y desayunar.
  - —Si, será mejor—le digo parando la cinta. Te veo en el comedor.

Duchado, vestido, con el desayuno en el estómago y Cristina y Natalia por allí, nos disponemos a salir del hotel. Una furgoneta negra nos espera en la puerta para empezar la aventura. Hoy va a ser un día intenso. Empezamos con promoción por Madrid. La mañana se nos hace larga y paramos a reponer fuerzas en el primer japonés que hemos encontrado de vuelta al centro. En un par de horas me toca sentarme a firmar libros en la plaza de Callao, así que ahogo mis inseguridades en una bandeja de *sushi* y una copa de vino. Sin tiempo a mucho más, salimos de allí y enseguida me encuentro rodeado de una multitud de personas que esperan por mí en pleno centro de Madrid. Se me hace una auténtica locura.

Sube agitada. El guardia de seguridad abraza su cuerpo para que detenga su paso, y se tambalea en el frenazo. Me mira. Sus ojos se fijan en los míos desesperantes, deseosos de estar un poco más cerca. Brillantes, contraídos, a punto de romper en llanto. Sus brazos, sus manos se adelantan a ella. Los extiende tratando de tocarme, como si pudiera caminar con ellos hasta mí. Cristina está tratando de explicarme que le han pedido un poco más de tiempo al centro, porque todavía hay mucha gente en las vallas y quieren alargar la firma. Simplemente asiento y vuelvo a levantarme del taburete en el que llevo ya más de cuatro horas. El chico de seguridad le advierte algo y ella asiente repetidas veces, mirándome intermitentemente, con el cuerpo inclinado al frente, impaciente porque aquel tipo le quite las manos de encima y pueda correr de nuevo. Sonrío al verla avanzar. Intenta aparentar andar con total tranquilidad, pero no consigue disimular y traza los últimos metros con rapidez. Se abalanza hasta quedar totalmente pegada a mi cuerpo y solo me queda recibirla en mis brazos, intentando devolverle un poco de tranquilidad. Y sé lo que siente, porque yo también he estado al otro lado, aunque muy probablemente no con esa pasión que ella tiene. Sé que quiere parar el tiempo, para poder seguir abrazándome, para que no la suelte y que ese momento sea eterno.

- —Tranquila. Ya estás aquí. —Alza la mirada hasta encontrarse con la mía y vuelvo a sonreírle. Ella, con cierta dificultad, hace lo mismo.
- —No te imaginas la de veces que he soñado con este momento balbucea y vuelve a resguardarse en mi pecho.
  - —¿Cómo te llamas, bonita?
  - —Soy yo, Esther, y por fin estoy aquí, bajo tu misma luna.

Me deja paralizado. Busco con la mano el taburete para tomar asiento y sigo mirándola absorto. No puedo creer que esté aquí.

—Esther. ¿Eres tú?

Asiente, algo avergonzada y me levanto para envolverla en ese cálido abrazo que llevo demasiado tiempo esperando.

## El ángel de la guarda

El maldito coche sigue haciendo de las suyas, pero por suerte llego sana y salva al hospital. Están decorando la entrada con motivos navideños y es que la Navidad está a la vuelta de la esquina y solo pensar en la gala benéfica de Nochebuena, que organiza cada año mi madre, se me revuelve el estómago.

Margaret, sus amigos del club de campo, la élite social de la provincia, Anastasia y su hijo: Rodrigo. Cada vez que su nombre aparece en mi cabeza mi cuerpo se estremece, al igual que todos los días; para qué mentir. Sus insufribles órdenes, su mirada de cínico y la manera de tratarme ha empezado a angustiarme y a amargarme la vida. Pero no tengo más remedio que soportarlo, porque parece que el mundo se ha puesto en mi contra, y no hay forma humana de que me cambien de tutor. Lo he intentado incontables veces, yo y algunas de mis compañeras residentes, pero empiezo a pensar que las influencias de ese hombre van más allá de lo que mi mente podía prever.

- —Buenos días niña —me saluda Pilar, ofreciéndome un café. La sala de descanso está prácticamente vacía, pero no quiero entretenerme de más.
- —Gracias —murmuro dando un largo sorbo. Con el frío que hace le agradezco que me dé algo calentito.
  - —¿Has comido algo? Tienes mala cara, cariño.
- —He dormido mal, no te preocupes —le digo cogiendo la bata y saliendo en dirección a los consultorios.
  - —Buenos días —articulo entrando al despacho de Rodrigo.
- —Para quien lo sean. —Interpreto que está de mal humor hoy, así que voy a procurar hablarle lo menos posible.
- —¿Te ha dicho tu madre lo que pretende hacer este año en la gala benéfica?

- —No —balbuceo. No me apetece contarle que no me hablo con la susodicha.
- —Estarás contenta, va a ir tu amiguito, el escritor. Desde luego a tu madre se le está trastocando la cabeza.
  - —¿Quién va a ir? —pregunto incrédula.
- —¿Estás sorda? Te he dicho que tu amiguito, Álex Montaner —dice alzando la voz.
  - —No sabía nada.
- —Claro, tú nunca sabes nada. Lárgate a urgencias porque no tengo ganas de verte la cara. Ficha a las ocho si no hay colapso en urgencias, de lo contrario te quedas hasta media noche.

No me atrevo ni a resoplar, pero ya me estoy acostumbrando a que me ponga las horas que le dé la gana. Enfilo el largo pasillo que me lleva a urgencias pensando en lo que acaba de decirme Rodrigo. ¿Qué pinta Alejandro en la fiesta benéfica de mi madre? No entiendo nada.

Llevo dos semanas sin saber de él, desde el día que nos besamos en el ascensor, vaya. Ni una llamada, ni un simple mensaje... nada. Tampoco le ha mandado cartas a Esther. Parece que se lo haya tragado la tierra.

Primero pensé que era normal porque acaba de publicar el libro, y sabía que estaba en Madrid de promoción. Hasta le escribí una carta —como Esther—felicitándolo. Pero la semana siguiente estuvo firmando libros en el centro comercial de la Rosaleda, de nuevo aquí en Málaga, y aunque no pude ir porque me tocaba turno, pensé que vendría a verme y podríamos hablar. Pero no. Y puede que para él ese beso no fuera nada, y por eso se está comportando como tal, pero a mí ese beso me hizo entender que todo lo que sentía hasta el momento tenía una razón de ser. Y ya es tarde para volver atrás.

Ahora, después de tantos días sin saber de él, de pronto me entero que ha aceptado la invitación de mi madre, la misma con la que no me hablo, para asistir a su fiesta de Nochebuena.

Intento olvidarme por un rato de todo y centrarme en los niños, y aunque no me cuesta, porque son los más agradecidos del mundo, las doce horas se me hacen eternas. Las gripes se han adelantado este año y tenemos las urgencias colapsadas, así que me hago a la idea de que, hasta medianoche no podré salir.

Me escapo sobre las nueve para tomar algo, porque llevo todo el día a base de cafés y refrescos.

- —¿Se han puesto todos de acuerdo para venir hoy? —se queja Pilar apoyándose en la máquina de *vending* en la que estoy
- —Ya no siento ni las piernas —murmuro—. ¿Tienes un euro? Es que solo tengo billetes.
- —Si, espera —me dice sacando un monederito de su bolso. Me presta el dinero y consigo sacar una bolsa de tortitas de arroz de la máquina. ¿Alguna novedad con Rodrigo? ¿Ya has descubierto quién le dejó la cara así?
  - —Nada, ni idea. Y todo igual que siempre —resoplo.
- —A mí tampoco me aceptan el cambio de hospital, así que no eres la única.
- —Ya...bueno, me comeré esto por el camino porque me están esperando en un box.

El final del turno se me pasa volando gracias a una pequeña con varicela que me cuenta sus peripecias en el colegio. Rezando para que el coche no decida pararse en medio del trayecto, llego a casa deseando meterme en la cama. Las chicas duermen, así que intento hacer el menor ruido que puedo al ducharme porque con el frio que tengo soy incapaz de irme a dormir sin hacerlo. Minutos después mi espalda reposa por fin sobre el colchón y caigo rendida.

El timbre me despierta asustada. El reloj de la mesilla me descubre que son las tres y media de la mañana. Me levanto deprisa, temiendo que le haya pasado algo a Carolina o a Esther, pero al salir de mi cuarto oigo la voz de Esther y de un hombre en el salón. Al llegar no doy crédito. Alejandro camina por el pasillo y Esther intenta detenerle.

- —Alejandro —murmuro.
- —¡Alma! ¡Gracias a dios! Necesito que vengas, Elena está muy mal intenta decir ahogado en su propio nerviosismo. Sin decir nada más me vuelvo a la habitación y me visto corriendo. Le pido a Esther el estetoscopio que tiene, y vuelvo al salón dispuesta a salir por la puerta cuanto antes.

Corremos más que andamos, en silencio, hasta su casa. Su familia me recibe como si hubiera llegado su ángel del guarda. Su madre me guía enseguida escaleras arriba, y cuando llegamos a la habitación de la pequeña la veo sudorosa, roja y delirando. Toco su frente y compruebo que está ardiendo, así que lo primero que hago es pedirles que llenen la bañera

porque hay que bajarle la fiebre como sea. Al quitarle la ropa veo su cuerpo lleno de manchas y respiro un poco más tranquila.

Su madre me ayuda para sacarla de la bañera y a envolverla en una toalla. Volvemos a la habitación y paso a hacer las comprobaciones necesarias antes de darle nada. Cuando la pequeña está estable me limito a dar las indicaciones a sus padres y vuelvo al piso de abajo.

gracias por venir tan rápido. Estábamos muy asustados. No sabíamos si llevarla al hospital o llamar al médico, pero Alejandro nos dijo que vivías aquí al lado —me dice su madre.

- —No es nada, debe de seguir su curso habitual —le digo tendiéndole la mano.
  - —Te acompaño —me dice Alejandro abriéndome la puerta.
  - —No es necesario, estoy aquí al lado.
- —Es muy tarde, no quiero que te vayas sola —me dice caminando a mi lado.
  - —Voy sola.
  - —Pues me limitaré a caminar detrás de ti.
- —Alejandro —grita alguien. Ambos nos giramos y su hermana está en la puerta. —La niña te llama.

Sin más me alejo de allí, porque no se me ha perdido nada ni en su casa ni en su vida. Resulta que para lo que quiere, ya viene a buscarme.

## Por interés te quiero Andrés

- ¿Se puede saber qué haces? Llevas media mañana mirando por esa ventana me dice Esther entrando en la cocina a dejar los restos de su desayuno.
  - —Nada —murmuro sin apartar la vista de mi objetivo.
  - —Alma, que no soy gilipollas. —Rebufo y me vuelvo hacia ella.
  - —Estoy vigilando. Quiero que Alejandro salga de su casa.
  - —¿Qué dices Alma? ¿Qué te pasa?
- —No me mires así, es que tengo que ir a ver cómo sigue su sobrina y no quiero encontrármelo.
  - —Le tienes miedo, ¿o qué?
  - —Más bien me tengo miedo —le digo volviendo a mirar por la ventana.
- —Genial, ya sale. Me voy ya, espérame para comer. —Antes de salir por la puerta me intercepta y me hace mirarla.
- —Alma, lo que tienes que hacer es decirle lo que sientes y contarle toda la verdad de una vez, en lugar de huir de él.
- —Esther, lo que tengo que hacer es dejar de verme con él e intentar que se me pase esta tontería que tengo encima. Después de besarle creo que debió quedarle muy claro lo que me pasa, y el que huyó fue él, así que no tengo nada más que decirle. Yo le di a entender lo que siento y él se ha hecho entender también, así que punto final.
- —Ha estado trabajando, y lo sabes —me dice señalándome con el dedo y haciéndome reír.
- —Estaba aquí y lo sabes —le digo riendo—. Ayer bien que me vino a buscar para que curara a su sobrina. Yo a eso lo llamo "por interés te quiero Andrés".
  - —Si no hablas con él, no puedes prejuzgar.
- —Sí, sí que puedo, y lo estoy haciendo, con todo el derecho del mundo. Además, deja de decirme tonterías. No sé en qué momento pensé que

podría llegar a tener algo con ese chico. Es un escritor, ahora muy famoso y tendrá a millones de mujeres esperando a que chasquee los dedos para salir corriendo. Así que no pasa nada, solo tengo que olvidarme y seguir con mi vida. Como ya hice una vez.

- —Eres una terca.
- —Y con mucho orgullo —le digo zafándome de sus manos y corriendo hacia mi habitación para coger lo necesario.

Al llegar a su casa enseguida me abre su madre, que me saluda efusivamente. Parece que su hermana ha salido a por lo que le receté ayer para su hija, así que enseguida me hacen subir para visitarla. La pequeña Lucía en la puerta de la habitación de su hermana.

- —¡Buenos días, Alma! —me dice abriendo los brazos. Me agacho a su lado y le correspondo al abrazo.
  - —Buenos días, preciosa. ¿Qué haces por aquí? ¿No has ido a clase hoy?
  - —No, hoy tengo fiesta —grita efusivamente.
- —Hemos pensado que como han tenido contacto y Lucía todavía no ha pasado la varicela, es mejor que se quede en casa —me explica su abuela. Asiento y camino hasta la habitación de la niña.
  - —¡Buenos días! ¿Cómo está la princesa hoy?
  - —Me pica mucho —me dice rascándose.
- —Lo sé, cielo, pero no puedes rascarte porque puedes dejarte las marcas. Ahora vendrá mamá con la crema para que deje de picarte, ¿vale?

Empiezo con la revisión para comprobar que todo esté siguiendo su curso, y pronto me sorprende Alejandro en la habitación junto a su hermana.

- —¿Cómo la ves? —me dice Paula.
- —Ahora no tiene fiebre, pero es muy probable que a la tarde le suba, así que ten a mano el antitérmico que te di. Si ves que sube tanto como ayer, llámame —le digo tendiéndole una tarjeta—. Por lo demás la veo bien. Si ves que le pica mucho, hazle baños de agua templadita para que le alivie, o compresas frías y la crema tres veces al día.
  - —Muchas gracias, Alma —me dice Alejandro.
- —Pasad por la consulta la semana que viene. Así le llevamos el control desde allí y el Dr. Márquez le echa un vistazo general.
  - —Perfecto, Alma. Muchas gracias.
- —No es nada. Cuídate princesa —le digo a Elena acariciándole la mano.

- —¿Quieres tomar algo?
- —Se lo agradezco, pero no puedo. Tengo turno en el hospital. Nos vemos otro día.
  - —Te tomamos la palabra.

Me despido de las dos y cuando salgo, Alejandro viene detrás.

- —Gracias por preocuparte por Elena, de verdad.
- —No tienes que dármelas. Es una de nuestras pacientes.
- —Pero estabas fuera del horario de trabajo. Déjame agradecértelo. ¿Te parece si cenamos esta noche?
  - —No, Alejandro. Tengo turno.
  - —Acabas de decir ahí dentro que te vas ya al hospital.
  - —Pero acabaré tarde.
  - —Pues cenamos tarde, no hay problema.
- —No puedo, Alejandro, y me tengo que ir. —Hago el amago de irme, pero vuelve a detenerme.
  - —Por favor, solo una cena. Así hablamos...
  - —No tengo nada que hablar contigo.
- —Te entiendo. Sé que estás enfadada. Desaparecí y no ha sido lo más correcto, pero por eso mismo, tenemos una conversación pendiente.
- —Mira, Alejandro, será mejor que no compliquemos más las cosas. Tú me entendiste, y yo también te he entendido. ¿Qué más quieres?
- —Que me dejes explicarme. Por favor. —Intento que no lo note, pero es imposible no sonreír al ver su cara.
- —¿Eso es un sí? —me dice sonriente. Al instante me pongo seria y miro a un lado, pero vuelve a dejarme fuera de juego rodeándome con sus brazos—. Por favor.
  - —¿Se puede saber qué haces? —le digo intentando separarme de él.
- —Solo voy a soltarte si me dices que cenas conmigo —me dice en un mohín. Cierro los ojos y rebufo con fuerza.
  - —Alejandro que ya tenemos una edad. Deja de hacer el tonto.
  - —Pues ven a cenar conmigo.
  - —Tengo que irme que como llegue tarde, Rodrigo me crucifica.
- —Y yo le mato —murmura—. Alma, me lo debes. Que me dejó la cara como un mapa —se queja haciendo puchero.
  - —Salgo a las diez.

### Llueve

- Te ha salido el tiro por la culata, ¿eh? me dice Esther sentada en el sofá.
  - —¿Has estado mirando por la ventana? ¡No me lo puedo creer!
  - —Tú has estado toda la mañana ahí asomada.
  - —Por un motivo.
- —Claro, yo también lo tenía, no creas que voy a estar ahí perdiendo el tiempo.
  - —¿Ah sí? ¿Y se puede saber cuál?
- —Ver si conseguía que Alejandro llegara a tiempo. —Abro los ojos como platos al ver su cara de satisfacción.
- —Te voy a matar, Esther. ¡Has llamado a Alejandro para que me encontrara allí!
  - —Pero ¡qué dices! Yo jamás haría eso...
  - —No te hagas la tonta, Esther, que nos conocemos.
  - —¡Que te he dicho que no he llamado a Alejandro!
  - —¡No me mientas!
- —Pero si no tengo su número, Alma. No te estoy mintiendo —me dice soltando una carcajada.
  - —Esther, joder. ¡Que no soy idiota!
- —¡Pero que no te miento! Yo solo he llamado a Dani, así que técnicamente, no te estoy mintiendo.
  - —¿Te he hecho algo yo para que seas tan cruel conmigo?
- —Pero si tendrías que darme las gracias. Estabais muy bonicos ahí en medio de la carretera, abrazaditos.
- —Sí, por meterte donde no te llaman. Y yo no estaba abrazando a nadie. Era él que me estaba chantajeando.
- —No, Alma. Para que dejes esa terquedad que tienes, que ya te vale. Ese chico tiene que saber la verdad. De lo que sientes y de lo de las cartas.

Y si la única solución es provocar encuentros, seguiré metiéndome donde no me llaman. Pero ¿qué no te das cuenta? Llevas toda la vida enamorada de él. Te has estado quejando siempre de que nunca habías tenido la oportunidad de acercarte, y ahora, cuando el destino te lo está poniendo a huevo, ¿tú no eres capaz de luchar por tus sentimientos?

- —Déjame en paz —le digo enfilando en pasillo de las habitaciones.
- —Sí, claro. A la marquesita no le interesa, ¿verdad?
- —Esther, ya te has salido con la tuya. Esta noche hemos quedado para cenar. ¿Contenta? —Esboza una gran sonrisa y me mira divertida.
  - -Muchísimo. Si es que soy la mejor.
- —Sí. Ábrete una consulta: Celestina a domicilio. Si no te sale bien lo del hospital, te podrías plantear dedicarte a ello, porque a mosca cojonera no te gana nadie.
  - —¿Y vas a decirle lo de las cartas?
- —Ay, Esther. No lo sé, no tengo ahora la cabeza para eso. Me espera otra tarde intensa de aguantar a Rodrigo.
  - —¿Quieres que te ayude con eso también?
  - —Soy mayorcita ya, no tienes que ir salvándome la vida.
- —Vale, señora. Como quieras, pero haz el favor de bajar esa cabezonería o te va a ir muy mal en la vida —se ríe—. Y sonríe un poco, que es gratis —grita saliendo de mi habitación.

Sonrío al cerrar la puerta. La verdad es que, aunque me haga la dura, la idea de ir a cenar con Alejandro me hace feliz. Abro el armario en busca de algo decente que ponerme y acabo encontrando un vestido negro que, con alguna chaqueta informal pasará desapercibido en el hospital, y sin la que luego estaré arreglada para la cena.

Rodrigo me ha dejado por escrito algunas observaciones para que hoy, sin él, pueda trabajar sin problemas. Había olvidado que tenía el congreso de pediatría en Cádiz. Me siento tranquila en su consulta, y así pasa la tarde, tranquila si no fuera porque los nervios por la cena de esta noche me están comiendo viva.

Son las diez de la noche, y he volado para quitarme de encima todos los pacientes lo antes posible. Me quito la bata, recojo el bolso, me pongo la chaqueta y salgo a esperar a Alejandro.

Pasan los minutos, y se me hace extraño que llegue tan tarde. Una hora y media después pierdo la esperanza de que venga y de que dé señales de vida, así que trato de llamar a un taxi, porque decidí coger el autobús, segura de que Alejandro me llevaría de vuelta a casa.

Apoyo la cabeza en el cristal de la ventanilla, dejando que mis ojos se pierdan en las calles del pueblo mientras se enturbian, húmedos con las primeras lágrimas que más que respuestas, solo encuentran preguntas. Y llueve. Dentro y fuera.

Y por suerte no está Esther en casa, y no tengo que dar explicaciones ni fingir que todo va bien. Solo me queda bajar de la nube. Y de este sueño, y del destino en el que un día creí. Y así me siento a escribir. Empapada, helada y cansada. Cansada de aparentar. De ser lo que no soy. Cansada de todo.

Querido Alejandro,

Como decía Neruda, puedo escribir los versos más tristes esta noche...

Esta noche fría, en la que he vuelto a darme cuenta de que el amor es tan dulce para algunos como amargo para el que no ve que es mejor parar a tiempo y dejar ir, que ilusionarse con imposibles que ni el destino ni la vida tenía pensados.

¿Por qué no hay alguien que nos alerte de eso? ¿Por qué si la vida es tan corta y solo estamos de paso, alguien permite que perdamos el juicio y nos rompan el corazón? Si solo tenemos uno.

La verdad es que ya no sé si recibes mis cartas, si las lees o si al hacerlo, ya no te dicen nada. Yo hoy he decidido dejarme ir...o dejarte ir, mejor dicho. Aunque no sé si has sido tú el que lo ha hecho. Hoy pretendo que mis palabras fluyan tan sinceras como nunca. Y es que... ¿Por qué ser dos mujeres a la vez si ser una ya me resulta complicado?

Estos últimos meses he tenido la oportunidad de conocer a un chico que le ha dado un vuelco a mi vida y me ha hecho sentir cosas que antes me daba miedo sentir. He intentado ser amiga, compañera, un hombro en el que apoyarse, oídos para escuchar y ese abrazo sincero que tan bien sienta al final del día. Y eso me he encontrado de vuelta. He sentido en ti el calor y el aliento que necesitaba en cada momento, y ya no solo con tus letras. Has estado a mi lado sin necesidad de pedirlo y sin esperar nada a cambio. Te has convertido en ese amigo al que le cuentas todo, pero del que sin querer (o no), te acabas enamorando.

Tengo grabadas a fuego tus palabras: "Querida Esther, por fin te pongo nombre."

No, Alejandro. Esther solo significa miedo, vergüenza y cobardía. Esther es esa mujer que llevo dentro y que tanto te admira. Esa que ha convertido tus libros en terapia. La que solo quería agradecerte tanta calma en noches de amargura y soledad.

Esther es solo una gran mentira y Alma, la única verdad.

Siempre he estado aquí, bajo tu misma luna.

### Con el corazón

—No quiero que te marches sin volver a verte. Te llamo y nos vemos mañana, ¿te parece?

—Claro —me dice vergonzosa. Me acerco y aspiro su perfume. Le dejo un beso en la mejilla y la veo alejarse con el coche.

Miro el reloj, con la emoción del encuentro se me ha pasado el tiempo volando y voy tarde.

Había quedado con Alma para cenar, pero lo olvidé cuando me llamó Esther, la chica de las cartas, para vernos esta misma tarde.

Salgo corriendo a por el coche, que dejé justo a la entrada del castillo de Benalmádena. Conduzco todo lo rápido que puedo hacia el hospital, pero por muchas vueltas que dé, Alma no está. Vuelvo a mirar el reloj y advierto que ya es media noche. Dejo caer mi cuerpo en el respaldo y resoplo profundamente. ¡¿Cómo se me ha podido pasar la hora!? ¡Me va a odiar! Golpeo el volante y apoyo la cabeza encima intentando pensar en alguna excusa creíble que no me haga parecer un completo imbécil.

- —¿Dónde vas?
- —¿Qué?
- —Que dónde vas —me repite Dani, en el marco de la puerta de mi habitación.
  - —Voy al hospital, a ver a Alma.
- —Vaya, veo que la cosa prospera —me dice sentándose en la cama. Acabo de peinarme frente al espejo y camino hasta la cómoda para echarme perfume.
  - —Mi idiotez prospera. No se puede ser más imbécil.
- —¿Qué ha pasado? —me dice arrugando la frente. Tomo aire y me siento en la silla del escritorio, frente a él.

- —Ayer había quedado con Esther porque se ha quedado unos días por aquí. Le dije de vernos porque me apetecía conocerla mejor. La cena en Madrid fue algo muy espontáneo, y estaba nervioso, entiéndeme, acababa de verla en la firma.
  - —Claro, claro. Pero ¿qué tiene que ver eso con la pediatra?
- —Pues que el otro día la hice venir porque Elena estaba mala, y la noté visiblemente enfadada, cómo no la había visto desde el beso... Casi le supliqué que cenara conmigo para arreglar las cosas.
  - —Entonces te importa.
- —¡Claro que me importa! Lo de Esther es algo diferente. Bueno, no sé —titubeo—. El caso es que al final aceptó cenar conmigo ayer. Le dije que la pasaría a buscar por el hospital, pero como había quedado con Esther, se me pasó la hora, llegué tarde, y ahora Alma me va a matar.
  - —Estas cosas solo te pasan a ti —me dice riendo.
- —Y que lo digas... No sé qué he hecho yo, pero el karma me tiene enfilado. —Dani sonríe y enseguida se levanta y se apoya en mis hombros.
  - —Y por lo veo te pesa que Alma esté enfadada.
- —Sí, pero a ver cómo le explico yo todo esto. ¿Crees que entenderá lo que significa para mí esa chica? Porque no lo entiendo ni yo.
- —Pues eso mismo iba a decirte. Yo lo único que creo es que deberías contarle toda la verdad, y hablarle con el corazón. Creo que, si lo haces así nada puede salir mal.

### Todo pasa

Entro medio zombi por la zona de los consultorios. Hoy también me toca pasar visita, pero, a pesar del humor de mierda que llevo, me alivia pensar que, por lo menos, no tendré que verle la cara a Rodrigo, que sigue en el congreso. Me desvío un momento para recargar pilas con un café, a ver si me espabila un poco de esta inutilidad de mañana, después de no pegar ojo en toda la noche.

Y lo primero que veo al llegar a los consultorios es lo último que quiero ver. Me hago la tonta y camino hacia el despacho.

- —Alma, ¿podemos hablar?, por favor. —Primero intento ignorarlo, pero me acabo dando cuenta de que la sala de espera está llena y no quiero montar un espectáculo.
  - —Perdone señor, pero si no tiene hora tendrá que marcharse.
  - —Alma, por favor. Tengo que hablar contigo.
- —Le repito que, si no tiene hora, no puedo perder tiempo con usted —le digo cerrando la puerta de mi despacho con el cerrojo. Veo como el pomo se gira un par de veces, pero cuando comprueba que no va a poder entrar, deja de insistir.

Me siento en la silla y trato de recuperar la calma. No voy a permitir que me amargue el día. Bastante tuve anoche. Enciendo el ordenador, reviso la lista de pacientes y me cuelgo el estetoscopio en el cuello. Camino hasta la puerta, respiro profundamente y la abro, dejando al descubierto a Alejandro, sentado junto a mis pacientes frente a la consulta.

—¿Andrea Quiroga? —Una chica se levanta junto a la que entiendo que es su madre, y avanzan hasta mí. Él también se levanta y me adelanto—. ¿Aurora Sánchez? —pregunto. Una mujer me responde alzando la mano—. Cuando salgan, entráis.

Hago pasar a la paciente y a su madre, y cierro la puerta. Vuelvo a mi escritorio y reviso el último histórico de Andrea. Viene para consultar la

última analítica que se hizo hace algunas semanas y las hago marcharse con la certeza de que todo anda perfectamente. Oigo un murmullo fuera y enseguida le veo entrando a la consulta.

- —¿Se puede saber qué haces aquí? ¿Ahora te llamas Aurora Sánchez? —le digo mientras veo como avanza hasta la mesa y se sienta.
  - —Alma, por favor, tienes que escucharme.
  - —Lárgate, tengo trabajo, ¿es que no puedes respetar nada?
  - —Pero es que tengo que hablar contigo, por favor. Dame cinco minutos.
  - —¿Los que no me diste tú ayer?
  - —Ya lo sé, y lo siento muchísimo. Por favor, déjame explicarte.
  - —Alejandro, no te lo digo más. Lárgate o tendré que llamar a seguridad.
  - —Pues te veo esta tarde, te paso a buscar.
  - —Que no quiero hablar contigo. ¿Cómo te lo explico?
  - —Una oportunidad. Todos tenemos derecho.
  - —¿Otra? —grito—. Que te largues. ¡Ahora!

Baja la cabeza y por fin se levanta.

—Te espero ahí fuera hasta que acabes...

Abro la puerta y me encuentro a la pequeña y a su madre al otro lado.

—Disculpen, ya pueden pasar —murmuro haciéndole gestos con la cabeza a Alejandro para que salga.

Cuando por fin consigo que todos estén donde tienen que están, vuelvo a cerrar la puerta. Ahora viene con el cuento de la lágrima... pues lo va a tener claro. Ya puede ir esperando sentadito.

Pero no se da por vencido. Cada vez que salgo del despacho para llamar a los pacientes, sigue ahí. Llega la hora de comer, y cuando acabo con el último paciente, y compruebo la hora que es, decido salir de allí pasando de despacho en despacho por la puerta que los une, para que Alejandro no me vea. Cuando llego al último, logro salir por la sala de espera, pero como estoy justo a espaldas de él, no logra verme. Esta tarde he quedado con mi padre en el hotel, porque quiere verme, así que camino deprisa hasta la cafetería para cogerme un sándwich para el camino, y así llegar pronto al encuentro con papá, que falta me hace.

- —¿Quieres que te ayude? Igual si hablo con el alcalde de Marbella me hace el favor de decírselo a algún pez gordo de allí.
- —¡No! Claro que no, papá. Ya sabes que a mí estas cosas no me van. Aguantaré lo que haga falta, y sabré ponerme en mi lugar, no te preocupes.

- —Nunca me dejas ayudarte. Si puedo hacer algo, cariño...
- —Sí, papá, y te lo agradezco, pero quiero ganarme las cosas por mis propios medios, así que déjame hacer a mí. Te prometo que, si no lo consigo, te digo algo —le digo sin dejarlo acabar.
  - —¿Tengo otro remedio?
  - —Sabes que no —le digo acercándome para darle un beso en la mejilla.
- —Te echaba de menos. Tu madre está de un humor insoportable. Parece que la haya poseído Lucifer —oigo las palabras de mi padre, resignado y suelto una profunda carcajada que me sale de dentro.
  - —Ay papá, por favor —me rio.
- —¿Qué? Es verdad... Se pasa el día refunfuñando de arriba para bajo. Pero bueno, ¿y tú cómo estás? Digo, aparte de lo de Rodrigo. ¿Qué tal ese otro chico?
  - —Agua pasada, papá —suspiro.

Acabamos el partido y volvemos al interior del hotel, donde Melissa, una de las recepcionistas me saluda efusivamente, y me invita a tomar un café en el restaurante.

Me despido de mi padre, que tiene que volver al trabajo y caminamos hacia la barra. Siento como vibra mi móvil dentro del bolso y lo miro. Tengo un mensaje de un número desconocido.

Soy Alejandro. Necesito hablar contigo.

¿Cómo narices ha conseguido mi número si había perdido el móvil? ¡Claro, Esther! Cuando llegue voy a matarla. Dejo el móvil en silencio y pido una coa-cola con hielo y limón. Me siento con Melissa, que dice que tiene que contarme muchos cotilleos del hotel.

Un par de horas después me despido de ella y salgo a al hall para encontrar a uno de los botones, para que me devuelva el coche. Mientras espero, saco el móvil para ver la hora que es, y me encuentro con más de veinte llamadas perdidas. Primero hago caso omiso, porque imagino que son de Alejandro, pero luego veo que hay un par de otro número que tampoco conozco. Decido salir de dudas y llamar.

- —¡Alma, gracias a Dios! —grita una mujer al otro lado del teléfono.
- —Hola, ¿quién es?
- —Soy Paula, la hermana de Alejandro.
- —Ah, Paula. ¿Qué pasa?

—Alejandro y yo llevamos un buen rato intentando comunicarnos contigo, es que Elena se ha puesto peor. Sigue teniendo fiebre muy alta y me extraña, porque las pupas han ido desapareciendo. Le queda alguna, pero...

—Tranquila, salgo para allá.

No dudo un solo segundo en lo que debo o no debo hacer. La pequeña me necesita y voy a atenderla. Conduzco todo lo rápido que puedo, y cuando llego, Alejandro me recibe con cara de asustado y su madre me indica que suba para arriba. Me encuentro a Elena sudorosa, pálida, con los ojos cerrados y fría como el hielo.

- —No sé qué le pasa Alma, primero tenía fiebre, pero luego se ha empezado a tiritar y a sudar, y no sabía qué hacer.
  - —Tranquila. Deja que la revise. Será mejor que esperes fuera.

La pequeña apenas responde a los estímulos, pero imagino que es por la fiebre. Con todo y con eso, no me quedo demasiado tranquila revisándola yo, así que decido ser prudente y llamo al hospital para que me pasen con la doctora Olivera, ya que imagino que Rodrigo todavía no ha vuelto. La doctora me ordena algunas instrucciones antes de sacar a la niña de casa, y sigo al pie de la letra lo que me dice. Cuando salgo de la habitación, Alejandro, su hermana, su madre, y el que entiendo que es su padre, me esperan fuera.

—En principio sigue teniendo la fiebre alta, común en este tipo de virus. El sudor frío normal pero, de todas maneras, prefiero trasladarla al hospital para que la revisen mejor. Allí tienen muchos más medios que yo, así que será mejor que salgamos para allá. La doctora Olivera nos está esperando—todos asienten preocupados mientras hablo, y el padre de Alejandro sale a buscar el coche. Alejandro coge en brazos a la pequeña y su abuela anuncia que ella se queda con Lucía, porque no puede quedarse sola.

Cuando han metido a la niña en el coche, camino hacia el mío y les indico que nos vemos allí, que la entren por urgencias y digan que vienen de parte de la doctora Olivera para que puedan avisarla. Cuando llego al hospital, acaban de llevarse a la niña a un box con la doctora. Me quedo con Paula e intento tranquilizarla un poco.

Decidimos sentarnos en la sala de espera de urgencias, y minutos después llaman por megafonía a los familiares de Elena. Les aviso de que solo dejarán pasar a uno, así que Paula avanza rápidamente hasta allí. Me quedo sola con Alejandro, y aunque en ese instante me puede más la

preocupación por la niña, enseguida vuelvo a la realidad cuando siento el contacto de su piel con la mía. Me toca el brazo con suavidad.

- —Lo siento —murmura. Algo dentro de mí me dice que debo seguir haciéndome la dura, pero entiendo que bastante afligido debe estar por su sobrina, como para hacerle sufrir más.
  - —Ya está pasado.
- —Se me pasó totalmente la hora. Había reservado mesa en mi restaurante favorito y todo, pero no sé dónde tengo la cabeza últimamente.
  - —No pasa nada, Alejandro. Ya está.
- —Ya, pero sé que estás molesta conmigo, y me duele verte así. Me gustaría seguir teniendo en ti a una gran amiga —en cuanto escucho sus palabras le miro y sonrío con amargura. ¿Una amiga?
- —La sigues teniendo. Algo enfadada por tu plantón, pero se me pasará pronto. No soy rencorosa —le digo intentando que se ría un poco.
  - —Lo siento mucho, de verdad.
  - —Tranquilo. Ya pasó. Ahora lo que tienes que hacer es pensar en Elena.
  - —Se va a poner bien, ¿verdad?
- —Claro. Solo que me quedaba más tranquila si la revisaba alguien con más experiencia. Yo todavía soy residente.
- —Tú eres maravillosa. Y yo un idiota. Por más cosas que te haga, siempre llegas a ayudarme sin pedirme nada.
- —Es mi trabajo, Alejandro. Y lo hago con gusto. Además, tus sobrinas son lo más adorable de este mundo, así que lo hago encantada. —Alejandro agacha la cabeza y esboza una sonrisa.
- —Cuando todo esto pase, ¿me aceptarás un café, por lo menos? Asiento sonriente y él me la devuelve.

Minutos después sale Paula y nos cuenta que la doctora Olivera le ha dicho que está bien, pero que prefiere que pase la noche en urgencias para que esté controlada.

- —Dice que este año el virus ha venido muy fuerte, y están teniendo muchos casos.
- —Sí, hemos tenido un mes horrible. Pero mejor que se quede, así mañana saldrá como nueva —le explico. Paula vuelve a entrar a la habitación de su hija y Alejandro vuelve a tocarme el brazo.
- —¿Me aceptas ese café? Me espera una noche larga en vela. No quiero moverme de aquí, así mañana las llevo a casa.
  - —Está bien, vamos.

### Al descubierto

# —¿Un café?

- —Sí, porque no aguantaré despierta. —Asiente, sonríe y se aleja. Me pongo a pensar en lo afortunada que soy teniendo la simple oportunidad de tomarme un café con él, y parece que se me va pasando el enfado poco a poco. Todos somos humanos y nos equivocamos, ¿no? ¿Y si es el momento de contarle toda la verdad? Igual si se enfadara, sería el momento de pagar un enfado con el otro. O eso creo.
  - —¿Medio dormida?
- —Como si lo estuviera —le digo cogiendo mi café de la bandeja. Se sienta y le da un sorbo al suyo.
  - —Tengo que contarte algo —me dice sin mirarme.
- —Vale, pero antes quiero preguntarte algo que me tiene bastante intrigada.
  - —¿Del libro? —me dice burlón.
  - —Es algo más familiar.
  - —Familiar —repite.
  - —¿Mi madre te ha invitado a su fiesta de Nochebuena y has aceptado?
- —Sí. Espero que no te moleste. Me lo comentó Cristina y me dijo que haría una subasta benéfica y que podía entregar algún objeto. Me pareció buena idea. ¿Tú también vendrás?
- —Eso creo, pero tranquilo, era solo curiosidad. No entendía muy bien. ¿Entonces? ¿Qué misterio es ese del que quieres hablarme?
  - —Pues verás, a ver por dónde empiezo porque es largo.
- —Pues si quieres empezar por el final... aquí el que cuenta las historias eres tú— le digo bromeando. Me mira irónico y suelta una carcajada.
- —Pues a ver, hace unos meses empecé a recibir unas cartas anónimas.—Trago saliva al escucharlo y asiento intentando no hacer evidente mi

- pasmo—. Era una de mis lectoras, que me contaba cosas de su vida, y me daba las gracias por mis novelas.
  - —Qué gracia —murmuro.
- —El caso es que me picó la curiosidad, porque las cartas venían sin remite, y ella no me decía ni siquiera su nombre. Se me quedaron grabadas a fuego las palabras con las que siempre firmaba las cartas. "Bajo tu misma luna".
  - —¿Y has podido averiguar quién es ella? —pregunto nerviosa.
- —Sí, por fin. —Su gesto tenso se torna ahora relajado. Me mira y sonríe, y yo no entiendo qué está ocurriendo. ¿Sabe que soy yo la chica de las cartas?—. Por suerte encontré a un hombre que me dejaba esas cartas en el buzón, y le pregunté. Me dijo que eran de una amiga suya, que se las mandaba. Le pedí que me facilitara un contacto para responder a sus cartas y por curiosidad. Y hemos estado unos meses mandándonos emails.
- —Suena a película romántica —le digo entusiasmada por la manera tan apasionada que me lo cuenta.
- —Quiero escribir una historia como la que he tenido con esa chica, Alma. Sus palabras me han llegado de una forma inexplicable —me dice sonriendo de esa forma tan bonita, con ese brillo especial en los ojos. Me habla embobado y meloso, y siento como mi corazón se me va a salir del pecho. Creo que ha llegado el momento de contarle que no tiene que buscar más, porque esa chica soy yo.
  - —Qué bonito suena cuando tú lo cuentas —suspiro.
  - —El otro día llegué tarde porque por fin la conocí.

No entiendo lo que me está contando y los nervios empiezan a quemarme por dentro. ¿De qué diablos está hablando?

- —¿Cómo? ¿La conoces? —balbuceo con el corazón a mil por hora.
- —¡Sí! Vino a la firma de Callao, y luego se ha quedado unos días aquí para que pudiéramos conocernos más tranquilos.

Sigo sin entender qué está pasando, pero algo se cruza en mi cabeza y me hierve la sangre.

- —Tengo que marcharme —le digo levantándome de la mesa y colgándose el bolso.
- —Espera, Alma. No había acabado. Quería acabar de decirte algo importante.
  - —Me necesitan en casa. He quedado con las chicas.
  - —¿Ahora? Pensé que te quedarías con nosotros.

—Mañana a primera hora estaré aquí para ver cómo sigue Elena. Dale un beso de mi parte a las dos —le digo empezando a caminar hacia la salida.

Voy a matar a Esther, voy a matar a Esther, voy a matar a Esther.

Subo al coche y si no me ponen una multa por exceso de velocidad es por puro milagro. Aparco justo en la puerta del edificio y llego al ascensor en menos de dos segundos. Cuando llego arriba, todo está a oscuras, pero no estoy dispuesta a esperar a mañana.

- —¡Eres una maldita zorra! —grito tirando de sus sábanas para dejarla al descubierto.
  - —¿Eh? ¿qué pasa? —barbotea Esther medio adormilada.
- —¡¿Cómo has podido hacerme esto!? ¡¿Cómo?! —le digo zarandeándola.
- —¿Pero ¿qué te pasa Alma?, ¿de qué hablas? —me dice incorporándose y frotándose los ojos.
- —No puedo creer que me hayas hecho esto. Sabías lo que significaba para mí y lo has jodido todo —sollozo.
- —A ver, Alma, tranquilízate porque no te estoy entendiendo —me dice levantándose de la cama y acercándose a mí.
- —No me toques. No quiero ni verte ni saber nada de ti —le digo pegada a la pared.
- —¿Me puedes explicar exactamente qué es lo que te he hecho para que estés así? Pensaba que se te había pasado ya lo de la llamada a Dani.
- —No te hagas la tonta que no te pega, Esther. ¿Me puedes decir por lo menos por qué me has hecho esto? —le digo secándome las lágrimas con las mangas de la camiseta.
- —Alma, joder, que no sé de qué hablas. Siéntate, cálmate y cuéntamelo bien porque no te estoy entendiendo.
- —Yo era feliz desahogándome en esas cartas, ¿tenías que venir a joderlo todo? Yo jamás le conté, ni le habría contado nunca al cornudo de tu novio el número de tíos que metiste en tu cama en París.
  - —¿Pero a qué viene eso ahora? —me dice haciéndose la víctima.
  - —Eres una hipócrita.
- —¿Qué pasa, chicas? ¿Qué son esos gritos? —pregunta Carolina desde el marco de la puerta, con cara de dormida.
- —Pasa que la imbécil esta se ha hecho pasar por mí para engatusar a Alejandro y llevárselo a la cama —balbuceo.

- —¿Qué? —grita Esther. —¿Pero de dónde sacas eso Alma? ¡Yo jamás haría eso! ¡No me he acostado con Alejandro!
- —Claro, primero lo intentaste con su amigo, pero cuando te cansaste querías más. Tenías que buscarle a él también.
  - —Alma piensa lo que dices o no me voy a controlar.
  - —Qué, ¿encima me vas a pegar?
  - —Chicas, por favor —interviene Carolina.
  - —Alma baja los humos que yo no he hecho nada.
- —Alejandro me acaba de decir que ha conocido a la chica de las cartas. ¿Me explicas eso?
  - —Pero, pero cómo... —murmura.
- —Pero, pero, pero —la imito. ¡No seas cínica por favor! Por lo menos podías haber ido de frente, y haberme dicho que querías abrirte de piernas.
  - —¡Eso es mentira y no te voy a permitir que me faltes así al respeto!
  - —¿Tú me hablas de respeto? ¡No me hagas reír!
- —Alma no sé qué ha pasado, pero te juro que no tengo nada que ver. Te lo juro —insiste.
- —Dice que está muy ilusionado con esa chica —sollozo deslizándome por la pared de su habitación, y cayendo al suelo derrotada, echa un mar de lágrimas.
- —Cariño —la miro paralizada y acepto su abrazo. —Te juro por mis padres, que es lo más sagrado que tengo, aparte de vosotras, que yo no tengo nada que ver. De verdad. Además, voy a hacer todo lo que esté en mi mano para descubrir qué ha pasado —me dice limpiándome las lágrimas que resbalan por mis mejillas. Asiento y la abrazo.
  - —Te vamos a ayudar —murmura Carolina tocándome el hombro.

### Se acabó

- —Cuando salgas, a media noche, me mandas una captura de la lista de mañana, que la necesitaré.
- —¿Cómo que a media noche? Hoy no puedo doblar turno, tengo cosas que hacer.
- —Lo primero es lo primero —murmura indiferente y su actitud me colma la paciencia.
- —Llevo toda la maldita semana doblando turno. ¿No crees que ya es suficiente?
  - —Hay mucho trabajo y hay que sacarlo.
- —Pues te quedas tú, que estás muy descansado. —Me mira serio, pero al momento suelta una carcajada y me dan ganas de partirle la boca—. Estoy cansada de que me estás castigando por no acostarme contigo.
- —Es lo que hay, aunque creo que eso podríamos solucionarlo en cualquier momento.
- —Por mucho que me hagas la vida imposible no vas a lograr nada. Ni aunque fueras el último hombre en el mundo te tocaría. Ni con un palo, ¿Me entiendes? —le grito desquiciada.

Salgo de la consulta dando un portazo.

Camino chocando entre la gente, harta de tantas cosas que enturbian mi vida. Cansada de luchar, pero dispuesta a poner las cosas en su lugar. No voy a dejar que nadie me pisotee. Ya he tenido suficiente.

Cuando llego a dirección no tengo ni fuerzas ni ganas de pelear con la barbie rubia de la entrada, así que entro rápidamente a la zona de dirección y como por suerte habla por teléfono, camino hasta el despacho del director.

—¡Oye! ¿Dónde crees que vas? ¡No puedes pasar ahora! ¡El director está reunido! —Haciendo caso omiso a sus indicaciones, abro la puerta del despacho y encuentro a dos hombres sentados junto al director.

- —Necesito hablar con usted —me mira sobrecogido—. Ahora—añado con rotundidad.
- —Lo siento, señor Robles. Estaba hablando por teléfono y no he podido detenerla. —Él le lanza una mirada fulminante y vuelve a mirarme.
  - -Estoy reunido, señorita. Tendrá que ser en otro momento.
- —He dicho que necesito hablar con usted ahora, porque como no lo haga, vamos a vernos usted, yo y su querido Dr. Márquez en los tribunales por una demanda de abuso y acoso laboral. —Abre los ojos al escuchar las últimas palabras y se levanta de inmediato. Unos minutos más tarde estoy sentada en su despacho, esperando a que vuelva a su asiento.
- —Ayer hablé con su novio. Ya le dije que en estos momentos no puedo hacer nada si usted no cede y cambia de especialidad.
  - —¿Con mi novio?

Se recoloca la americana y me muestra unos papeles que tiene sobre la mesa.

- —Tengo la queja formal. El señor Montaner me la dejó ayer junto a estos papeles de su abogado. —No puedo creer lo que estoy escuchando. ¿Alejandro ha estado aquí para ayudarme? Sinceramente, es lo último que me esperaba—. Señorita Torres, le aconsejo que solicite el cambio de especialidad y mañana mismo tiene usted una plaza disponible donde quiera. Si decide quedarse en pediatría no podré ayudarla. Esto es un centro concertado y, aunque no debería decírselo, el Dr. Márquez es una persona muy influyente. Le pido que no fuerce más las cosas. —Inspiro y me levanto de la silla.
- —¿Sabe qué? No va a hacer falta nada. ¡Renuncio! ¿Me oye? No quiero seguir ni un minuto más aquí.

Salgo con los ojos llenos de lágrimas y el alma cansada. Cuando llego a la salita me dejo caer en uno de los sofás y me llevo las manos a la cara.

- —¡Alma! ¿Qué te pasa? —oigo al fondo—. ¡Alma! ¿Estás bien? —me dice Pilar acercándose a mí.
  - —No puedo más.
  - —Tranquila, Alma. Cuéntame qué ha pasado.

El escándalo no deja indiferente a médicos y enfermeras que vienen y van. El murmuro cada vez es más evidente y eso me pone más nerviosa. Me pongo en pie y salgo corriendo hasta la salida seguida por Pilar, que no deja de gritarme que me detenga.

—Alma, por favor. Espérame y hablamos.

Vencida y ahogada por mis propias lágrimas, en cuanto salgo por la puerta principal, me dejo caer en uno de los bancos.

- —¿Estás segura?
- —Si, quiero verlo. Tengo que agradecerle que haya intentado ayudarme. Quiero ir, Esther. De verdad.
- —Está bien, está bien. Te llevo, pero prométeme que vas a calmarte. Acabas de sufrir un ataque de ansiedad y no quiero volver a recogerte del suelo.

El trayecto transcurre en absoluto silencio, y ni siquiera la música es capaz de alejar mis pensamientos. Cuando oigo como el coche se detiene, miro alrededor y me doy cuenta de que ya hemos llegado. Miro a Esther, que asiente con la cabeza y me acaricia el brazo.

- —¿Voy contigo?
- —Espérame aquí. Vuelvo enseguida.
- —Si quieres que me vaya solo mándame un mensaje.

Me acerco sigilosa a la puerta. Mi dedo índice, tembloroso, decide accionar el botón para que suene el timbre, y mi cuerpo se estremece al escuchar unos pasos caminar hasta allí.

- —¡Alma! ¿Cómo estás, hermosa?
- —Bien. Venía a ver a su hijo. ¿Puede salir un momento?
- —Siento decirte que se ha marchado hace poco, pero puedes encontrarle en el puerto, ha salido a navegar. Creo que, si te das prisa, puedes llegar antes de que salga.
  - —¿A navegar?
- —Si. Tenemos un barco en el puerto deportivo. Se llama Terral. Lo reconocerás porque es el único que tienes dos rayas azules y dos de madera en los laterales.
  - —Está bien, gracias.

Vuelvo al coche y le cuento a Esther lo que me ha dicho su madre.

- —¿El día de nochebuena a estas horas?
- —Eso me ha dicho.

Arranca el motor del coche y teclea en el navegador el nombre del puerto deportivo. Me mira seria y achina los ojos.

- —Espera, espera. ¿Tiene un barco?
- —Terral se llama. Y vamos o no llegaremos a tiempo.

#### —Jodidos ricos—murmura.

Llegamos minutos más tarde y Esther vuelve a quedarse en el coche. Avanzo todo lo deprisa que puedo entre la gente, intentando averiguar cuál es el barco de Alejandro, pero ha caído la noche, y la luz de las farolas me dificulta la tarea. Perdida entre tantos yates, me subo a un banco para divisar con claridad el puerto. Una de las naves que justo sale de su amarre llama mi atención. Reconozco las dos rayas azules y tono madera combinadas entre sí, dejando espacio para la palabra Terral al final de estas. Cada vez avanza más deprisa y trato de gritar para que Alejandro pueda oírme, pero no hay nadie en cubierta. El muelle acaba justo donde mis pies se detienen, y vuelvo a gritar una vez más su nombre. Una sombra emerge del interior del buque, pero no es la suya, sino la de una mujer.

## Le jos de todo

- —Alma, ¿por qué no piensas las cosas? No puedes hacer esto. Tus padres te están esperando para la fiesta de nochebuena. No puedes marcharte sin más. Además, ¿qué vas a hacer allí? —insiste Esther sentada en el borde de mi cama, observando nerviosa cómo ordeno las cosas en la maleta—. Alma, por favor, escúchame. Por lo menos espera unos días, ahora estás en caliente y no piensas las cosas con claridad —me dice impidiendo que meta un par de zapatos dentro.
  - —Esther, por favor—le digo seria.
- —No, por favor tú. Es Nochebuena, tienes ahí el vestido preparado para ir a la fiesta benéfica de tu madre a la que ya habías decidido ir. Si no lo haces por ella, piensa por lo menos en tu padre.
  - —Mi padre lo entenderá. Cuando esté allí le llamaré.
  - —Alma por favor, recapacita.
- —Esther, no tengo nada que recapacitar. Estoy harta, casada de que todo el mundo se tome el derecho a herirme como si fuera un juguete, ¿entiendes? Me equivoqué volviendo de París. De hecho, es la peor decisión que he tomado en mi vida.
  - —¿Y crees que volviendo allí se arreglaran las cosas?
  - —Necesito empezar de cero.
- —¿Y qué pasa con tu carrera, Alma? ¿Vas a tirar todos estos años de tu vida por un hombre? —la miro enfadada porque lo que me dice me hiere profundamente—. Perdóname, lo he dicho para que me prestaras atención. Estás cegada por la ira, Alma, y huyendo no se solucionan las cosas.
- —Te repito que necesito empezar de cero. ¿Puedes entenderme? Desde que he vuelto solo me han pasado cosas malas. He tenido que salir de mi casa porque mi madre no entiende que he crecido y que no necesito que me controle y me resuelva la vida. Llevo sin hablar con ella desde ese mismo instante y por ello, no puedo ver a mi padre todo lo que me gustaría.

He tenido que soportar a un imbécil que, por culpa de mi santa madre, pensaba que iba a llegar de París, caería rendida a sus brazos, me pondría un anillo en el dedo, y formaríamos la familia feliz. Y por negarme a esa locura, y a acostarme con él me ha hecho la vida imposible. He tenido que tragarme su mal humor, sus exigencias y turnos infinitos en el hospital que no le deseo a nadie.

Y por si todo eso fuera poco, Esther, el poco tiempo libre que me quedaba me ha servido para enamorarme de un hombre que se ha enamorado de alguien que no existe. De una fan que le escribía cartas bajo un nombre falso y que alguien ha decidido suplantar. Y casualmente esa persona es la que se ha llevado de mi lado al único hombre al que le he abierto las puertas de un corazón que tenía acorazado y enterrado para no volver a sufrir—le digo entre lágrimas.

- —Alma...
- —Esther, por favor.

Sale de la habitación y tomando fuerzas de donde no me quedan, acabo de hacer la maleta y la cierro como buenamente puedo. Miro por última vez las paredes de esa habitación que tanto dolor y tantas lágrimas ha visto y entre las que no encuentro consuelo. Esther me espera sentada en el sofá, con la mirada perdida en el suelo.

—Le diré a mi padre que mande a alguien a por el resto de mis cosas. —Me mira suplicante, con los ojos llenos de lágrimas y el semblante desencajado—. No me hagas esto más difícil, por favor. Voy a marcharme con tu ayuda o sin ella. Preferiría que vinieras conmigo al aeropuerto, pero si no quieres llamaré a un taxi. —Se levanta sin decirme nada y coge las llaves del coche de encima del bufé.

Termino de guardar mi documentación y el billete de última hora a París. Facturo la maleta y vuelvo hasta los asientos en los que se quedó Esther hace un rato.

- —Vuelve a casa y prepárate para la fiesta, Dani te espera y no quiero que le dejes plantado. —Me mira con los ojos brillantes y se tira a abrazarme—. Voy a estar bien. Te lo prometo. Ya sabes que puedes venir a verme cuando quieras.
  - —Te voy a echar muchísimo de menos.

- —Y yo a ti. ¿Quién me va a hacer reír cuando esté allí? Tendré que llamarte. —Sonríe y me aprieta con fuerza.
- —Vete, tozuda. Yo voy a ir a comer algo y se me pasarán las cuatro horas enseguida, no te preocupes. Te mando un mensaje cuando llegue.
  - —Te quiero mucho, mucho, mucho.
- —¿Ves? Si es que hasta en estos momentos me haces sonreír. Yo también te quiero mucho, pero eso ya lo sabes.

Me aprieta con fuerza, se separa de mí y baja la cabeza llorosa. Suelta mi mano poco a poco y avanza a paso lento hacia la salida.

### Nochebuena

Me miro al espejo para comprobar que todo esté en orden, me echo un poco de perfume y bajo las escaleras casi de tres en tres porque llego tarde y Carolina me espera. La he convencido para que me acompañe a la fiesta de la madre de Alma porque no quiero que pase la noche sola.

Hoy quiero que sea el día. Me siento como un chiquillo que siente por primera vez lo que es estar enamorado. Con esa ilusión por todo, esas ganas de hablar durante horas y horas, esa sensación en el estómago que pocas veces había experimentado. Siento que Alma ha hecho renacer en mí todos esos sentimientos que hacía tiempo que nadie despertaba en mí y estoy decidido a confesarle lo que siento por ella.

- —¡Qué guapo! Al final voy a pensar que te has echado novia —me dice mamá apoyada en el marco de la puerta de la cocina.
- —Tú siempre dejándolas caer —murmuro sonriente arreglándome la corbata en el espejo de la entrada.
- —Anda, trasto, ven aquí que te la pongo bien —me dice deshaciéndome el nudo—. Entonces, quieres decir que hay algo por ahí...
  - —Si ya lo sabes, para qué tengo que contarte...
  - —Pues porque me hace ilusión que mi hijo me cuente que tiene novia.
  - —No tiene nombre todavía.
  - —Qué manía tenéis los jóvenes de hoy en día.
- —Y que manía tenéis los mayores de etiquetarlo todo. El caso es que tienes una amiga por ahí que te tiene así de contento.
  - —Sí, mamá —acaba de hacerme el nudo y me da un beso.
- —Pues no la hagas esperar, anda. Y si no vas a venir a dormir, mándame un mensaje para que me quede tranquila.

Salgo rápidamente a por el coche y cuando llego al parque en el que hemos quedado la veo sentada en uno de los bancos. Cogemos el coche y conduzco mientras me cuenta algunas anécdotas hasta la casa de los señores

Torres. Intenté hablar con Alma hace un rato para ver si quería que la pasara a buscar también, pero tenía el teléfono apagado. Supongo que ya debe estar allí ayudando a su madre con los preparativos de la fiesta. Cuando entramos nos recogen los abrigos y nos ofrecen un par de copas de champán. Su casa es amplia, está decorada con muy buen gusto y se respira un ambiente navideño especial.

- —Esto es impresionante —me dice Carolina admirando la decoración navideña que engalana la escalera central.
- —Buenas noches. —Es Dani, que lleva a Esther cogida de su brazo y me mira con gesto serio.
- —Buenas noches, ¿cómo estáis? ¿Y Alma? No la he visto en toda la noche. —Esther me mira y observa mi brazo, que sostiene el de Carolina.
- —Perdón, perdón, perdón. ¿Alguien puede explicarme qué está pasando aquí? —pregunta Esther alzando el tono de voz. —¿Has venido con él, Carolina?
- —Yo... —Esther se queda callada, abre los ojos y se echa las manos a la cabeza.
  - —¿Os conocéis? —me atrevo a preguntar.
- —Alejandro, Carolina es mi compañera de piso. Nuestra compañera, quiero decir. —La miro incrédulo.
- —Has sido tú, ¿verdad? ¡Pero cómo has podido hacerle esto! —grita fuera de sí. Carolina me agarra el brazo con fuerza y da un paso atrás.
  - —¿Me puede explicar alguien qué está pasando? —musito.
- —¡Maldita sea Carolina! ¡Se ha ido! ¡Por tu culpa se ha ido a París! ¡No me lo puedo creer!
  - —Esther, yo...
  - —Y tú... ¿Cómo puedes ser tan corto? ¿Es que no te estás enterando?
- —Esther, cálmate. No te enfades con ella. Carolina solo cambió su nombre porque le daba vergüenza todo este tema, ya me lo ha contado, y lo entiendo perfectamente —intento explicarle, pero antes de que pueda reaccionar su mano impacta contra la mejilla derecha de Carolina sin que pueda evitarlo.
- —¡Esther, te has vuelto loca! —le dice Dani intentando sujetarla para que no vuelva a atacar a Carolina.
- —Le habéis destrozado la vida a Alma y estáis aquí tan tranquilos mientras ella está rota camino a París para intentar olvidarte.
  - —¿Cómo? ¿Alma se ha ido a París?

## **EPÍLOGO**

## Y me quedó París

Al final del frío y duro invierno siempre llega una primavera colorida, florida y con bonitos atardeceres que dan vida. Esos que a todos nos gustaría capturar y guardar para nosotros. Y para mí, se habían vuelto uno de mis imprescindibles.

Al volver a casa, después de toda la mañana encerrada en la oficina, me gustaba sentarme a la orilla del Canal de Saint Denis y ver como caía la noche en la ciudad de la luz. Era, sin duda, mi momento. Pero tras aquel paisaje de ensueño, mi corazón seguía gélido e impasible frente a todo. Quedaban chispas de nieve y frío que seguían en mí como el primer día...

Observaba atenta como jugaban un par de niños junto al agua, con sus pequeños barquitos de papel, y con la cara llena de ilusión y esperanzas esperando que su creación llegara muy lejos. Pero su inocente sonrisa se apagó enseguida, cuando uno desapareció, perdiéndose en el fondo del agua. La pequeña, llorosa, gritaba tratando de alertar a sus padres, que andaban a escasos metros de los niños, sentados, abrazados y mirándose como si la vida empezara para ellos. El niño, que parecía el mayor, no dudó un solo segundo en echarse al agua para recuperar aquél insignificante trozo de papel para su hermana. Fue entonces como aquellos dos tórtolos despertaron de su anestesiado enamoramiento y corrieron en busca de sus hijos.

Ni siquiera me preguntaba, por aquél entonces, si algún día me tocaría correr a mí detrás de algún niño. Llevaba mucho tiempo sumergida en algo que me ilusionaba y me coartaba a partes iguales y, probablemente eso, era lo que me hacía pensar que era feliz, afortunada y que no necesitaba nada más.

Después del susto de aquellos padres, todos volvimos a casa. La mía apenas quedaba a unos metros. Vivía en un pequeño apartamento frente a le

Bassin de la Villette, y el parque de la Villette, en pleno distrito XIX; al Noreste de París.

Al girar la llave y abrir la puerta de casa noté un intenso aroma a especias que me abrió el apetito. Llevaba desde medio día sin comer nada y era tarde. Al oírme, Oliver se asomó por la puerta de la cocina.

—*Bonne nuit, princesse* —me decía con el delantal puesto y una cuchara de madera en la mano—. Hoy para cenar tenemos su plato favorito —me explicaba sonriente.

Oliver era... ¿Cómo decirlo?

De puertas para fuera era mi chico, el novio formal y perfecto con el que todas sueñan. Altísimo, rubísimo, guapísimo y todas esas cosas... Ojos azules, barbita de varios días bien recortada y sonrisa envidiable. Un hombre de los pies a la cabeza al que conocí en mi primera etapa de estudiante en París y con el que había compartido algo más que cenas y besos. Pero ni en aquella época ni en ese momento sentía nada fuera de lo común. Nada tan especial como para decir que aquél era el hombre de mi vida.

De puertas para dentro todo era respeto y buenas formas, y la verdad es que nunca llegué a entender cómo podía seguir aquél buen chico a mi lado. Desde que volví a París me había acogido en su casa, dónde todavía seguía, y había sido mi apoyo, mi escudero, y la fuerza que había necesitado para empezar todos los proyectos y sueños que me revoloteaban.

- —¿Día duro? —me dijo al ver cómo me dejaba caer en el sofá
- —He tenido días mejores, la verdad —murmuré divisando las chispitas de luz que salían de la chimenea.
- —No hay nada que un poco de vino y un plato de pollo al curry no quite —me dijo tendiéndome una copa y sentándose a mi lado. —¿Has podido hablar con el dueño de la galería
- —No, pero Madame Lavoie me ha llamado cuando iba en el metro para decirme que está todo arreglado, y que finalmente la fecha es inamovible.
- —Entonces ya podemos celebrar el éxito de tu primera exposición me dijo efusivamente. Sonreí y ladeé la cabeza para mirarlo.
- —El éxito no lo sé, pero de momento podemos celebrar que mis cuadros van a estar una semana expuestos en Lavoie —le dije cerrando los ojos para intentar hacerme a la idea. Había soñado tantas veces con ese momento... Me lo había imaginado de tantas formas, que sentía que no

podía haberse hecho realidad. Sentía que no era real. Como si estuviera en un sueño.

- —Tienes que llamar a Esther para contárselo. Se va a poner muy contenta —suspiré y asentí.
- —¿Cenamos? Tengo hambre— murmuré levantándome. Oliver torció el gesto y me siguió hasta la cocina.

La vida me había dado un vuelco importante. En cuanto llegué a París y me pasé los dos primeros meses intentando reponerme de todo lo que había vivido, me dije a mí misma que no podía seguir dejando que Oliver me mantuviera. Acepté el primer trabajo decente que encontré; cuidar de un hombre enfermo que no podía apenas ni levantarse solo de la cama. Era un setentón con muy buen humor y muy buena memoria al que el cuerpo le fallaba casi en un noventa por ciento. Era noble, amable y atento conmigo. Pasábamos buenos ratos, y cuando llegaba la hora de marcharme, siempre me pedía unos minutos más de mi tiempo para contarme alguna de sus viejas historias de guerra. Le cogí tanto cariño a él y a su mujer, que cuando murió, Madame Lavoie no pudo más que acogerme casi como su nieta, como ella solía decir. Jamás había conocido a alguien de su categoría y su opulencia con un corazón tan grande y bondadoso. Era una señora, una Madame con todas las letras que me sorprendía con cada gesto y a cada paso que daba.

Cuando el señor Lavoie nos dejó, me ofreció un puesto de médico en uno de sus hospitales. Me dijo que sabía que tenía conocimientos suficientes para ocupar ese puesto, pero que debía prepararme psicológicamente para lo que tendría que afrontar allí, y no le faltaba razón. Entré a formar parte del equipo de médicos de la Clínica Lavoie de niños con enfermedades raras, y fue una de las experiencias más enriquecedoras de mi vida. Llegaba a casa todas las noches con el corazón encogido y el alma rota de ver a esos pequeños, que te entregaban su mismísima vida en cada sonrisa. Y poco a poco pasé de dirigir al equipo médico a dirigir la fundación de niños con enfermedades raras que había fundado Madame Lavoie.

Fui dándome cuenta de a qué tipo de mujer tenía al lado. París entera hablaba de ella y nunca escuché una sola palabra desfavorable. Lavoie era una prestigiosa clínica, un hospital privado, una fundación y una galería de arte. Había dedicado su vida entera a los demás, y no perdía el tiempo en "cosas banales", como ella solía decir. El amor por el arte le venía de su

marido. Un frustrado pintor que decidió abrir una galería para apoyar a jóvenes con talento. Cuarenta años después esa pequeña galería se había convertido en una de las más prestigiosas de París, y allí expondría yo en unas semanas. En la sala principal, sucediendo a grandes artistas a los que llevaba años admirando.

La vida me había dado una oportunidad, aunque el frío no acababa de marcharse...

## Agradecimientos

Han pasado nueve años y la vida no ha vuelto a ser la misma desde entonces. Hoy entiendo que de los malos momentos se aprende y que, de las adversidades también nacen cosas buenas.

Y así las conocí, (y ahora, con Triana, somos una más)

El destino las puso en mi camino y todavía me emociona recordar las locuras que hemos vivido gracias a él. Las dos Cristinas, Esther, Natalia y Pilar.

Gracias por estar. Nos hemos hecho mayores y cada una tiene su vida, pero es bonito sentir que, aunque pase el tiempo, y a pesar de la distancia, cuando nos reencontramos todo sigue tal y como lo dejamos. Os quiero muchísimo, os echo de menos y espero que sigan pasando los años y nosotras sigamos siendo aquellas niñas que corrían emocionadas al entrar al Sant Jordi. Este libro lo habéis inspirado vosotras.

Gracias a Angélica por prestarme su hombro y su oído cuando más lo necesito. Te quiero, amiga. A Blanca y a Sofía por seguir a mi lado tantos años después.

Gracias a mi prima Alba. Siempre recordaré aquel fin de semana tan especial que vivimos todos juntos en Madrid. Gracias por esa emoción que me transmites cada vez que hablas de mis libros.

A mis padres por apoyarme siempre y por entender que escribir es lo que me hace realmente feliz. Gracias por aguantarme cuando no me entiendo ni yo misma. Gracias por escucharme, por aconsejarme y por cuidar tan bien de mí.

A mi tío Joan, porque sin ti no estaría escribiendo esto. Gracias por creer en mí cuando ni yo misma lo hacía.

Y gracias a mi abuela, a mi tía y a mis primos que han estado a mi lado siempre. Gracias por traer al mundo a las tres personas más bonitas que tengo y que me han alegrado la vida.

Y a ti. Tú me has cambiado la vida. Me devolviste la ilusión y las ganas de seguir adelante cuando más lo necesitaba. Tú me rescataste de ese pozo. Gracias a ti conocí a personas maravillosas que todavía hoy siguen a mi lado. Tú inspiraste esto, fuiste la musa y el impulso que me llevó a volver a sentarme a escribir.

A pesar de que el tiempo nos lleve y nos traiga y las cosas cambien, tú siempre tendrás un rinconcito en mi corazón. Gracias por formar parte de mi vida.

Y gracias a todas las personas que a lo largo de este camino han creído en mí y me han dado un voto de confianza. Y gracias a ti, que tienes en tus manos este libro y que sin darte cuenta formas parte de este sueño.

Gracias, también, a los tres ángeles que me cuidan desde el cielo.